

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
J. A. REDMERSKI

IN THE COMPANY OF KILLERS #6

BEHIND
THE HANDS
THAT KILL





Behind the Hands That Kill

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro, por lo cual, no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

2

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

Índice

Sinopsis	Capítulo 16
Capítulo 1	Capítulo 17
Capítulo 2	Capítulo 18
Capítulo 3	Capítulo 19
Capítulo 4	Capítulo 20
Capítulo 5	Capítulo 21
Capítulo 6	Capítulo 22
Capítulo 7	Capítulo 23
Capítulo 8	Capítulo 24
Capítulo 9	Capítulo 25
Capítulo 10	Capítulo 26
Capítulo 11	Capítulo 27
Capítulo 12	Capítulo 28
Capítulo 13	Próximo libro
Capítulo 14	Sobre la autora
Capítulo 15	

Sinopsis

Incluso los asesinos profesionales necesitan vacaciones, pero para Victor Faust, sus vacaciones en Venezuela son algo más que relajación y tiempo a solas con Izabel Seyfried. Es una oportunidad para sincerarse con Izabel: Decirle la verdad sobre por qué la envió a Italia con su hermano, la verdad detrás de su interés por Nora Kessler y sobre su conocimiento del hijo de Izabel con su antiguo captor. Pero antes de que Victor pueda volcar su alma, la realidad demuestra que, para algunos asesinos, las vacaciones son solo quimeras.

Atacada y secuestrada, Izabel se encuentra dentro de una maleta, mientras que Victor se despierta más tarde encarcelado en una jaula. En cualquier otra situación, Victor encontraría una salida y se salvaría a sí mismo y a la mujer que ama... pero no esta vez. Cuando las identidades de sus secuestradores son reveladas, Victor pierde toda esperanza y comienza el proceso mental de aceptar los últimos momentos de Izabel y él juntos. Y los momentos finales de la vida de Izabel.

Como si sus circunstancias no fueran lo suficientemente complicadas, los miembros de la Orden de Vonnegut finalmente se están acercando a Victor. Y cuando lo hacen, él se encuentra cara a cara con otra persona que una vez conoció y amó, que bien podría ayudarlo o convertir una situación grave en algo mucho peor. El pasado de Victor finalmente lo ha alcanzado: Las mujeres por las que se ha preocupado, a las que ha querido y matado; las familias que ha destruido; los crímenes imperdonables que ha cometido. Y ahora debe afrontar las consecuencias, y pagar el precio más alto por la absolución.

Pero cuando todo haya terminado, puede que Victor no tenga la fuerza para recoger lo que queda y seguir adelante. Porque el evento lo cambia. Porque el amor lo cambió. Y porque, a diferencia de antes cuando pensaba que eso era lo mejor, no puede imaginar una vida sin Izabel en ella.

In the Company of Killers #6

UNO

Victor

Traducido por Otravaga

Corregido por Bella'

Hace quince años...

Ahí estaba yo, con el rostro hinchado, sangre goteando de mi boca y una hermosa mujer llamada Artemis Stone inconsciente a mis pies.

5

Apenas estaba a mediados de mis veinte años; Artemis tres años más joven que yo. Ella había sido mi asignación por un año antes de este día: hacer el papel de su amante, ganarme su confianza, matar a su padre, a su madre y a sus tres hermanos. La Orden me estaba poniendo a prueba, lo sabía, mientras estaba sentado desplomado, atado por ambos tobillos y un brazo a esa silla de metal. ¿Pero de qué manera estaba siendo probado? Ya era un operativo completo; había superado a todos en mi grupo; estaba más allá de asignaciones como la de Artemis: era más el trabajo de mi hermano, hacer un papel y trabajar desde el interior. Extrañaba las azoteas, la sensación del rifle de francotirador en la mano, la mira presionada contra mi ojo, el momento en que dejaba de respirar antes de dar el tiro y hacer el papel de Dios. El absoluto silencio que seguía.

¿Por qué estaba aquí? ¿Y por qué el rostro de este hombre me era tan familiar? Supongo que la pregunta más apremiante que debería haber estado haciéndome era: ¿cómo me permití ponerme en esta situación?

—Probablemente te estés preguntando —dijo el hombre que se presentó como Osiris—, cómo coño alguien como tú podría ponerse en una situación como esta. —Se echó a reír; sus dientes eran completamente blancos en contraste con su piel mixta de Haití. Sabía que probablemente estaba

relacionado con Artemis, y probablemente por eso era que me resultaba familiar. Compartían muchas similitudes físicas: piel oscura color caramelo, cabello negro, ojos castaños oscuros con una inclinación característica en las esquinas y pómulos altos que eran severos y exquisitos a la vez. Artemis era mitad haitiana mitad venezolana, una de las mujeres más hermosas que jamás había visto. Osiris se le parecía. Otro hermano, ¿tal vez? Era mi segunda conjetura, después de un amante despechado, lo cual descarté desde el principio porque no encajaba en el perfil. Pero también había algo raro con la teoría del hermano: los hermanos por lo general no quieren que alguien mate a sus hermanas. Este “Osiris”, el nombre también similar al de Artemis en su origen mitológico, puso el cuchillo en mi mano no atada; me había estado golpeando durante diez minutos porque me negué a rajarle la garganta a Artemis. Si tanto la quería muerta, pariente o no, ¿por qué simplemente no lo hacía él mismo?

Podría haber matado a Osiris, ya había tenido dos oportunidades, pero no estaba dispuesto a matarlo todavía. Primero, necesitaba respuestas.

—La única manera en que vas a salir vivo de aquí, Victor Faust —dijo Osiris, sonriéndome a solo metro y medio de distancia—, es matándola. ¿Por qué lo estás postergando?

6

—¿No hemos hablado de esto ya? —dije, burlándome de él—. No eres muy bueno en esto, ¿verdad?

Nada de lo que decía lo perturbaba mucho; siempre sonriendo, con los ojos oscuros iluminados respaldados al tener la ventaja. Me lo admitía mientras estaba sentado allí: él tenía la ventaja... era lo único manteniéndolo con vida. En cuanto a por qué no mataba a Artemis: no estaba comisionado para matarla; ninguna orden me había sido dada de parte de Vonnegut para eliminar a Artemis.

Y... también había otra razón.

—Si la quieres muerta —ofrecí, mi cabeza confusa por los golpes que había recibido—, entonces hazlo tú mismo. —Artemis hizo un ligero movimiento a mis pies, pero luego se quedó inmóvil de nuevo; su largo cabellos sedoso negro le cubría el rostro. Osiris la había noqueado cuando irrumpió en la habitación y arrancó su cuerpo desnudo del mío.

—Y ya hemos hablado de eso también —dijo Osiris—. No es mi trabajo matarla. —Se echó hacia atrás en su silla, levantando las patas delanteras del piso de baldosas de cerámica. Sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado,

golpeteando el cañón de su arma contra su pierna. Osiris era joven, pero mayor que Artemis; todavía novato, y engreído, lo que todavía no había decidido si funcionaba en su desventaja o no. Ser engreído nunca era un buen rasgo a tener en el negocio del asesinato profesional, pero hasta ahora Osiris parecía manejarlo bien. Y eso me molestaba. Si él era un profesional todavía estaba por verse.

—Tampoco es mi trabajo —respondí, y luego escupí sangre sobre el suelo porque mi boca se estaba llenando con ella.

—¿Ni siquiera para salvar tu propia vida? —preguntó, ladeando la cabeza hacia el otro lado.

—Si de eso se tratara —dije—, entonces sí, Artemis ya estaría muerta. —Era una mentira.

—*Artemis* —repitió, como si estuviera satisfecho de oírme llamarla por su nombre. Su sonrisa profundizó; y una luz siniestra destelló en sus ojos.

Fue en este momento que me di cuenta de lo que estaba pasando, pero todas las piezas no estaban viniendo a mí lo suficientemente rápido. Estaba demasiado desorientado por los golpes en la cabeza para entender todo esto tan rápidamente como de costumbre. Pero lo que sí entendía es que este hombre quería que matara a Artemis porque él, o alguien, pensaban que había desarrollado sentimientos por ella. Sí, estaba siendo probado por La Orden. Sin embargo, todavía había agujeros en mi teoría. ¿Quién demonios era Osiris? Por lo que sabía él no era parte de La Orden.

—No puedo matar a la chica —dije.

—¿Por qué no? —contraatacó Osiris; observándome con la mirada de un hombre que disfrutaba de estar en lo correcto—. ¿Es difícil para ti asesinar a una perra como ella, Victor Faust? ¿O solo es difícil para ti asesinar a esta perra en particular? —Sonrió con suficiencia.

—No —respondí sin vacilar y sentí a Artemis removerse a mis pies—. No puedo y no voy a matarla a ella, o a cualquier otra persona, porque *tú* me digas que lo haga.

—Pero es para salvar tu vida —intentó explicar, y vi su confianza comenzar a vacilar.

—No —continué—, no estás aquí para matarme, ya sea que mate o no a Artemis. Has dejado muy claro que esto es una prueba. No me *puedes* matar —

(lo estaba manipulando; no estaba seguro si algo de esto era cierto, pero no podía dejar que Osiris supiera mis dudas)—, o ya lo habrías hecho.

Osiris se levantó y se metió la pistola en la parte trasera de sus pantalones; su chaqueta de cuero negro la ocultaba.

—Entonces —dijo, viniendo hacia mí—, estás diciendo que si alguien por encima de ti, de La Orden, fuese a entrar aquí y decirte que sacaras a esa perra de su miseria...

—Tu uso de insultos —interrumpí, la sangre goteando de mi labio inferior—, hace que sea difícil tomarte en serio.

La ceja izquierda de Osiris se alzó más que la otra.

—¿Cómo es eso? —dijo, ofendido silenciosamente.

—Porque, francamente, siento que estoy lidiando con alguien con, debo decir, falta de educación —respondí casualmente. Las fosas nasales de Osiris se dilataron—. ¿O simplemente tienes algo en contra de las mujeres?

Vislumbré el puño de Osiris en medio de los puntos delante de mis ojos, y entonces el mundo se apagó.

DOS

Izabel

Traducido por Otravaga y âmenoire

Corregido por Bella'

En la actualidad. Caracas, Venezuela.

9

Hielo. Victor dijo que iba a conseguir un poco de hielo. Y regresó con un cubo de hielo de la zona de venta. El problema que tengo con esto es que tardó quince minutos (la máquina está al final del pasillo) y cuando volvió a entrar en nuestra habitación de hotel y dejó el cubo en la mesa, salió de nuevo. Dijo que tenía que correr a la tienda. Tonterías.

Victor es un buen mentiroso: en cierto modo, tiene que serlo para hacer lo que hace. Pero cuando se trata de mí, he notado durante el tiempo que hemos estado juntos, que el hombre ya no puede mentir ni una mierda. Y es hilarante.

La única pregunta ahora es: ¿a dónde diablos fue realmente y qué es exactamente lo que está haciendo? Se supone que estamos de vacaciones. Se supone que estamos disfrutando de nosotros mismos, dejando a un lado todo el asunto de matar durante una semana. Debí haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad, que unas verdaderas vacaciones como las que tienen las personas normales y cotidianas, no eran en absoluto realistas. Es probable que esté en algún lugar del hotel (probablemente tiene todo un equipo en otra habitación en otro piso) comprobando sus correos electrónicos, mensajes telefónicos y cosas por el estilo que no tienen absolutamente ningún lugar en unas vacaciones. Tal vez lo seguiré la próxima vez que salga de la habitación. Me encantaría atraparlo en el acto. El "sexo en disculpa" sería impresionante.

La puerta de nuestra habitación se abre y entra el amor de mi vida, alto y acicalado con rasgos severos que lo hacen parecer a la vez sexy y peligroso, bondadoso y sin piedad. Lleva un par de pantalones caquis holgados y una

camisa negra Polo. Y cholas. ¡Cholas! Nunca pensé que vería algo así: es más probable que vea a una monja en un bikini.

—¿Dónde has estado? —Me aparto de la puerta corredera de cristal abierta que conduce a la terraza y vuelvo a la habitación.

—Tenía que ocuparme de algo —dice, caminando hacia mí con algún tipo de propósito. Me agarra por los brazos y me atrae hacia él, presiona sus labios contra los míos... oh, *ese* tipo de propósito. Su beso es largo y rudo; puedo sentir sus grandes manos apretándose alrededor de mis brazos, sus dedos presionándose en mi piel. Entonces me levanta en sus brazos, mis piernas desnudas envolviéndose alrededor de su cintura, mi trasero en sus manos y me lleva a la cama, arrojándose en ella.

—¿Qué bicho te picó? —pregunto, enrollando mis dedos alrededor de puñados de su camisa mientras él se arrastra encima de mí.

Victor hunde su cabeza, me besa con fuerza, hala mi labio inferior con sus dientes. *Maldición...*

—Ninguno —dice, y un segundo antes de que me bese otra vez, hace una pausa y me mira a los ojos con curiosidad—. ¿Quieres que me detenga?

10

Demonios no...

Con su camisa todavía apretada entre mis manos, lo atraigo sobre mí, cubriendo su boca con la mía y envuelvo mis piernas alrededor de su esculpida cintura. Me besa febrilmente, de la forma en que él sabe que me gusta: agresivo y dominante. Sus manos exploran mi cuerpo, buscando la barrera de mi bikini inferior, y a medida que me estoy perdiendo en Victor, deseándolo en todas las formas imaginables, algo se me ocurre y me detengo, con mis manos enroscadas en su corto cabello, aprieto lo suficientemente fuerte como para llamar su atención, y alejo su cabeza.

Él me mira con confusión.

Yo lo miro con acusación.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Inhalando profundamente, capto su olor una vez más, solo para estar segura.

—Izabel, ¿qué es?

Presionando las palmas de mis manos contra su pecho, comienzo a alejarlo, necesitando salir de debajo de él, pero no me lo permite.

—Lo huelo en ti —le digo, y suspiro con decepción.

Con las manos presionadas en el colchón a ambos lados de mí, sosteniendo su peso, Victor mira su camisa, olfatea ligeramente, entonces vuelve a mirarme, todavía con una mirada interrogativa.

—¿Huelo qué en mí?

—Sabes exactamente lo que huelo. —Me las arreglo para salir a rastras de debajo de él.

Se sienta completamente erguido en el borde de la cama; puedo sentir sus ojos en mí desde atrás mientras me pongo mi falda.

—Izabel —dice—, lo siento, pero no sé de qué estás hablando.

Me doy la vuelta para enfrentarme a él.

—Oh, vamos, Victor —digo—, no empeores las cosas al mentirme... eso me molestaría aún más que lo que hiciste.

11

—¿Y qué fue lo que *hice*? —Parece realmente confundido. Pero lo conozco bien—. Dime...

—Mataste a alguien —digo, deslizando mis brazos en mi camisa—. Puedo oler el humo de la pólvora, o la nitroglicerina, o como sea que se llame eso en tu ropa.

Sus hombros suben y bajan junto con su acto.

Sacudiendo la cabeza, digo:

—Es por eso que vinimos aquí, ¿verdad? —No responde, y no tiene que hacerlo, así que continúo—. Me preguntaba por qué elegiste Venezuela, de todos los lugares, para tomar nuestras vacaciones. Nada en contra de Venezuela, pero puedo pensar en algunos lugares a los que preferiría ir... es por eso que rechazaste Las Bahamas. —Poniéndome mis cholas, me volteo hacia él y pregunto—: Entonces, ¿quién fue? ¿Cuánto valía este trabajo?

—Cincuenta y cinco mil —responde.

Mis cejas se retuercen bajo arrugas de confusión. ¿Cincuenta y cinco mil? Eso no puede ser correcto; Victor ya no acepta trabajos por debajo de los cien mil.

—Así que, entonces admites —digo, ignorando por el momento la escasa paga del día—, que toda esta idea de las vacaciones en realidad no tuvo nada que ver contigo y conmigo a solas, lejos de todo el caos... era solo una excusa.

Victor niega con la cabeza.

—No, Izabel —contrarresta—, no era una excusa, y sí, te traje aquí para estar a solas contigo.

—Pero no habrías elegido este lugar —digo, no con ira, sino con decepción—, si tu objetivo no estuviera aquí. Podríamos estar tomando el sol y respirando el aire limpio de Las Bahamas en este momento, pero tu objetivo era más importante.

—Eso no es justo, Izabel, y lo sabes.

Tiene razón, no estoy siendo justa. Yo mejor que nadie sé que nuestro estilo de vida está lejos de ser ordinario, normal. Sabía al entrar en esto (en la relación con Victor, en la profesión) que lo “normal” sería siempre una ilusión. Así que sí, tiene razón, no estoy siendo justa. Pero tampoco tenía que mentirme al respecto.

Victor suspira profundamente y mira a lo lejos hacia la pared.

—Solo quería hacer que pareciera tan real como se pudiera —dice—. Podría haberte dicho la verdad, lo sé, pero no quería arruinarlo para ti.

—Lo sé —le digo, perdonándolo.

Vuelvo acercarme y me siento de lado en su regazo; él engancha sus manos alrededor de mi cintura.

—Entonces, cuéntame del trabajo —digo—. ¿Y por qué solo cincuenta y cinco mil?

Besa el costado de mi cuello.

—Llegó en el momento perfecto —comienza—. Teníamos que alejarnos de Boston... podía matar dos pájaros de un solo tiro, así que acepté el trabajo.

—¿Entonces soy un pájaro que necesita ser matado?

Victor frunce el ceño.

Sonríó.

—Solo estoy bromeando contigo —le digo, y beso sus labios.

Victor sonríe ligeramente y luego me ayuda a bajar de su regazo.

—Me disculpo —dice—. S  que simplemente podría haber, *debería* haber, dejado todo a un lado y llevarte a donde querías ir; hacer que las vacaciones fueran para ti. Para nosotros.

—Est  bien —le digo—. Esto es lo que somos, Victor. Y no lo cambiaría por nada. Además, eres el Gran Victor Faust, y tienes una reputación que mantener. Siendo todo un ser Divino y esas cosas. —Arrugo la nariz hacia él y sonrío. Solo estoy tratando de aligerar el humor de nuevo.

—Izabel —dice, alejándose, su humor *sin* aligerarse—, me das mucho más crédito del que merezco. —Saca su arma de la parte trasera de sus pantalones y la coloca sobre la mesa junto al cubo de hielo. Y entonces se despoja de su camisa—. Siempre has visto solo dos lados de mí. No soy perfecto. Hábil, s .  Pero inmortal? No.

Quiero reír...  c mo podría suponer que creyera algo tan ridículo? Pero no me rio. No lo hago porque me doy cuenta que todo este tiempo en realidad nunca he creído que algo pueda pasarle a Victor alguna vez; no puedo pensar en un solo instante cuando realmente temiera por él... tiene razón: sin darme cuenta, todo este tiempo lo he considerado inmortal. Y tal vez incluso también perfecto.

Me acerco a él, toco ligeramente su brazo desnudo, rozo la punta de mis dedos sobre la curvatura de su musculoso bíceps.

—Bueno, tal vez tienes razón —presiono mis labios en su hombro; su piel se siente caliente contra mi boca—, tal vez cuando te miro veo algo más... complejo, más avanzado. —Caminando lentamente a su alrededor, mis labios dejan un rastro de besos a través de su espalda, sus costados, y luego su pecho cuando hago un círculo completo.

Me detengo y lo miro bajando mis ojos.  Qu  es eso en su mirada?  Lujuria?  Indecisi n?  Lucha? Por primera vez en mucho tiempo, no puedo saber la diferencia.

—Hay algo que necesito decirte, Izabel.

Las palabras, aunque vagas, son lo suficientemente crípticas para detener mi corazón. Nadie empieza una frase de esa manera a menos que el resto de la misma vaya a apearar.

Doy un paso atrás y me alejo de él inmediatamente.

—¿Qué pasa, Victor? —Tengo miedo de la respuesta.

Suspira y su mirada cae al suelo; una mano se levanta y sus dedos cortan una nerviosa trayectoria a través de su cabello corto.

Mira directamente hacia mí.

Mi corazón se detiene una vez más.

—Había más en la misión en Italia de lo que fuiste llevada a creer.

Parpadeo dos veces, y luego simplemente lo miro fijamente por un momento interminable.

—Está bien —digo finalmente—. ¿Entonces qué? Dime.

Victor saca una silla desde debajo de la mesa y toma asiento. Me quedo de pie. También siento que probablemente debería sentarme para esto. Pero a la mierda eso.

—Quiero que te sientes —dice amablemente.

—No, estoy bien justo aquí —respondo con un poco menos de amabilidad; me cruzo de brazos.

14

Suspira, y luego se encorva de alguna manera en la silla, dejando que sus largas piernas caigan delante de él; su brazo izquierdo descansa sobre la mesa.

Hay una larga pausa, y aunque son solo unos pocos segundos, siento que voy a morir de la impaciencia.

—Victor...

—Hay cosas acerca de mí —comienza—, que nunca entenderás, o serás capaz de aceptar, cosas que no puedo cambiar.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas.

Eso hiere. Pero no digo nada.

¿Y de dónde demonios vienen todas estas cosas? Estoy aturdida intentando averiguar cómo pasamos de casi tener sexo a “vas a necesitar sentarte para esto”.

—Cuando te conocí —prosigue, sin mirarme—, o debería decir después que me enamoré de ti, pensé que tal vez podía cambiar. —Ahora me mira

directamente, enganchando mi mirada y sosteniéndola—. Esa parte de mí que te ama, quería... ajustar —mueve una mano casualmente—, ciertas cosas acerca de mi personalidad, para ser más adecuado para ti, como tu... amante.

—¿Mi amante? No eres un robot, Victor —digo bruscamente—, así que por favor habla normal, con el idioma cotidiano.

—Te amo —dice—, pero no puedo cambiar lo que soy por ti, jamás. —(Eso no me lastima... me *destripa*)—. Y fui un tonto por siquiera considerarlo. Cambiar es imposible. Lo supe todo este tiempo. Intenté encontrar maneras de darle la vuelta, pero al hacerlo me metí en situaciones difíciles.

Mi boca se aprieta con amargura hacia un lado; mis brazos permanecen cruzados. Quiero discutir, pero no me da una oportunidad.

—Si fuera yo mismo, Kessler nunca habría logrado salir viva de ese auditorio la noche que la aprehendimos. Pero gracias a mis sentimientos por ti, jugué su juego para salvar la vida de tu madre. Cambié quién soy, cómo trabajo... por *ti*. Y mientras estés viva, mientras esté enamorado de ti, mientras seas mía, lucharé contra quien me he convertido, y contra quien soy. Y las consecuencias serán que me meteré, y a ti, y a todos los demás, en situaciones difíciles. Porque no estoy acostumbrado a preocuparme por alguien, Izabel. No estoy acostumbrado a preocuparme... en absoluto.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —pregunto, amargamente—. ¿Esta es tu manera de dejarme? Es por eso que me trajiste aquí: ¿mostrarme un buen momento, darme la última parte de quien *trataste* de ser y luego enviarme lejos?

Espera. ¿O podría ser...? No... eso no puede estar sucediendo, ¿me trajo aquí para *matarme*?

Retrocedo dos pasos más, mis piernas volviéndose inestables bajo mi tambaleante peso.

Victor se pone de pie, y mis ojos se mueven rápidamente para ver su arma todavía yaciendo en la mesa junto a él. A su alcance. Mi corazón está latiendo con fuerza contra mi caja torácica. Estoy perdiendo el aliento.

—No —dice calmadamente, con pesar, y se aleja del arma, moviéndose hacia mí—. Te traje aquí para decirte la verdad. Sobre Italia. Sobre Nora. Sobre todo.

¿Sobre *Nora*? ¿Por qué de repente siento como si mi estómago estuviera en mi garganta? ¿Qué demonios tiene que ver *Nora* con esto?

—Entonces dime, Victor. Dime y termina con esto.

Se detiene bruscamente, a centímetros de mí y ladea su cabeza curiosamente hacia un lado. Se ve aturdido, tal vez incluso un poco herido, y no puedo determinar por qué. Creo que va a decir algo: tal vez está herido por lo asustada que estoy de él repentinamente. No, es algo más... algo completamente...

—¿Victor?

Sus ojos parecen más pesados, desenfocados; sus piernas parecen luchar por sostener su peso; es como un árbol movido por un viento constante.

—Victor, me estás asustando. —Me muevo hacia él—. ¿Victor? —Se derrumba e instintivamente mis brazos se estiran para atraparlo, pero el gran peso de su cuerpo cae contra el mío; nos estrellamos juntos en el suelo alfombrado.

—¡Victor! ¡Victor despierta! —Me arrastro desde debajo de su cadera y me siento en mis rodillas junto a su cuerpo aparentemente sin vida—. ¡Victor! —chillo. Mis manos exploran su rostro; sus ojos están muy abiertos, pero vacíos... gracias a Dios siento el aliento emitiéndose por su boca y sus fosas nasales.

¿Qué demonios está pasando? ¿Qué acaba de suceder?

Mis dedos rozan algo extraño cuando lo agarro por el cuello. Giro su cabeza hacia un lado para ver una diminuta pieza dorada de metal sobresaliendo de su piel. Sacándola de un tirón rápidamente, un hilo de sangre le sigue, bajando por su garganta. Dejo el dardo de apariencia extraña en el suelo.

El balcón. La espalda de Victor estaba dando hacia las puertas abiertas del balcón. Presa del pánico, lucho por ponerme de pie, tengo la intención de llegar primero al arma de Victor en la mesa y luego a las puertas del balcón para cerrarlas. Pero ni siquiera alcanzo a llegar al arma cuando siento una repentina punzada caliente en el costado de mi cuello. Y al igual que Victor, me detengo, aturdida, instantáneamente sintiendo la droga moviéndose a través de mi torrente sanguíneo y dentro de mi cerebro. La habitación comienza a girar; mis piernas se sienten sin hueso; no puedo sentir mis manos, mi pecho ni mi rostro.

Dos figuras oscuras, borrosas y sin color, aparecen en las puertas del balcón. Todo lo que puedo distinguir es el movimiento, y sus pies. ¿Estoy de nuevo en el piso? ¿Cómo llegué aquí?

—Ella cabrá en la maleta —escucho decir a una voz masculina.

¿Maleta? ¿Qué coño quieres decir con maleta? Siento como si estuviera gritándole a estas personas, pero por alguna razón no creo que me escuchen. Podría jurar que estoy revolcándome, tratando de luchar contra ellos, pero no creo que se den cuenta.

Momentos después siento mi cuerpo siendo levantado en el aire. No, no lo siento, lo veo (no siento *nada*) y aunque todo está fuera de foco, todavía puedo distinguir vagamente los muebles de la habitación. Puedo ver un cuerpo parado sobre Victor. Puedo ver las cosas moverse mientras soy llevada. Entonces escucho, amortiguado en mis oídos, el ominoso sonido de una cremallera.

¡No! ¡No me pongan ahí! ¡Por favor! ¡NO!

Ahora me doy cuenta que no puedo moverme y no puedo hablar. Pero mis ojos están abiertos y puedo ver. Y puedo escuchar. Y puedo oler. Perfume. Menta. Jabón Dial. Esmalte de uñas. Cuero. Mi sentido del olfato está intensificado, pero mi visión y audición han disminuido severamente.

La cremallera suena en mis oídos una vez más.

—Rápido —insta una voz femenina—. Ya vienen.

La poca luz que podía ver, y todo en ella, se vuelve negra cuando la cremallera se cierra alrededor de mí, sellándome dentro de una tumba de cuero.

TRES

Victor

Traducido por Flochi y Peticompeti

Corregido por Bella'

En la actualidad; creo...

18

Mis dedos por fin están comenzando a moverse de nuevo; la neblina está comenzando a despejarse de mis ojos, pero poco bien que hace cuando las personas que nos secuestraron están usando máscaras negras sobre sus rostros. Y a pesar del movimiento mínimo en mis manos, estoy en una pequeña celda con barras de hierro, y sin una llave o una ganzúa, no puedo hacer nada para liberarme.

El suelo de piedra está cálido y húmedo contra mi espalda desnuda; no estoy usando zapatos. El aire está húmedo y apesta a moho. Paja mojada. Restos de heces de animales y orina. Huele como a una granja, un zoológico o un circo, lo que me hace preguntarme qué tipo de animal estuvo antes que yo en esta jaula, si murió aquí, y si seré tratado con la misma crueldad.

Izabel. ¿Dónde está?

Lucho por mover los ojos buscándola; sigo sin poder levantar mi cabeza. Me siento estirándome, cada parte de mí, pero el esfuerzo no produce resultados. La droga está tardando demasiado en dejar de tener efecto; me siento atrapado en mi propia piel y preferiría estar muerto que sentirme de esta manera.

Cierro mis ojos y duermo; dormir siempre acelera el tiempo.

Despierto por un sonido de arañazos y el lejano ruido de voces. Discutiendo. Maldiciendo. Pero las personas no están en la misma habitación; creo que están detrás de una puerta, en alguna parte a mi izquierda. Ahora

puedo sentir los dedos de mis pies. Puedo mover mis piernas, mis manos, la cabeza... pero me contengo; por mucho que quiera levantarme de este sucio suelo de piedra, o al menos alzar la cabeza para buscar a Izabel, permanezco inmóvil. Porque, aunque no pueda verlo, aunque solo he escuchado dos voces distintas desde la habitación del hotel en Caracas, sé que hay una tercera persona. Un hombre. Vi a las personas enmascaradas mirarlo en dos ocasiones distintas, delatando su presencia autoritaria. Puedo sentirlo observándome en este momento, puedo sentir sus ojos en mí; puedo oler su colonia, su sudor... está cerca, justo detrás de mí, sentado en la oscuridad en una silla de metal al otro lado de los barrotes. Había escuchado las patas de la silla raspando levemente contra el suelo hacía un rato. Fue el sonido que me despertó al principio.

—Quince años —dice el hombre, rompiendo el silencio—, parece mucho tiempo, ¿cierto, Victor?

Lo escucho levantarse de la silla, puedo escuchar sus pisadas moviéndose lentamente sobre las piedras, pero permanece detrás de mí en las sombras. Escucho el chasquido de un encendedor y, segundos después, el potente aroma del humo de cigarro llega hasta mi nariz. Estoy agradecido por ello; sofoca el hedor a animal.

19

No hay razón para seguir fingiendo: sabe que estoy despierto.

—El secuestro no te queda, Apollo —digo; mis huesos se sienten como si no han sido usados en días mientras lucho por sentarme.

La carcajada de Apollo es tan profunda y suave como su voz; le da una calada al cigarro, tomándose su tiempo.

—Y la estupidez no te queda, Victor: sabes por qué estás aquí.

Sí, lo sé: venganza por lo que hice quince años atrás. Por no mencionar la sustancial recompensa por mi cabeza.

Me empujo hasta estar de pie con dificultad, mis piernas todavía sin sentirse como una parte de mí; mi respiración es pesada e irregular; mi cabeza da vueltas. Alargo la mano y agarro la barra vertical de hierro para equilibrarme, sacudiéndome los restos de la droga, pero ésta se aferra a la parte trasera de mis ojos y a las grietas de mi cerebro como telarañas.

—Entonces, ¿cuánto te dijeron que vale mi cabeza? —Estoy mirando a mis pies descalzos; una paja amarilla ayuda a amortiguarlos contra el suelo.

—Oh, bueno, no vamos a adelantarnos —me regaña Apollo, juguetonamente—. Me gustaría quitar del camino las preguntas sobre esa chica tuya primero.

—¿Qué preguntas? —pregunto, fingiendo.

Apollo se ríe; la oscuridad se ilumina brevemente con un tenue brillo naranja cuando le da otra calada a su cigarro.

—Siempre fuiste del tipo impredecible —dice, da otra calada. Su voz se acerca a medida que sale de las sombras y entra a la luz de la luna filtrándose a través de las tres ventanas altas—. Bien, así que vas a fingir que ella te importa una mierda, entonces tendré que ir directo al grano. —Se acerca a los barrotes... podría alcanzarlo si quisiera, pero si hago algo estúpido, Isabel pagará el precio.

Apollo sonrío de manera astuta en medio de su piel oscura; el humo flota en una nube alrededor de su cabeza. Sus ojos oscuros me miran fijamente con cierto tipo de placer enfermizo: luce muy parecido a la venganza, a pesar de sus afirmaciones. Cabello corto negro. Pómulos afilados. Piel perfecta. Se parece tanto a ella... Artemis, su hermana gemela. Eso me molesta medio segundo más de lo que me gusta.

20

—Por supuesto —le digo, instándolo a “ir al grano”. Pero luego intento hacerlo por él—. Déjame adivinar —comienzo—. Primero quieres algo de mí. Información. Dinero. Algo que no puedes conseguir de Vonnegut. Y si no te lo doy, Isabel morirá. —Lo miro directamente a los ojos—. ¿Es correcto?

Sonríe.

—No necesariamente —responde, y detecto la satisfacción en su voz: no me equivoco a menudo en estas cosas y él está disfrutando del raro momento.

Apollo deja caer el cigarro al suelo y lo aplasta con un costoso zapato negro de vestir.

—Realmente estás perdiendo facultades, Faust —dice, negando con la cabeza—. Me sorprende... nunca pensé que vería el día; el legendario Victor Faust, el Chico Dorado de La Orden, uno de los más peligrosos hombres vivos —se ríe entre dientes, sacudiendo la cabeza una vez más—, y ahora mírate —me apunta de forma indignada—, en una jaula como un animal, y todo comenzó con esa chica allá en México. —Me da la espalda y se aleja de la jaula—. Ahora, no conozco muchos detalles sobre cuándo te volviste un renegado de La Orden; ni siquiera sé si la mierda que escuché es cierta: sobre cómo ayudaste a esa

chica y arriesgaste tu vida por ella... demonios, incluso escuché que casi asesinaste a tu hermano para protegerla. —Se vuelve para enfrentarme, algo oscuro y serio en sus ojos—. Eso es jodido, hermano. ¿Conoces el dicho de que la sangre es más espesa que el agua? Es cierto. La familia viene primero. —Él debería saberlo: Apollo fue traicionado por su propio hermano de carne y hueso, Osiris. Veo que todavía está resentido por ello.

—Enamorarse de alguien también los convierte en familia —digo—. Así que, es cuestión de cuál miembro de tu familia merece tu defensa; mi hermano en ese momento se merecía una bala, para nada diferente a tu hermano hace quince años, si recuerdo bien.

No gustándole mi respuesta, pero incapaz de rebatirla, Apollo regresa a lo que estaba diciendo antes.

—De todas formas; no sé mucho de cuándo te volviste un renegado, pero es bastante jodidamente claro para mí que estás aquí, en esta situación, por esa chica. Y ahora acabas de admitir estar enamorado de ella. Pensé que iba a tener que sacártelo a la fuerza.

También pensé que lo haría; ni siquiera me di cuenta hasta ahora que había dicho eso en voz alta. Hasta aquí llegó lo de disimular que Izabel no significa nada para mí con la esperanza de que no le hagan daño. Apollo tiene razón: *estoy* perdiendo facultades. Pero ya lo sabía. Lo he sabido por mucho tiempo. Solo que ahora me doy cuenta de cuán severamente.

Otras cosas también se están volviendo claras para mí: la verdadera razón por la que fui contratado para el asesinato en Caracas.

—¿Asumo que fuiste responsable en su mayor parte del trabajo aquí?

Apollo sonríe.

—Entonces —prosigo—, fui traído a Venezuela bajo pretextos falsos solo para tenerme donde *tú* me querías. —Debí haber sentido que algo estaba mal con respecto a este trabajo. Espero que Apollo no vea esa comprensión en mi rostro, pero tengo la sensación que ya lo sabe.

Apollo asiente, y una sonrisa de suficiencia tira de la comisura de su boca.

—Estás perdiendo facultades, como te dije —dice, probando mi suposición.

—Sí. Lo admito. Vonnegut debería haber usado una página del manual de los SC-4: son *verdaderos* soldados. Sin emociones. Sin amor. Sin piedad. De

cierta manera, los envidio. —Aparto la mirada, perdido en mis pensamientos, sintiendo remordimiento por siquiera pensar en ellos. Si Izabel supiera cuán a menudo pienso en Nora... había querido decirle, pero por mucho tiempo temí que no lo entendería. Había planeado decirle en el hotel, pero el momento fue... interrumpido. Tal vez era lo mejor. Tal vez nada de eso importa ya.

Alzo la mirada hacia Apollo nuevamente, apartando los pensamientos de mi mente.

—Entonces, ¿cuántos quedan de tu familia? —pregunto.

Apollo arrastra la silla en la que antes había estado sentado, fuera de las sombras, y la coloca junto a mi celda. Se sienta, apoya su tobillo derecho en su rodilla izquierda y dobla sus manos holgadamente en su regazo.

—Yo. Osiris —dice, y gesticula con una mano casualmente. Tengo el presentimiento de que hay otros.

—¿Qué hay de tu hermana, Gaia? —digo—. Eras cercano a ella.

—Asesinada el pasado agosto —dice—. Novio cabreado, o alguna mierda así.

22

Asiento.

Hay una pausa, y entonces Apollo dice:

—¿Piensas alguna vez en ella? —Cambiano el tema a aquel por el que fui traído aquí.

—¿Artemis? —pregunto.

—Sí, Artemis... ¿de quién coño más estaría hablando?

—¿Qué importa? —digo.

—Es simplemente una pregunta. ¿Aún piensas en mi hermana?

—No.

Apollo tan solo parece ligeramente sorprendido, no puedo decir si me cree. Soy un hábil mentiroso por defecto, excepto cuando se trata de Izabel, pero si estoy perdiendo tanta facultades como Apollo cree, entonces probablemente sabrá que estoy mintiendo sobre esto. Pienso en Artemis de vez en cuando. Fue la única mujer que alguna vez estuvo cerca de ser tan importante para mí como lo es Izabel.

El recuerdo, a este día, me persigue.

Hace quince años. Dos días antes del secuestro.

Mis ojos se abrieron de golpe y mi mano fue instintivamente por mi arma en la mesilla de noche. Pero la dulce e histérica risa, y los delgados y delicados dedos hincándose en mis costados, me trajeron rápidamente de vuelta a la realidad.

—Feliz aniversario —dijo Artemis, acariciándome con la nariz a un costado de mi cuello; estaba sentada en mi cintura, montándome a horcajadas en nuestra cama; sus manos aún trabajaban inútilmente para hacerme cosquillas.

Le sonreí, levanté los brazos y acuné sus rostros por ambos lados con mis manos y la empujé hacia abajo para que me besara. Sus labios fueron suaves, cuidadosos, como si le preocupara que pudiera romperme. Siempre había sido así conmigo; me parecía tan entretenido como adorable al mismo tiempo.

—Hoy hace un año —dijo ella, con su boca a centímetros de la mía—, que conocí al único hombre en el mundo capaz de soportar mi mierda. —Besó mi frente, entonces se estiró hacia atrás y se elevó sentándose sobre mí.

—¿Vas a dejar que me levante? —pregunté. Podía escapar fácilmente y ella lo sabía, pero disfrutaba dándole más poder sobre mí del que tenía realmente.

Sentí sus muslos apretarse contra mis caderas; sonrió ampliamente.

—No —dijo—, quiero que te quedes en esta cama conmigo durante el resto de tu vida.

—Si eso es lo que quieres —dije, con naturalidad—, entonces eso es lo que tendrás, mi amor.

Sentí como me ponía duro bajo ella; las palmas de mis manos se movieron hacia arriba por sus muslos y agarré con ellas sus caderas de reloj de arena.

Artemis ladeó su cabeza, curiosamente.

—¿Qué? —pregunté.

Suspiró ligeramente, apartó la mirada de mis ojos durante el tiempo suficiente para hacer que me preguntara si tan siquiera iba a responder.

—Cuando me llamas así —comenzó—, a veces parece...

—¿Qué parece?

Suspiró otra vez, esta vez un poco más profundo; entonces sus ojos oscuros cayeron sobre los míos con una sensación de urgencia que me incomodó.

—Forzado —dijo al fin, y parpadeé, atónito—. No sé, es solo... no sé.

—Di lo que piensas —le dije, moví mis manos de ida y vuelta por sus muslos desnudos esperando tranquilizarla. Por supuesto que pude haber hecho la pregunta obvia: ¿estás insinuando que no te amo, Artemis? Pero necesitaba permanecer todo lo lejos posible de ese tema.

Artemis frunció el ceño, hizo un mohín, de la manera que siempre hacía cuando intentaba hacer que la mimara. Me gustaba... ese gesto infantil, y mimarla. Estiré los brazos y la agarré por la cintura, la empujé hacia abajo sobre mí y con un poco menos de agresividad de la que ella tuvo conmigo, enterré mis dedos en sus costados.

Una carcajada llenó el dormitorio de nuestro pequeño apartamento; ella pateó y gritó.

—¡Por favor, para! ¡Victor, por favor! Voy a orinarme... ¡POR FAVOR PARA!

Por supuesto, no paré.

Y, por supuesto, se orinó.

Cuando vi la mirada en su rostro, yo estaba sobre ella en ese momento, esa inexpresiva expresión horrorizada que solo podía ser causada por orinarse encima, finalmente paré de hacerle cosquillas, y rugí en carcajadas. Me reí tan fuerte y durante tanto tiempo que corrieron lágrimas desde la comisura de mis ojos sin cesar.

—¡Victor! —Su pie talla 39 me golpeó directamente en el pecho y me mandó volando al otro lado de la cama.

Me hizo reír aún más fuerte... pensé que también podía orinarme.

En la actualidad...

Salgo de golpe de mi ensueño privado.

Risas. Sonrisas. Cosquillas. Eso fue hace mucho tiempo, cuando aún era un niño, a pesar de mi progresión en La Orden. Tan joven aún. Tan increíblemente estúpido. Pero, sobre todo, vulnerable. No hace falta decir que aprendí de ese error.

O eso pensé que hice.

—A juzgar por esa mirada en tu rostro —dice Apollo—, no te creo.

Miro hacia él.

—Sí —contesto con honestidad esta vez—, a veces todavía pienso en Artemis.

Izabel

La mujer que me mantiene rehén en esta habitación mira hacia mí, esperando algún tipo de respuesta, sabiendo que es el momento en que va a conseguir una. ¿Un cambio en mi expresión facial? ¿La tensión en mis hombros? ¿Mi respiración contenida? ¿Qué hay de las tres cosas?

—No quiero oír esto —le digo, apartando la mirada del altavoz en el escritorio donde he estado escuchando a Victor hablarle a un hombre durante varios minutos ya.

—No tienes elección —responde.

Viste toda de negro, cada parte de su cuerpo cubierto excepto su cabeza y sus manos. Botas negras que acaban justo bajo las rodillas. Mono negro con cierre de cremallera en la parte delantera desde su ombligo hasta debajo su

barbilla. Cabello negro recogido en una trenza apretada que cae en el centro de su espalda. Sombra de ojos negra. Incluso la gema en su único anillo es negra.

—¿Te molesta? —pregunta, dando un paso hacia mí con un arma en su mano derecha.

—¿Qué exactamente? —No puedo mirarla a los ojos.

El suave sonido de risas llega a mis oídos.

—Que el hombre que amas —comienza a decir, moviéndose más cerca—, amó a alguien antes que a ti.

Rio ligeramente, aunque es falsa. Y forzada. Tragándome mi orgullo, mantengo a la mujer en mi vista, pero fijo mis ojos en la pared detrás de ella.

—¿Por qué me molestaría? —digo, pretendiendo que no lo hace—. Sería ridículo; todo el mundo tiene un pasado.

Puedo sentir a la mujer sonreír, puedo sentir sus ojos en mí, estudiándome, riéndose de mí en silencio como de una mujer barbuda en un circo de fenómenos.

Entonces siento el metal frío de su arma presionado contra mi sien.

—Adelante. Dispárame. Tengo la impresión que antes de que todo esto termine, vas a hacerlo de todos modos.

Hay una pausa, y entonces dice como si estuviera aburrida:

—A pesar de lo mucho que me gustaría hacerlo, el que yo te mate no era parte del plan. —No estoy segura de sentirme cómoda con el énfasis que puso en el “yo”.

—Bueno, si usarme para hacer hablar a Victor era parte de tu plan —sonríe con suficiencia, girando la cabeza para mirarla a los ojos, a pesar del cañón del arma—, entonces vas a estar decepcionada.

Sonríe, y el arma se aleja de mi cabeza.

—Probablemente es cierto —dice—. Porque un hombre como Victor Faust, especialmente Victor Faust, es incapaz de preferir a una mujer antes que a su propia naturaleza.

No tiene ni idea de lo que Victor haría por mí, yo lo sé, pero no quiero que ella lo sepa, o esto podría terminar mal para nosotros dos.

—Pero seguro que estabas al tanto de Artemis —dice—. ¿O te hizo creer que nunca antes ha estado enamorado excepto de ti? Crees que desvirgaste su amor, ¿eh?

Quiero abofetear de su precioso rostro negro esa mirada burlona, pero probablemente contraatacaría con una bala en el mío, blanco y ceñudo.

—No me importa lo que Victor hizo en el pasado, o a quién amó.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. —Asiento, frunciendo mis labios en tono desafiante—. Bastante segura.

Sonríe. *¡Ah! ¡Odio eso!*

—Me pregunto si cambiarás de opinión antes de que salgas de aquí, si es que sales de aquí.

Mis cejas se levantan con curiosidad.

—¿Entonces es una opción? —pregunto, desconfiada ante la posibilidad y las condiciones entorno a ella.

27

Su sonrisa se transforma en un misterioso rictus; me mira de soslayo, sin mover su cabeza, para seguir mis movimientos, los cuales son pocos.

—Eso será decisión de Victor —responde, enigmáticamente, y por alguna razón que no puedo comprender, un escalofrío sube por mi columna vertebral.

La mujer se acerca de nuevo al escritorio, coloca sus dedos pulgar e índice en la perilla de volumen del altavoz de la computadora y la voz de Victor llena la habitación de mi diminuta celda.

CUATRO

Victor

Traducido por Mariandrys

Corregido por Bella'

28

La familia Stone es realza en el mundo del crimen, principalmente en Venezuela, Haití, Cuba y Brasil. Y los hermanos, antes un total de siete, fueron todos nombrados por deidades mitológicas. Osiris Stone, el mayor, es quien comenzó todo esto hace 15 años atrás. Gaia Stone, la segunda mayor, era una viuda negra. Ares, el tercero mayor, no vivió bajo los estándares de su “Dios de la Guerra”: lo maté mientras se comía una crepé, sentado en una barra en la Casa del Waffle; su embarazosa muerte trajo vergüenza sobre la familia Stone. Hestia, la cuarta mayor, estaba en una prisión en Guatemala la última vez que supe, y asesinó a nueve prisioneras en sus primeros dos días, era la más peligrosa de todos ellos. Después estaba Theseus; nada especial sobre él... también lo maté.

Apollo y Artemis, los más jóvenes de la familia Stone, nacieron con ocho minutos de diferencia, el cordón de Apollo estaba envuelto alrededor del cuello de su hermana. La familia, viniendo de una larga línea de gente supersticiosa, pensó que cuando los gemelos crecieran, habría celos y conflicto entre ellos, y que Apollo estaba destinado a matar a su hermana porque trató de hacerlo en el vientre con su cordón umbilical.

Pero eso no fue lo que sucedió.

Y así no fue como vivieron.

Y así no fue como ella murió.

Apollo y Artemis eran tan cercanos como pueden serlo un hermano y una hermana gemelos. Venganza: con toda seguridad es lo que mueve a Apollo ahora. Pero el dinero siempre le dio cuerda también. Como a toda la familia Stone. Y ahora me tiene. Y ahora puede tener todo lo que siempre ha querido

desde la muerte de su hermana: su venganza y mi cabeza por el cheque más grande de su vida. Y es mi propia culpa que estemos aquí.

—Entonces, ¿hemos de continuar? —sugerí—. Supongo que no hay necesidad de alargar esto. ¿Qué quieres?

La sonrisa de Apollo se suaviza, pero tras ella sé que no hay nada salvo malicia.

Las patas de la silla, desniveladas en las piedras, repiquetean contra el suelo cuando él se pone de pie. Camina alrededor de mi jaula, sus ojos nunca en mí, pero sé que están observando cada movimiento que hago. Luego, su alta figura desaparece en las sombras otra vez, y aunque no puedo verlo, puedo escuchar su voz perfectamente.

—Sé que probablemente te preguntas porque nunca fui detrás de ti después de que mataras a mi mamá, a mi papá y a dos de mis hermanos.

—Nunca pensé mucho sobre ello —digo—, para serte completamente honesto.

—Pero lo estás pensando ahora mismo, ¿no?

Sabe que sí. No hay necesidad de contestar la pregunta.

Apollo se mueve alrededor en la oscuridad; no puedo distinguir lo que está haciendo, pero tengo el claro presentimiento de que no me va a gustar.

—Entonces dime —apremio—. ¿Por qué no has venido por mí antes, por matarlos?

Se encoge de hombros.

—Mi querido papá y mi queridísima mami se merecían lo que les pasó. Ares era un pequeño pedazo de mierda bocón y sigue sin joderme mucho su muerte, si quieres saber la verdad. ¿Theseus? —Se encoge de hombros una vez más—. Él era como una mancha en la pantalla, fácil de ignorar, y se folló a mi novia, así que.

Cansándome de la habladuría, pregunto:

—¿Es eso lo que quieres, Apollo... la conversación?

No tengo que verlo sonreír para saber que lo está.

—De hecho, Victor, eso es *exactamente* lo que quiero de ti.

Su respuesta me sorprende.

—¿Quieres... hablar? —pregunto con sospecha—. ¿Sobre qué?

—Sobre ti, por supuesto. —Sale de las sombras, trayendo una picana en una mano. Interesante. Tal vez solo estoy demasiado acostumbrado a los macabros métodos de interrogación de mi especialista, Gustavsson, pero estoy curioso de qué es lo que Apollo espera conseguir de mí con una simple picana.

Moviendo sus manos con gestos, dice:

—Quiero saber todo lo que pueda sobre el hombre detrás de las manos que matan, del hombre de quien escucho en esquinas oscuras, del hombre en quien pienso cada vez que me como una maldita crepe. —Me apunta con la picana—. Solía amar las crepes; también tuviste que arruinarme eso.

—Entonces tu venganza será mucho más dulce —musito, sin tratar de provocarlo, pero seguramente consiguiéndolo de todas maneras.

Un suspiro largo y profundo traquetea en su pecho; sus hombros se levantan y caen pesadamente.

—Sí, supongo que sí —dice, y lo deja así.

Apollo se gira cuando una puerta se abre detrás de él, inundando la oscura, fría y húmeda habitación con sombría luz gris de lo que parece ser un pasillo.

Prácticamente me lanzo contra los barrotes de mi celda, aferrándolas en mis manos, furioso por no poder avanzar, cuando veo a Izabel, atada y amordazada, sudor, sangre y mugre goteando de su rostro. Detrás de ella está una mujer. Alta y enojada. Con el cabello castaño atado a una coleta detrás de ella. Una marca de nacimiento debajo de su ojo izquierdo. Senos brotando de su blusa. Un cuchillo en una vaina alrededor de su muslo. Tiene apariencia latina, sin raíces haitianas como Apollo.

Los ojos de Izabel me encuentran casi de inmediato cuando la mujer la empuja adentrándola más a la habitación. Pierde su equilibrio; con sus manos atadas en su espalda y sin forma de amortiguar la caída, golpea con fuerza el suelo. Un agudo sonido sordo y un gruñido doloroso le siguen. Aprieto mis dientes, mis ojos posados sobre la mujer con propósito y malicia, con venganza y amenaza. Ella se sonríe, girándose en sus tacones abiertos en la punta y deja la habitación.

Izabel levanta la cabeza del suelo, e intenta hablar, tan desesperadamente, para decirme algo, para advertirme, no lo sé, pero sus palabras están amortiguadas y no puedo distinguir nada.

Apollo se mueve detrás de ella, aferro los barrotes más duro, aprieto mis dientes más rudamente, queriendo alcanzarlo, retándolo a lastimarla. ¿Qué estoy haciendo? Esto no me llevará a ninguna parte.

Después de darme cuenta que estoy actuando absurdamente, dejo caer mis brazos a mis costados y tranquilizo mi errática respiración.

—No hay necesidad de lastimar a Izabel —digo calmadamente, por dentro siento a la rabia rivalizando por el control—. Cooperaré, Apollo; todo lo que tienes que hacer es decirme qué quieres.

Él levanta a Izabel hasta ponerla de pie, su mano agarrando la cuerda atando sus muñecas detrás de ella, y la empuja rudamente a la silla a solo unos centímetros de distancia de mi jaula, cerca, pero no lo suficiente. La miro solo a ella; muchas emociones están bien definidas en sus ojos, pero ninguna de ellas es miedo. Ira. Venganza. Y desesperación, mayormente desesperación. Pero por ahora, nada pasará de sus labios; un grueso trapo ha sido metido apretadamente dentro de su boca y otro ha sido envuelto alrededor de su cabeza, atado con su oscuro cabello rojo.

Apollo mira a la pared, se detiene en alguna clase de concentración y luego se gira hacia mí, y aunque encuentro su comportamiento peculiar, me concentro solamente en Izabel, y en lo que él intenta hacerle.

Todo el cuerpo de Izabel se tensa y su rostro se retuerce de dolor antes de caerse de medio lado y fuera de la silla; el sonido estático de la picana suena agudamente en mis oídos por mucho tiempo después de apagarse. Entonces sí es Izabel quien sufrirá la tortura si me rehúso a hablar... cuchillos, corta cajas, fuego, una “simple” picana... de repente, no hay nada simple sobre ello.

—¡Es suficiente, Apollo! —Agarro los barrotes otra vez, dejando que la rabia tenga el control, mis dientes apretados tan duro que el dolor se dispara por mi quijada y de vuelta hacia mi cráneo.

En mi visión periférica veo a Izabel, yaciendo de lado contra las piedras, intentando recuperar el aliento, pero mis ojos y mi concentración permanecen en Apollo.

Coloca la picana en el suelo detrás de él, y luego se acerca a la jaula.

Sí, eso es... acércate, Hombre Muerto Viviente, y dame una oportunidad, solo una, y voy a tomarla.

Se detiene a solo un paso de esa oportunidad.

—Comencemos —dice, burlándose de mí— con la Casa de Seguridad Uno. —Su sonrisa se profundiza, y mi confusión crece.

—¿Casa de Seguridad Uno? —pregunto.

—Sí. Eso es lo que dije.

—No entiendo... ¿qué hay con eso?

Apollo ayuda a Izabel a volver a la silla; ella intenta arrancar su brazo de su mano; palabras que solo pueden ser de una naturaleza profana se empujan a través de la tela en su boca y salen como una serie de sonidos altos y bajos. Pero sus ojos dicen todo lo que su voz no puede: *Voy a matarte coño.*

—Su nombre era Marina, si recuerdo la forma en que Artemis contó la historia.

Marina...

32

Intento no mirar más a Izabel, pero es difícil de evitar. Solo espero que no vea la culpa en mi alma.

—Entonces, Artemis te dijo sobre la Casa de Seguridad Uno, ¿cómo es eso relevante?

—Mi hermana me dijo todo sobre ti antes de morir —revela Apollo—. Ella y yo éramos cercanos, siendo gemelos y todo eso; no tuvo secretos conmigo. —De repente, parece perdido en sus recuerdos, el dolor de perder a su hermana evidente en sus rasgos abatidos. Pero se sacude, mirándome otra vez—. A excepción de su relación sexual —sacude una mano despectivamente—, tracé una línea con esa mierda.

—¿Por qué quieres que hable sobre la Casa de Seguridad Uno?

—Marina —me corrige.

—¿Por qué quieres que hable sobre Marina?

Por un fugaz momento, los ojos de Apollo se deslizan a Izabel sentada en la silla.

Ah. Ahora tiene sentido. Ahora entiendo... todo. Y mi corazón deja de latir; siento una aplastante sensación en la boca de mi estómago.

Esto es.

Hoy, todo termina.

Finalmente, hago contacto visual con la mujer que amo, todavía esperando que no vea la culpa, pero en mi corazón sé que lo hace. Hay un breve pero claro destello en sus ojos cuando me contempla; el hecho de que ya no esté intentando hablar es prueba que Apollo tiene su atención.

—¿Izabel? —susurro, pero no en un intento de disimular mi voz—. Probablemente sabes por qué estamos aquí. ¿Sabes por qué?

Izabel asiente lentamente... ella tiene una idea, pero no es posiblemente que pueda saber lo que estoy a punto de decirle.

Ignorando la mirada divertida de Apollo, mantengo mis ojos solamente en Izabel.

Tomo una respiración profunda.

—Estamos aquí debido a mí —digo—. Y tú estás... —No puedo terminar la oración; mi aliento parece abandonar mis pulmones; mi corazón late en mis oídos y en mi estómago.

Alejo mi mirada de ella, pero el sonido de su balbuceada voz debajo de la tela me trae de vuelta, para enfrentarla... para enfrentar, aceptar y decir la verdad.

Le debo eso al menos.

—Izabel... vas a morir hoy —mis manos comienzan a temblar y a sudar— ... y... y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Veo el pecho de Izabel caer, seguido por sus párpados; lágrimas se escapan de sus confines y rocían sus sucias mejillas. Si tan solo pudiera alejar esas lágrimas con besos, solo una vez más.

Lo siento, Izabel. Lamento el día en que nos conocimos, por no llevarte de regreso al recinto de Javier Ruiz, por no entregarte a Izel cuando vino a buscarte en el motel; lamento que mi debilidad haya puesto tu vida en peligro; lamento que por mi culpa vayas a morir mucho antes de que hayas tenido una oportunidad de vivir tu vida. Una vida real. Una vida alejada del dolor y los horrores en los que me

sofoco yo y la única vida que conozco. Lamento enamorarme de ti. Lo lamento todo.

Estas palabras deseo decirle.

Pero no puedo.

No puedo porque... tengo miedo.

Miro hacia el sucio suelo debajo de mis pies como si pudiese consolarme de alguna manera. Pero me da la espalda, en cambio, sin dejarme ni siquiera un apoyo.

—No hay necesidad de asustar a la chica. —Escucho la voz distante de Apollo en mis oídos, en su mayoría todo lo que escucho son mis pensamientos—. No tenías que decirle la verdad. Y yo no había dicho nada, hermano. Como una cortesía. Pero como sea. Es tu cagada, no la mía.

—Diré la verdad sobre Marina... diré muchas verdades en este día — anuncio, pero luego vuelvo el rostro hacia Izabel—. Pero que se sepa que haré esto solo porque Izabel merece conocer al verdadero yo. —Alejo mi mirada de Izabel y fulmino con la mirada a Apollo—. Nada de lo que diga es porque tú quieres que lo diga.

34

Él sonríe.

—No tienes que decir nada —dice, con risa en su voz—. Si sabes que vas a morir, que ella va a morir, ¿entonces por qué cavar tu tumba tan honda así? Eres un puto enigma, Victor. —Se ríe en voz alta.

Miro a Izabel a los ojos otra vez, y todo en lo que puedo pensar mientras me mira fijamente sin palabras, es si ella será capaz de perdonarme por todo lo que he hecho.

Pero en sus ojos no veo nada más que dolor; sin acusaciones, sin confusión, sin más desesperación. Solo dolor. Y me destroza por dentro.

Apollo quiere más que mi muerte como venganza de su amada hermana gemela: él quiere que la mujer que amo conozca al verdadero Victor Faust; quiere exponerme ante la única persona en el mundo que puede herirme; quiere que la mujer a quien amo sufra en lugar de su hermana que me amó profundamente, y murió por ello.

Quiere que yo sufra. Y en este día, lo conseguirá.

—Tienes el escenario, Victor Faust —anuncia Apollo, sacándome de un trance inducido de culpa.

Izabel sacude la cabeza, su manera de decirme que no tengo que hacer esto.

Le asiento una vez, lentamente y con arrepentimiento, diciéndole que, sí, debo hacerlo.

Suavemente cierra sus ojos.

Suavemente cierro los míos.

Y con pesar, abro ampliamente las puertas a mi pasado y dejo entrar la esterilizadora luz.

CINCO

Victor

Traducido por Jenn Cassie Grey y Gigi D

Corregido por Disv

Dos años antes de Artemis...

36

Las Casas de Seguridad, para mí, no eran exactamente lo que se suponía que fueran. Al inicio, las usaba para su propósito, me escondía en ellas en varias partes de los Estados Unidos, y el mundo, mientras estaba en misiones, y tomaba ventaja de sus beneficios de la manera en que muchos hombres, y mujeres, lo harían. Pero cuando conocí a Marina en la Casa de Seguridad Uno, escondida profundamente en el desierto de Oregón, tuve mi primera probada, desde que era un niño, de lo que en realidad era el mundo exterior. De lo que me estaba perdiendo.

Marina era una hermosa mujer de veintinueve años, con una figura voluptuosa como la de una estrella de cine de 1940, un largo y rizado cabello rubio como Marilyn Monroe. Nunca antes había visto a una mujer como Marina; nunca antes había sido embrujado, pero Marina, emergiendo de la puerta de su pequeña casa como una diosa de una cama de plumas y oro, lanzó tal hechizo en mí que estuve cerca de perder todo por lo que había trabajado tan duro.

—¿Por qué siempre vienes a mí, Victor? —preguntó Marina con una voz de seda, se frotó contra mí en la cama; el aroma de su perfume mezclado con el de nuestro sexo me hizo querer tomarla de nuevo.

Sus dedos danzaron a lo largo de mi pecho, sobre mi clavícula y encontraron mi boca.

Sostuve su mano y besé sus dedos.

—Me gusta venir aquí —le dije, y besé sus dedos de nuevo—. Haces que olvide... todo lo de allá afuera.

Marina alzó su rubia cabeza de mi pecho; podía sentir la suavidad algodonada de ella cosquilleando a mi costado.

—Sé que probablemente no me lo dirás —dijo—, pero ¿qué exactamente es lo que haces allá afuera? Ya sabes, lo que te hace querer olvidarlo. —Agitó sus espesas pestañas negras hacia mí, pero no era de ninguna forma un acto de seducción; Marina siempre hacía ojitos cuando hablaba.

Pasando mis dedos por su suave cabello, miré hacia el techo, y pensé en decirle. Quería decirle, más que nada en ese momento, porque estábamos ella y yo solos en la casa, muy lejos del mundo, y sentía como que podía confiar en ella y podía decirle todo. Nunca había tenido eso antes. Ni siquiera podía hablar con mi hermano sobre mi vida.

Pero no le dije nada que no le hubiera dicho antes.

—¿Hay alguien que realmente disfrute de su trabajo? —Me moví alrededor de la verdad—. A menos que sea un billonario, o uno de los pocos afortunados que se gana la vida haciendo lo que ama, a nadie le gusta trabajar y todos se quejan. No soy una excepción.

Marina me sonrió cuidadosamente, se inclinó hacia adelante y presionó sus labios rellenos en mi pezón, y después se sentó en la cama a mi lado. Miré con admiración, y lujuria, como su largo cabello caía sobre sus hombros blancos; mi mirada secretamente asimiló la plenitud de sus pechos, la redondez de sus caderas y trasero, siempre me preguntaba qué es lo que llevaba a las mujeres a ser tan delgadas. No que haya algo malo con lo delgado, pero...bueno, solo había algo en Marina.

—Siempre dices la misma cosa —dijo ella, pero no como un reproche.

—Y a ti te pagan solo por saber lo que te digo —dije, también de forma amable.

Ella sonrió de nuevo y se levantó de la cama, deslizó sus suaves brazos en un camisón blanco traslúcido que caía a la mitad de sus muslos. Encendió un cigarrillo. Nunca me gustaron los cigarros, o las mujeres que los fumaban, pero... bueno, como dije, simplemente había algo en Marina.

—¿Que sientes por mí, Victor? —preguntó, y me sorprendió.

También me senté en la cama, mirándola a medida que ella se miraba en el espejo del tocador, arreglando su cabello enredado por el sexo, una columna de humo se elevaba desde el extremo de su cigarrillo.

Cuando no respondí lo suficientemente rápido, ella se giró del espejo, me miró directamente, y entonces dijo:

—No tienes que responder eso. Pero si te pidiera que me ayudaras a salir de aquí.... —se detuvo abruptamente, sus grandes y apasionados ojos volviéndose más infantiles y asustados—... quiero decir... ¿me ayudarías si mi vida estuviera en peligro?

Me levanté de la cama inmediatamente, y caminé desnudo por la habitación hacia ella, pero levantó su mano y dio dos pasos hacia atrás.

Sorprendido por su asustada reacción, me paré en seco.

—Marina, ¿qué sucede? —Traté de acercarme de nuevo, más despacio, pero con cada paso que daba hacia adelante, ella daba uno hacia atrás, así que desistí.

—Por favor no me mates —dijo.

—¿Qué? —Estaba tan sorprendido que por un momento eso fue todo lo que pude decir.

Ella tomó una larga calada del cigarrillo y después colocó el resto en un cenicero sobre el tocador, dejando que se quemara. Noté que sus manos estaban temblando, toda ella estaba temblando.

—Sé que si hago demasiadas preguntas —comenzó—, y especialmente si te pido que me ayudes, hay una buena posibilidad de que me mates por eso.

—No voy a matarte...

—¿Cómo sabes eso? —interrumpió ella.

—Porque no tengo ninguna razón para matarte —dije. —Y porque... me preocupo por ti; ahora dime, Marina, ¿qué está pasando? ¿Por qué tu vida está en peligro? Y si pensabas que te mataría por pedirme ayuda, entonces ¿por qué lo hiciste?

—Porque estoy desesperada, Victor, y porque la única manera en que sabré es preguntando. Es un riesgo, lo sé, pero un riesgo que estoy dispuesta a tomar porque no tengo otra alternativa. No tengo otra manera de salir excepto a través de ti.

—¿Por qué yo, Marina?

Hizo una pausa, tragó nerviosamente, y dijo:

—Porque eres el único en quien confío.

Ella vino hacia mí entonces, solo unos cuantos pasos, pero se detuvo casi a mi alcance. Me miró profundamente a los ojos, sosteniendo desesperadamente mi mirada.

—Porque creo en mi corazón que te preocupas por mí, algún nivel... solo lo siento. Es por eso que te pregunté primero qué sentías por mí. Mira, no tengo mucho tiempo.

Ahora yo era el que miraba en diferentes direcciones, sintiendo paranoia acerca de tener ojos inoportunos sobre mi espalda.

—Marina —dije calmadamente, pero de forma seria—, necesito que te sientes y me digas de qué se trata todo esto. —Di otro paso hacia ella—. Por favor, siéntate conmigo y habla.

Le tomó un momento, pero finalmente se tranquilizó. Estiré mi mano hacia ella y renuentemente la tomó.

Nos sentamos en el borde de la cama juntos. Sostuve su mano.

Ella me miró.

—Conoces mi pasado —comenzó—. Fui honesta contigo cuando te dije que solía ser una bailarina exótica. Pero no te dije la verdad sobre cómo terminé aquí, compartiendo mi casa con extraños de quienes no sé nada salvo que cada uno de ustedes lleva armas y probablemente han matado a unas cuantas personas. Solo sé lo que veo, y creo solo lo que puedo asumir que es la verdad. Pero necesito decirte la verdad sobre cómo me metí en esto; no fue como te dije: no hubo un acuerdo mutuo... ellos me amenazaron, La Orden.

Creo que sabía la respuesta antes de que Marina me lo dijera. Sabía sobre las Casas de Seguridad y los hombres y mujeres que las ocupaban, sobre como ellos eran en su mayoría civiles quienes sabían poco o nada acerca de lo que las personas, como yo, que a veces se quedaban en ellas, hacían para ganarse la vida. Pero fue con Marina que comencé a ver la verdad sobre cómo eran reclutados algunos residentes de las Casas de Seguridad: más con amenazas y chantajes que por voluntad, y ofertas financieras substanciales.

—Un hombre vino a mi club una noche —comenzó—, y vino con mucho dinero. *Mucho* dinero, Victor; por un baile privado me pagó más de lo que había visto en toda una vida. —Marina bajó la cabeza avergonzada—. Comencé a dormir con él; por el dinero, por supuesto. Nunca había hecho nada como eso antes; seguro, bailaba por dinero, pero nunca me había degradado a mí misma de esa forma. —Hizo una pausa, tomó una profunda respiración como si soltara el recuerdo por sus pulmones, y continuó.

Me senté y escuché, y con cada palabra, quería ayudarla mucho más.

—Después de dos semanas —continuó, sin mirarme—, el hombre, dijo que su nombre era Brant, bueno, comenzó a cambiar, se volvió más agresivo conmigo, incluso me abofeteaba. Pero quería ese dinero; probablemente lo habría dejado darme una paliza en tanto siguiera viendo ese dinero.

—¿Y qué es lo que este “Brant” hizo? —Sabía tan bien como ella que ese no era su verdadero nombre.

Marina lanzó una mirada, pero no podía mirarme por mucho tiempo; comenzó a mover sus dedos nerviosamente sobre su regazo. Me estiré y le quité el cabello del hombro para poder ver todo su rostro.

40

—Vino a mi casa una noche —dijo—, y me dijo que mi vida ya no era mía, que desde esa noche en adelante le pertenecía a él. Claro, al principio pensé que era un maníaco obsesivo, ya había tenido problemas con varios hombres que iban al club; uno incluso me acosó por un tiempo hasta que finalmente enfureció a alguien y logró que le dispararan, pero Brant, descubrí realmente rápido que había algo diferente en él, y que era mucho peor que cualquiera de esos tipos. —Su respiración comenzó a acelerarse, y miró directamente hacia el frente sin parpadear—. Él tomó su maletín y sacó algunas fotografías. Mi madre regando sus plantas. Mi hermanita en California caminando a su dormitorio. —Me volvió a mirar, y esta vez sostuvo la mirada con firmeza—. Ellas eran toda la familia que tenía.

—¿Tenías? —pregunté, pensando lo peor.

Marina asintió.

—Mi madre murió el año pasado, de cáncer cervical. Mi hermana sigue viva, pero...

Volvió a alejar la mirada, hacia sus manos, a sus temblorosos dedos entrelazados.

—¿Pero qué, Marina? —Apoyé mi mano en su espalda; su piel era cálida—. Dime.

Ella tragó, dudó, y luego reunió el coraje.

—He estado hablando con ella, en privado por supuesto, y le dije, de una manera que solo ella comprendería, que su vida está en peligro. Hicimos planes para irnos de... *vacaciones*, si sabes a qué me refiero, pero en realidad solo queremos dejar el país. Ir a un lugar donde no puedan encontrarnos, y empezar de nuevo —se volvió para enfrentarme completamente, tomó mis manos en las suyas y apretó—, y sé que puedes ayudarnos a comenzar de nuevo, Victor. Identidades nuevas y todas esas cosas.

Sacudí la cabeza, alejé la mirada.

—Marina —dije—, no podemos estar teniendo esta conversación; si se enteran...

—No lo harán.

Sabía que eso no era cierto... ellos ya lo sabían.

41

Ella saltó de la cama y se agachó frente a mí, me sujetó las mejillas con sus manos. No pude evitar mirarla a los ojos y dejarla hablar; no pude evitar oír sus plegarias y seguir cayendo más y más en un hoyo del que mi subconsciente sabía que nunca podría salir. Porque realmente me importaba Marina. Pasé meses visitándola. Era fácil hablar con ella, y entendía mis luchas sin necesidad de saber exactamente cuáles eran; me daba consejos, sabía qué decir, y nunca le dije nada de lo que hacía. Marina era más que solo una amiga para mí: era mi amante, mi consciencia, y la única conexión con el mundo exterior que ansiaba. No estaba *enamorado* de ella, pero *quería* estarlo, y no estaba dispuesto a renunciar al alivio, la emoción y la anticipación que sentía al saber que iba a volver a verla.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Que lo que yo quisiera no importaba.

Comenzó a jadear por aire; sus esbeltas manos femeninas estirándose, buscando agarrarse a cualquier cosa, sus dedos hundiéndose en mi cuello mientras mis brazos se tensaban alrededor de los suyos. No podía mirarla; de alguna manera cerré mis oídos a los sonidos desesperados que ella hacía mientras forcejeaba en mi agarre. Apreté con más fuerza. Podía sentir la respiración rápida y superficial de sus fosas nasales contra mi brazo; el violento palpar de su corazón a través de su yugular; la vida deslizándose de ella como agua entre mis dedos.

Sostuve su flácido cuerpo por un largo tiempo, mirando fijamente sus ojos muertos, llorando por su vida, su belleza y la inocencia que le arrebaté.

—Lo siento, Marina —susurré—. Lo siento...

Cuidadosamente dejé su cuerpo en el suelo, y volví a sentarme en la cama, con ella a mis pies. Matar a Marina fue, en ese punto de mi muy corta vida, la cosa más difícil que jamás tuve que hacer.

Mi celular sonó en la mesita de noche. Como sabía que haría.

—Faust —respondí.

—Hiciste lo correcto —dijo la voz al otro extremo—. Pensé que tendría que enviar a alguien y lidiar con ella, y contigo, yo mismo.

—¿Era una prueba? —pregunté.

—En realidad, no —dijo—. Pero su casa ha estado bajo vigilancia desde el primer día. He estado escuchando la conversación. Siempre lo hago.

Era un detalle significativo que debería haber recordado: todas las Casas de Seguridad de La Orden son vigiladas, o al menos se supone que lo sean; pero debido a Marina, y la facilidad con que nubló mi criterio, ese detalle se escapó completamente de mi mente esta noche cuando ella empezó a hablar. ¿Cómo pude haber sido tan estúpido para olvidar tal cosa? ¿Cómo podía haber llegado tan lejos en La Orden solo para estar a punto de permitirle a una mujer destruir todo lo que había ganado? Pero al segundo en que Marina dijo el nombre “Brant”, el recuerdo volvió. Y sabía que lo que le hice a Marina no podría haber sucedido de otra forma. La relación entre Marina y yo, cualquiera sea el tipo de relación que estuviera destinada a ser, estaba condenada desde el principio.

—Empaca y regístrate en un hotel por esta noche —dijo mi mentor—. Repórtate conmigo en la mañana; Vonnegut te tiene un nuevo trabajo en Los Ángeles.

—¿Qué hay de la chica? —pregunté sobre Marina.

—Un limpiador será enviado apenas tu auto salga —dijo. Hizo una pausa y luego añadió con dejo de humor en su voz—. ¿Estás bien, Faust? Sé que era una mujer irresistible, pero así es como son las cosas.

—Sí señor, lo sé —dije—. Y sí, estoy perfectamente bien —mentí.

—Bien —dijo—. Bueno, hablaremos en la mañana.

—Espere... tengo curiosidad —dijo, deteniéndolo.

—¿Sobre qué?

—Por qué eligió el nombre “Brant”. Siempre usa el mismo.

Se rio entre dientes.

—Era el nombre del primer hombre que maté en mi vida —dijo—. No hay otra razón que esa, en realidad... es algo así como un trofeo. ¿Por qué elegiste el nombre “Victor”?

Hice una pausa y dije:

—Victor es mi verdadero nombre.

—Ah, ya veo —dijo Brant—. Bueno, esa es una razón tan buena como cualquier otra. Empaca y abandona la residencia, Faust; el cuerpo no se va a poner más fresco.

Dejé el teléfono en la mesita de noche. Pasé otros diez minutos con Marina, disculpándome en mi mente, antes de finalmente vestirme, tomar mis pertenencias y dejar la pequeña casa en el desierto de Oregón, que fue el único lugar en el que sentí en casa desde que era un niño y fui obligado a entrar en La Orden.

En la actualidad...

Apollo sacude la cabeza y sonrío.

—¿Y por qué la mataste? —pregunta, ya conociendo la respuesta, pero queriendo que Izabel la oiga—. No fue porque pensabas que estabas siendo puesto a prueba, ¿verdad?

Le doy mi atención solo a Izabel porque, sin importar lo difícil que es para mí, merece saberlo.

—Sabía que Marina decía la verdad, lo vi en sus ojos, lo sentí en su toque, lo oí en sus palabras. La verdad es que ella me importaba... demasiado.

Izabel no parece parpadear durante mucho tiempo; solo me mira, y no puedo leer qué hay en sus ojos. Y luego, finalmente, los cierra suavemente y

respira hondo. Y yo sé, sé que está decepcionada, que está dolida, no porque me haya importado una mujer además de ella, sino porque maté a esa mujer, y el *por qué* la maté.

—Entonces asesinaste a una mujer inocente —me insiste Apollo como un fiscal, restregando vinagre en la herida—, porque te *importaba*. —Chasquea la lengua, negando con la cabeza.

—Sí —admito—. La maté solo por mis sentimientos hacia ella. Incluso si nunca pude amarla, de la forma en que te amo a ti —(una lágrima resbala por la mejilla de Izabel)—, sabía que tenía que matarla, o La Orden me habría matado a *mí*.

Me pongo de pie y me acerco a los barrotes, agachándome hasta estar a la altura de los ojos de Izabel, deseando ahora más que nunca que pudiera tocarla.

—Y Marina no fue la primera —digo.

Otra lágrima cae por su rostro. Y otra.

Pronto acabará todo, mi amor.

Pronto acabará.

SEIS

Izabel

Traducido por Vanehz

Corregido por Disv

*T*e amo, Victor, con cada fragmento de mi alma. Desearía poder decírtelo... ¿no puedes verlo en mis ojos, en mis lágrimas? ¿No puedes verlo coño?!

¿O todo lo que ves es el dolor? ¿La decepción y la desaprobación? Lo que hiciste fue horrible, Victor. Esa pobre e inocente chica, quien no era muy diferente a mí. Necesitaba tu ayuda. Confió en ti, y te preocupabas por ella, aun así, elegiste tomar su vida en vez de salvarla.

45

Pero lo entiendo. No lo apruebo, y puedo mirarte a la cara jamás y decirte que lo que hiciste, lo tuviste que hacer, que no tenías otra opción. No puedo mirarte como a un hombre cuyas manos no han sido manchadas por la sangre de un inocente, como antes podía. No tenías que ser tú quien la matara, no tenías que ser tú. Sabías que La Orden la habría matado y tu conciencia habría estado limpia, tus manos habrían estado limpias; ellos habrían hecho el trabajo que no deberías haber hecho tú mismo.

Pero lo hiciste.

Y por eso no puedo darte el perdón que buscas. No puedo pretender por más tiempo que... eres perfecto.

Pero siempre te amaré; eso nunca cambiará.

Cierro mis ojos suavemente, tratando de obligar a retroceder al resto de mis lágrimas. Si voy a morir aquí hoy, y sé que lo haré, no quiero pasarme los últimos momentos de mi vida llorando. Porque soy más fuerte que eso, y no quiero que esta gente loca que nos trajo aquí, sienta esa satisfacción.

Una poderosa e insoportable sacudida se desplaza por mi cuerpo, casi dejándome inconsciente. Mi corazón se detiene y mis músculos se tensan tan fuertemente que me vuelvo una roca en esta inestable silla, mis dientes atrapan mi lengua y el sabor de la sangre llena mi boca; mis ojos ruedan hacia atrás en mi cabeza. Trato de gritar, pero la mordaza en mi boca lo evita todo excepto ahogadas maldiciones.

—¡Te lo dije! —grita Victor, su voz golpeando mis oídos mientras lucho por mantenerme derecha—. ¡Te dije que cooperaría! ¡Déjala en paz!

Trato de recobrar el aliento, pero es mucho más difícil cuando solo puedo inhalar y exhalar a través de mi nariz. Mi espalda está en llamas donde la picana dejó su marca.

¡Quiero matar a ese *hijodeperra*!

—Oh, esto se pone mucho mejor —escucho a Apollo decir en alguna parte detrás de mí—. Marina fue solo el comienzo —siento su cálido aliento en mi oído—, espera a que él te diga sobre la hermanita de Marina.

Mis ojos, desenfocados por el shock eléctrico, encuentran otra vez los de Victor. Luce igual que antes, cuando estaba a punto de contarme la historia de Marina, y no me está gustando lo que veo.

Sacudo mi cabeza otra vez, justo como lo hice más temprano cuando quería que se negara a hablar. Vamos a morir de todas formas, y preferiría morir con el hombre que conozco y amo, no con un extraño que amo. Pero sé que va a contármelo de todas formas. Y sé que mientras más hable, menos seré capaz de perdonarlo.

Te amo, Victor... por favor, no digas nada más.

Victor

—También la maté —confieso—. No necesito entrar en esos detalles, la maté. Tenía que ser... sacrificada... porque sabía demasiado, porque Marina le dijo demasiado. —Suspiro, vacilante, porque el resto de la verdad es peor—. Ni siquiera fue una orden oficial que la hermana fuera eliminada, tendría que

haberlo sido, pero no esperé por ello; me tomé la libertad de atar ese cabo suelto como cualquier agente entrenado habría hecho.

—Un cabo suelto —repite Apollo—. Sacrificada como un perro.

—Sí. —Es todo lo que puedo decir.

Izabel está sacudiendo su cabeza; siento que quiere que deje de hablar. Pero no puedo. Puede que no la haya traído de vacaciones para decirle la verdad de mi pasado, a pesar de que se la habría dicho, eventualmente, pero sí la traje aquí para decirle otras verdades. Y así no era exactamente como me imaginaba diciendo la verdad. Pero esta es la mano que me repartieron, y es la mano que jugaré. Será mi única oportunidad de decirle.

Observo a Apollo, desde la comisura de mi ojo, concentrándose mucho otra vez, y me doy cuenta que está escuchando a alguien, posiblemente a través de un audífono.

Hasta ahora he contado cinco personas diferentes, incluyendo a Apollo, que son parte de esto. Ahora tengo que averiguar a cuál de ellos le está respondiendo Apollo. ¿A Osiris quizá? No me sorprendería, a pesar de su tumultuoso pasado.

47

—Tengo que hacer pis —anuncia Apollo.

Camina pasando a Izabel y a mí y dice en su camino hacia la puerta:

—Espero que no me extrañen mucho mientras no estoy.

Se desliza hacia fuera y la luz grisácea parpadea mientras la puerta se cierra con un apagado *bang* detrás de él.

—Izabel, escúchame —digo apresuradamente en el momento en que Apollo se ha ido—. Necesito saber si puedes mover tus manos de alguna forma. Lo suficiente para liberarlas.

Ella lucha contra la silla, y entonces después de un momento, niega con la cabeza.

Mi corazón se hunde. Tan avergonzado como estoy de admitirlo, había contado con que *ella* tuviera un plan. Esta jaula alrededor de mí no va a abrirse sin una llave, y tengo la sensación que Apollo no es quien la tiene. El cabello de Izabel aún está volviendo a crecer de cuando lo cortaron en Italia, así que no hay ganchos sujetándolo en su lugar como solía usar con el cabello más largo. No lleva joyas; sus pies están descalzos; ni siquiera el top de su bikini tiene un

aro, no hay nada que pueda usar para abrir esta cerradura. Frenéticamente, reviso los bolsillos de mis pantalones caqui, pero están vacíos. Ni siquiera estoy usando una correa.

Me siento contra las piedras sucias, cruzando mis piernas al estilo indio, y dejo salir un largo suspiro de derrota.

—Llévate lejos por un tiempo —digo finalmente, después de un momento—, se suponía que fuera un nuevo comienzo para mí. Quería sacar cosas de mi pecho, ser honesto contigo respecto al por qué no maté a Nora Kessler... pero yo... —levanto mis ojos, mirándola directamente ahora; los suyos están llenos de tristeza—, pero también quería decirte sobre algo que hice. Tienes derecho a saber. Y todavía quiero decirte esas cosas, pero siento de alguna forma que ahora está mal, porque no puedes hablar, no tienes forma de decir o hacer las preguntas que tienes todo el derecho de hacer... no puedes gritarme, si eso es lo que quieres hacer. Solo sería yo hablando, confesando, no tan diferente a como Kessler nos tuvo a todos haciéndolo no hace mucho. Pero mal momento o no, es la única forma...

Murmura algo a través de la mordaza en su boca.

48

—¿Quieres que te diga la verdad? —No sé por qué estoy preguntando porque tengo la intención de decírsela de todas formas; quizás solo necesito oírla decir que sí.

Empieza a sacudir su cabeza negando, pero cambia de dirección. Luce aterrada, no por nuestra situación, sino de las cosas que le diré.

Asiento, en reconocimiento, y entonces miro hacia abajo a mis pies parcialmente ocultos bajo mis piernas cruzadas.

—Tu confesión —empiezo—, en la habitación con Nora... yo... más tarde la escuché; tenía micrófonos en la habitación aparte del audio en el techo. Izabel, sé sobre el niño que tuviste con Javier Ruiz.

Al principio, ella solo me mira fijamente, pero entonces más lágrimas aparecen en las comisuras de sus ojos y se deslizan por su rostro implacablemente; la mordaza en su boca las atrapa, secándolas como si no fueran nada.

—Lo siento —continúo—, sé que era tu secreto para contar, y nunca debería haber escuchado esa grabación, pero tenía que saber.

—¿Por qué? —masculla Izabel, estoy seguro de haber entendido la palabra correcta.

—Dos razones —digo—. Una, porque es mi deber saber todo sobre cada persona en mi Orden, incluso tú. Pero, en segundo lugar, y más importante, quería saber si tu doloroso secreto era algo con lo que pudiera ayudarte.

Aleja su mirada de mí, enojada.

—Mírame, Izabel, por favor.

Se niega.

—Por favor...

Ella cede, y gira sus ojos lentamente hacia mí otra vez, pero aún están llenos de enojo y dolor.

—Después de ese día —continúo—, empecé la búsqueda. Ninguno de mis contactos en México han encontrado nada aún, pero uno de ellos tiene una posible pista. Sabía que tomaría tiempo, pero... Izabel, solo quiero encontrar a tu niño.

49

—¿Por qué? —pregunta otra vez, esta vez con más acusación, con incredulidad.

Y me encuentro a mí mismo atrapado entre querer decirle la verdad como afirmé, y no esperar tener que decirle *tanto* así tan pronto.

—Porque quería ayudar —digo, tratando de desviar la respuesta en su totalidad.

—¿Por qué? —Su rostro se está volviendo rojo, sus lágrimas se han vuelto lágrimas de rabia—. ¿Por qué, Victor? ¿Por qué?

Suspiro y respondo con la verdad.

—Porque... quería... dirigirte en otra dirección.

Las lágrimas parecen desvanecerse de sus ojos como si fuera magia; ve a través de mí, con frialdad, implacablemente, con ojos que expresan solo la más profunda de las traiciones, que contienen la más pesada de las preguntas.

La culpa, como sabía que lo haría, me destroza.

Hago la única cosa que puedo: responder esa pregunta por ella.

Me impulso hacia arriba para levantarme, agradecido porque la droga finalmente se ha disipado. Entonces empiezo a pasearme. De ida y vuelta sobre las piedras en mi prisión de metro y medio por tres. Puedo oír las pesadas y temblorosas respiraciones de Izabel; puedo sentir el resentimiento en el aire. Pero hago lo mejor que puedo por ignorarlo. Porque sé que nuestro tiempo es limitado.

—Después de Nora —empiezo, sin mirarla—, después de lo que nos hizo pasar, de lo que *me* hizo pasar, sabía, Izabel, que no había esperanza para mí; sabía que sin importar cuánto te amara, un día mi amor por ti sería mi fin, y el de mi hermano, e incluso el tuyo. —Me detengo, volteo y la miro una vez para enfatizar mi punto, y entonces vuelvo a pasear—. Kessler me abrió los ojos a la verdad; se infiltró en mi Orden, engañándome a mí y a todos en ella, y volvió a mi hermano contra mí. Fue mi despertar, Izabel. —Camino hacia los barrotes y bajo la vista hacia ella; me fulmina con la mirada—. Sabía que nunca podría matarte, pero tenía que hacer *algo*. Y pensé que, si podía encontrar a tu niño, quizás tus instintos maternos te golpearían y querrías cambiar tu vida, dejar mi Orden, darle a tu hijo la vida que él o ella merece, y entonces yo... —aparto mis ojos de los suyos; esto es tan difícil de decir—... podría seguir con mi vida con la conciencia limpia. Y yo...

50

—¡ALTO! —grita a través de la mordaza; bien podría haber sido un ¡NO!
Pero de cualquier forma significa lo mismo.

—¡ALTO!

—Lo siento, amor... con todo mi corazón, lo siento.

SIETE

Izabel

Traducido por Ximena y Otravaga

Corregido por Disv

51

No puedo escuchar esto... ¡*PARA, VICTOR!*

Toco con la lengua el trapo en mi boca hasta que ya no puedo sentir mi lengua; mi garganta se llena de saliva, ahogándome. Me atraganto, y mis ojos arden y lloran. Trabajo sin descanso para aflojar la cuerda de las muñecas hasta el punto de que ellas también terminan extrañamente entumecidas. Mis rodillas se abren y cierran, se abren y cierran, mientras trato de liberar mis tobillos, pero al igual que mis muñecas, sé que están atascadas así. Indefinidamente.

¿Cómo pudiste hacer esto, Victor?!

Grito contra mi mordaza, mi ira intensificándose porque no puedo decir las palabras que tan desesperadamente quiero que Victor escuche. Él me observa desde atrás de los barrotes de su celda, incapaz de hacer otra cosa que dejar que este tortuoso momento entre nosotros siga su curso.

La puerta se abre de nuevo, y ese hombre, Apollo, vuelve a entrar en la habitación. Mis ojos se mueven para encontrar la picana en el suelo, pero no la veo.

Porque está en sus manos y...

Creo que me desmayé.

Sé que lo hice.

¿Dónde estoy?

¿Dónde *estoy*...?

Victor

—¿A dónde se la llevaron? —exijo, con mis manos agarrando los barrotes—. ¡Apollo, respóndeme!

Él ha estado dándome el tratamiento del silencio durante quince minutos mientras se sienta en la silla leyendo una revista.

—¡Apollo!

Finalmente, levanta la cabeza, muy lentamente, y hace contacto visual conmigo. Está sonriendo levemente, más en sus ojos oscuros que en sus labios. Coloca la revista en su pierna apoyada en la rodilla, y luego se queda mirándome, disfrutando de esto.

—¿Qué se siente, Victor —comienza con una voz serena—, saber que has arruinado a tantas familias? ¿Cómo duermes en la noche? ¿Alguna vez piensas en las personas que has matado? —Hace un gesto con la mano delante de él—. Alguna vez te has sentado con esos costosos trajes, zapatos caros y ese corte de cabello pomposo y te preguntas: “¿me pregunto qué tipo de vida podrían haber tenido tal-y-cual si no se las hubiera quitado?” o “¿me pregunto cuántas personas no van a nacer nunca porque, sin ayuda de nadie, literalmente destruí a *generaciones* de futuras familias?” —Él deja caer su pierna desde la rodilla y se inclina hacia adelante, la revista atrapada en su mano—. Dime, Victor... dime la verdad.

No me hará ningún bien seguir preguntando por Izabel.

—¿De verdad te preocupa algo de eso, Apollo? ¿Es por eso que estoy aquí, como venganza por ser menos que un ser humano, un peligro para la sociedad? ¿O se trata de ti y tu notoria familia? Una familia, debería añadir —levanto mi dedo índice—, conocida por ser menos que humanos y un peligro para la sociedad. Aquél que tira la primera piedra, Apollo.

Deja caer la revista al suelo y se levanta de la silla; ya no está sonriendo.

—Mi *familia* —se defiende, escupiendo la palabra—, puede ser conocida por algunos crímenes atroces; mi mamá y mi papá pueden haber sido el mayor hijo de puta y perra de este lado del hemisferio —rechina sus dientes completamente blancos y me gruñe—, pero mis hermanos y hermanas, cuando

llegaste con tus mentiras y tus balas, nunca hicieron nada para merecer lo que consiguieron. ¡Nunca hice nada para merecer lo que *yo* recibí! (Una pequeña gota de saliva de su boca golpea en mi mejilla). ¡Lo peor que había hecho hasta ese momento era robar una tienda de licores! ¡Y ni siquiera maté a nadie!

Con una voz tranquila respondo:

—Este negocio no se trata de eliminar criminales, Apollo. No me encargaron matar a tu familia porque fueran una amenaza para la sociedad. Me encargaron matar a tu familia porque tu padre y tu madre eran el más grande hijo de puta y perra de este lado del hemisferio. *Ellos* son los culpables de la muerte de tus hermanos y hermanas, no yo... *Osiris* es el culpable. ¿O lo has olvidado? ¿Has olvidado que las cosas habrían sido muy diferentes si tu propio hermano de sangre no te traicionaba, traicionaba tu apellido?

—No lo he olvidado —contraataca él, girando su barbilla.

Mis manos se deslizan lejos de los barrotes.

—Parece que lo haces —señalo—. Estás tramando algo con *Osiris* de nuevo, después de todos estos años, después de todo lo que les hizo a ti y tu familia; sin embargo, yo soy el que está en la jaula. —No sé si mi teoría es correcta, si *Osiris* está en esto, pero es la única munición que tengo, por improbable que se sienta.

Las manos de Apollo se aprietan en puños a sus costados; sus ojos se agitan con animosidad. Ahora veo que tal vez las cosas entre Apollo y *Osiris* no están tan arregladas como asumí, después de todo.

—De todas formas, ¿dónde está *Osiris*? —pregunto, con la esperanza de conseguir alguna verdad. Me gustaría mucho hablar con él.

Apollo me da la espalda, se cruza de brazos.

—Él no está aquí —dice—. Tengo mejores cosas que hacer que seguirle el rastro a mi hermano.

Un momento de silencio pasa entre nosotros.

Decido cambiar de estrategia, cuidadoso de no empujarlo demasiado lejos, con la esperanza de que pueda abrirse más si lo manipulo de forma gradual. Pero todo esto es muy difícil de hacer cuando todo lo que puedo pensar, y todo lo que me importa, es *Izabel*.

—¿Por qué quince años, Apollo? —pregunto—. Esa es una tremenda cantidad de tiempo perdido. ¿Por qué esperar quince años para meterme en esta jaula? —*Aparte de que probablemente te tomó todo ese tiempo averiguar cómo sacarlo adelante exitosamente.*

Él sonríe con suficiencia.

—Oh, créeme —dice, su tono mezclado con amargura—, yo habría hecho esto hace mucho tiempo atrás; quería hacerlo, pero... bueno, eso no viene al caso.

—Tú *querías* hacerlo —repito—, pero todo este plan no te involucra solamente a ti, ¿verdad? Tú no estás aquí, *yo* no estoy aquí, simplemente por tu venganza.

—¡No hay nada *simple* sobre esto! —grita, y me sorprende, además de confirmar mis sospechas: él no es el que está a cargo.

Da un paso hasta los barrotes, bien al alcance de la mano, por fin dándome esa oportunidad que quería hace unos momentos. Pero no la tomo. Temo ahora más que nunca por el bienestar de Izabel. Sin importar que sepa que este es el día en que ella y yo moriremos, lo último que quiero es hacer que sus últimos momentos sean más difíciles de lo que ya son.

—¿Dónde está Izabel? —pregunto, con mi voz relajada, pero inquieto hasta la médula.

Él sacude la cabeza. Y luego sonríe de una manera tan escalofriante que solo eso eleva mi preocupación.

—Con mi hermana —responde.

Parpadeo, aturdido, y una ola de ansiedad se mueve por mi cuerpo, estableciéndose en mi pecho. Si hay alguna persona en este mundo con la que no elegiría dejar a solas a Isabel, es sin duda Hestia Stone, la única hermana Stone aún con vida. Es hermosa como lo era su hermana, Artemis, pero a diferencia de Artemis, Hestia es cruel, peligrosa y con una sed de sangre que habría competido con la de la ex-esposa de Fredrik.

—¿Hestia? La dejaste con *Hestia*...

—Ah, ahí está —se burla de mí Apollo—, ese miedo que nunca me imaginé que viviría para ver en el gran Victor Faust. —Echa su cabeza hacia atrás y se ríe, luego baja la mirada en la mía una vez más, y una sonrisa aparece

en sus labios—. Diría que no hay que preocuparse, pero, bueno, ya sabes cómo es mi hermana.

Tomo los barrotes y trato de sacudirlos, consiguiendo solamente sacudirme a mí mismo.

—¡Apollo, no hagas esto! Si vamos a morir hoy aquí, ¡entonces solo mátanos! Solo mata a Izabel; tortúrame si eso es lo que quieres, pero no...

—Vaya, mírate —me señala—, esto es *malditamentefantástico*, hermano —bombea sus puños— ¡Sí!

Pero entonces su sonrisa desaparece y se acerca a mi jaula, coloca sus dedos encima de los míos alrededor de los barrotes y aprieta; está tan cerca que puedo sentir su cálido aliento entre nosotros.

—Espera a que la veas, a mi hermana. No puedo esperar a verlo por mí mismo. Habrá fuegos artificiales y toda esa mierda. Y he conseguido un asiento de primera fila. —Sacude visiblemente la parte superior de su cuerpo, demostrando su entusiasmo con dramatismo—. Incluso está haciendo que mi pene se endurezca un poco. —Entonces sus dedos se apartan de los míos y presiona su rostro aún más cerca, desafiándome a tomar ventaja de ello; permanezco en calma, por mucho que quiero estrangularlo hasta la muerte ahí donde está parado—. Y, por cierto —añade—, rogar tampoco te queda bien. —Él se aleja de la jaula lentamente.

No puedo encontrar las palabras adecuadas para decir, no hay ninguna. Izabel habría estado mejor si la hubiese matado yo mismo hace mucho tiempo.

Hestia y yo solamente hemos hablado una vez; solo hemos estado en la misma habitación el uno con el otro en una ocasión. Pero una vez fue suficiente para hacer que la mujer despreciara el suelo que piso.

Hestia sabía que yo no estaba con Artemis simplemente porque la amaba, Hestia sabía que yo era el que estaba matando a los miembros de su familia; ella sabía, solo por instinto, que estaba usando a su hermana para cumplir mi contrato. Pero no tenía ninguna prueba. Y Artemis no la escucharía:

—¿Realmente eres tan estúpida, Artemis? —la regañó Hestia, yo estaba en el baño escuchando a través de la pared—. Desde que él apareció, nuestra familia ha estado muriendo uno por uno. Hay algo respecto a él, ¡puedo sentirlo! —Su voz

era un susurro, pero agudo y lo suficientemente fuerte como para que pudiera escucharla casi con total claridad.

—Siempre haces esto —gritó Artemis—. Simplemente no quieres que sea feliz. Hestia, por favor, déjame vivir mi vida, ¡amo a Victor! ¿No te das cuenta? — Parecía que estaba llorando.

—Sí, me doy cuenta —contestó Hestia—, y eso es lo que hace toda esta cosa tan... jodida. ¡Te está usando! ¡Y se lo estás permitiendo!

—¡Es suficiente! ¡Simplemente detente! —Podía oír pisadas golpeando pesadamente por el piso—. No te veo en años y entras campantemente aquí un día, salida de la nada, y en lugar de pasar tiempo conmigo, ponernos al día como se supone que deben hacer las hermanas que no se ven desde hace mucho tiempo, me dices lo estúpida que soy; nada más estás celosa, Hestia. ¡Siempre haces esto!

Escuché vidrio haciéndose añicos contra el piso.

Queriendo evitar que Hestia le hiciera daño a Artemis, salí del baño con prontitud y me presenté una vez más.

56

Artemis estaba de rodillas en el piso, recogiendo cuidadosamente los fragmentos de vidrio azul claro que una vez fue un delfín que estaba sobre la mesa de café, nunca supe quién de ellas lo rompió.

—¿Está todo bien? —pregunté, fingiendo no haber oído nada comprometedor.

—Todo está bien —dijo Artemis, con desaliento.

Fui directo hacia allá y me agaché frente a Artemis, procedí a recoger el vidrio por ella.

—No, permíteme —insistí, tomando los fragmentos de su palma—. No quiero que te cortes las manos.

—¡Esto es ridículo! —siseó Hestia—. ¿Por qué no le dices a mi hermana la verdad? Dile que tienes algo que ver con la muerte de nuestros padres y, hasta el momento, dos hermanos. ¡Díselo!

—¡PARA! Por favor, ¡SOLO PARA! —Artemis enterró el rostro en sus manos.

Me levanté rápidamente y volteé hacia Hestia, parado cara a cara con ella.

—Creo que deberías irte —insistí.

Ella me miró con los ojos llenos de ira. (Pensé que era una lástima que no estuviera también encargado para matarla a ella. En ese momento, no entendía por qué solo los hermanos y los padres Stone eran los que tenían recompensas por sus cabezas, las tres hermanas estaban prohibidas. Hasta esa fatídica noche quince años atrás.)

—Tú eres la razón de todo lo que ha pasado —acusó Hestia valientemente, completamente sin temerme en todos los sentidos—. No sé por qué, o quién más está involucrado, pero lo averiguaré. —Ella presionó la punta de su dedo índice justo en el centro de mi pecho, me fulminó con más frialdad que antes—. Y si le haces daño a mi hermana... que Dios me ayude, te daré caza cada minuto de cada día hasta que te encuentre. Te colgaré de un gancho de carne y te arrancaré la piel, poco a poco, y te dejaré allí para que sientas el dolor. Y luego te mataré.

Había sido amenazado por muchas personas en mi vida, pero nunca antes había tenido una amenaza que me helara, sabía que ella lo haría. No sabía por qué, pero algo me decía que Hestia Stone era más que capaz de respaldar sus amenazas, ella se aseguraría de ello. Era la única mujer a la que temía.

Un destello de cabello negro se movió de repente en la comisura de mi ojo, y perdí el equilibrio cuando Artemis se arrojó entre Hestia y yo. Tropecé hacia atrás, agarrándome del brazo del sofá para mantener el equilibrio, pero antes de que pudiera detenerla, Artemis estaba encima de Hestia, un trozo de vidrio sobresaliendo por encima de su mano. Al principio pensé que tal vez se había caído sobre éste porque había sangre filtrándose a través de sus dedos, corriendo por su muñeca, pero cuando ella levantó la mano sobre su hermana vi que el vidrio no estaba allí por accidente, sino con un propósito.

—¡Artemis! —Corrí hacia ella, traté de detenerla.

Pero era demasiado tarde. La mano de Artemis bajó, y todo sucedió muy rápido: la expresión del rostro de Hestia, retorcido por el dolor, la conmoción y la traición, sobre todo la traición; el sonido de vidrio penetrando en la piel; el color rojo oscuro que empapaba el blanco de la blusa de Hestia; el escalofriante aullido lleno de rabia que tronó a través del interior de Artemis, llenando mis oídos y mi corazón con algo que nunca podría haber imaginado de ella, locura sin adulterar.

Congelado en estado de shock, no podía hacer que mi mente moviera mis piernas; no podía formar una oración. Mi querida y dulce Artemis Stone, en absoluto inocente antes de este día, pero ciertamente no en lo que se convirtió cuando atacó a su hermana, no lo podía creer.

Hestia se las arregló para patear a Artemis lejos de ella, y Artemis cayó hacia atrás en mis brazos; la sangre de ambas manchaba mis manos. Le agarré la muñeca y apreté, sacando de golpe el fragmento de su agarre; éste cayó en el suelo sin hacer ruido. Ella luchó contra mí, retorciéndose, golpeando, pateando, gritando, pero la sostuve con facilidad en mis brazos hasta que se calmó.

Hestia se levantó del suelo, con una mano cubriendo la puñalada en su pecho izquierdo; respiraba con dificultad, y apenas podía mantenerse en pie.

Levantando la cabeza una vez que fue capaz, ella comenzó a mirarme a mí primero, tal vez para terminar lo que empezamos, permitirme ver cuánto más desesperadamente quería matarme. Pero en el último segundo, sus ojos se desviaron y encontraron a Artemis en su lugar. La expresión de su rostro, hablaba por sí sola: Artemis ya no era una hermana de Hestia, y Hestia nunca la perdonaría por lo que había hecho.

Ni una sola palabra se dijo entre nosotros tres, solo las palabras silenciosas que no necesitaban ser dichas para escucharlas y entenderlas.

Y luego Hestia se fue. Y fue la última vez que la vi.

58

Después de todos estos años, pensé que por lo que hizo Artemis, a Hestia ya no le interesaba más la venganza contra mí. Vigilé a Hestia desde aquel día; era lógico y obligatorio cuidarme la espalda debido a sus amenazas. Podría haberla matado en muchas ocasiones, pero, al igual que Nora Kessler, la quería con vida. Quería estudiarla. Ella me intrigaba. Me intrigaba, porque le temía. Y nunca he sido un hombre que se apague o huya de algo que teme. Me enfrento a ello y lo sigo para que pueda entender mejor de qué se trata esa cosa que temo.

—Sabes —dice Apollo, despertándome de mis recuerdos—, nunca antes lo creí, pero ahora veo que es verdad, le temes a Hestia. ¡En realidad le temes!
—Su risa se hace eco en todo el espacio.

Alzo los ojos para mirarlo. Quiero decirle: “No, ya no le temo a Hestia; eso fue hace mucho tiempo cuando todavía era joven, el único temor que tengo ahora es a lo que le hará a Izabel”. Pero no digo estas cosas; defender mi orgullo y proteger mi ego no es importante.

—Déjame ver a Izabel —exijo.

Apollo sonrío y se chupa un diente.

Behind the Hands That Kill

—No puedo hacer eso ahora mismo —dice, con el encogimiento de sus hombros—. Pero la verás muy pronto.

Él se va, cerrando la puerta detrás de él.

Agarro los barrotes de la jaula de nuevo y rujo a la noche algo que ni siquiera yo entiendo.

OCHO

Izabel

Traducido por Flochi

Corregido por Disv

El intenso olor a perfume me despierta, y cuando abro los ojos veo otra vez a esa mujer de antes, vestida en un mono ajustado con la cremallera subida hasta la garganta, de pie en la habitación conmigo.

—Bien. Estás despierta —dice—. Deberíamos empezar.

60

Me doy cuenta que estoy tendida en una cama; una almohada ha sido metida debajo de mi cabeza. Mis ataduras han sido cortadas; la mordaza ha sido quitada de mi boca.

—¿Empezar con qué? —pregunto, débilmente.

La mujer me sonrío cuidadosamente. Veo el destello de un cuchillo a su lado en un tocador junto a varios tipos de maquillaje, artículos de peluquería y otras cosas parecidas; cuatro luces brillantes, dos a cada lado del espejo de tocador, iluminan la pequeña habitación que tiene poco más que sea digno de mencionar.

Por supuesto, de todas las cosas a su alcance que podría tomar en la mano, elige el cuchillo y viene hacia mí.

Instintivamente intento saltar de la cama y correr a la puerta cerrada, pero mis piernas se desploman debajo de mí, y un familiar dolor candente abrasa mi cóccix y caderas; el zumbido de la picana pita en mis oídos. Me estrello contra el piso; mis ojos están apretados con fuerza en tanto el dolor atraviesa mi cuerpo rígido. Solo después que mis músculos comienzan a relajarse y suavizarse nuevamente escucho el segundo conjunto de pasos detrás de mí mientras quien sea que haya estado en la habitación con nosotras retrocede.

La mujer se agacha frente a mí mientras me encuentro en el suelo, intentando recuperar el aliento.

—Lo que planeo hacer contigo —advierte con una voz extrañamente calmada—, será mucho peor que un pequeño shock eléctrico.

—¿Qu-qué vas a ha-hacer? —tartamudeo, ya que todavía no he recuperado la plena capacidad de hablar luego de ese último impacto.

Siento sus dedos moviéndose a través de mi cabello, y alzo la mirada hacia ella cerniéndose sobre mí.

—Voy a terminar lo que empecé hace tanto tiempo con Victor Faust.

Sus palabras, aunque vagas y escasas, inyectan varios latidos extra en mi corazón.

Alza el cuchillo hacia mí, dejando que la brillante hoja plateada destelle frente a mis ojos.

—Ahora, ¿cooperarás o harás esto más difícil para mí, y, por lo tanto, para ti?

—¿Qué quieres que haga? —pregunto, cediendo con cooperación.

—Por el momento —dice, poniéndose de pie, y luego extendiendo una mano hacia mí—, quiero que escuches.

Reaciamente acepto su mano y me pone de pie.

—¿Y después? —pregunto, intranquila.

Ella camina de regreso al tocador brillantemente iluminado, su espalda hacia mí, pero no me olvido de la otra persona en la habitación.

La mujer, claramente a cargo, no me mira cuando responde:

—Eso también dependerá de Victor Faust; todo lo que suceda aquí esta noche dependerá del hombre al otro lado de ese altavoz —gira solamente la cabeza, lentamente, para mirarme ahora—, el hombre que crees que te ama lo suficiente para salvarte la vida.

—Lo hace —digo de inmediato, lamentándolo al instante. Este no es momento de estar discutiendo con una mujer con la que siento que nunca podré razonar.

Sonríe, y pasa la hoja del cuchillo suavemente entre su pulgar y el índice.

—Ya veremos —dice. Luego le da palmaditas a la silla vacía frente al tocador—. Ven y siéntate.

Echo un vistazo detrás de mí, finalmente viendo al hombre de pie junto a la puerta con la picana aferrada en su mano. No hay ventana en esta habitación, simplemente esa solitaria puerta; y a juzgar por las pisadas que escucho del pasillo, incluso si pudiera deshacerme de estos dos, probablemente no llegaría lejos una vez que deje la habitación. Pero más importante, no dejaría a Victor en este lugar, y no tengo idea de dónde está; por todo lo que sé, podría no estar aquí. Todo lo que tengo es su voz pasando a través de los altavoces en una laptop.

Este no puede ser el final de nosotros, Victor... no puede ser el final de todo.

Pero siento que lo es. Lo siento en lo profundo de mi alma, este es el final. He estado en incontables aprietos de vida o muerte, incluso antes de conocer a Victor, pero este... este sé en mi corazón que no va a terminar de la manera en que lo hicieron todos los demás. ¿Es así como se siente cuando una persona sabe que está a punto de morir? Dicen que uno siempre lo sabe, que simplemente lo sientes, que tu tiempo se acaba.

62

Victor lo siente. Creo que tal vez esa sea la razón por la que estoy tan convencida de ello. Si *él* no tiene esperanzas de sacarnos de esto con vida, ¿entonces qué esperanza queda?

Desearía poder hablar con él, tan solo una última vez.

No me importa que él quisiera que... dejara de amarlo. No me importa. Estoy enfadada, y estoy herida que se haya dado por vencido con nosotros de esa manera, pero todavía lo amo. Lo entiendo. Y lo perdono. Lo perdono *porque* lo entiendo como nadie más puede.

Girando mi oído hacia el altavoz, respiro hondo e intento prepararme mentalmente para todo lo demás que está a punto de suceder. Por lo que esta mujer demente va a hacerme. Por quien sabe cuántas veces más esa picana me electrocutará. Por lo que sea que pueda escuchar a Victor decirle a Apollo. Por cómo voy a morir... el instinto me dice que no será rápido. Por un breve momento pienso en Frederik, en Niklas, en Nora y en James; por un momento más largo pienso en Dina. Me siento culpable por lo que atravesará cuando sea notificada de mi muerte. Me duele el corazón de imaginarla sentada en su descolorido sofá naranja que huele a popurrí, llorando en sus manos.

Muchos minutos pasan, y todo lo que puedo escuchar proveniente del altavoz son ruidos de Victor, pero sin voces: él arrastrando los pies por la celda; gruñidos, resoplidos y gritos de palabras indescifrables en voz baja; el raspar de la piel de sus palmas frotándose contra los barrotes fijos de su jaula; el roce de sus pantalones cuando camina. Y todo el rato mientras escucho, deseando poder llegar a él para decirle algo que nos consuele, esta mujer, de todas las cosas, está arreglando mi maquillaje y mi cabello.

—¿Cuál es el punto de esto? —le pregunto.

—Ya verás —me dice, y pone la punta de un delineador en mi ceja izquierda.

—Es una pena lo de tu cabello —agrega.

No digo nada en respuesta, y ella sigue con su trabajo. Sigo escuchando, como me dijo que quería que hiciera, pero por un largo tiempo todo lo que escucho es más de lo mismo de Victor. Vislumbro secretamente el cuchillo en el tocador, fuera de mi alcance, pero lo suficientemente fácil de alcanzar si quisiera. Pero “fácil” es lo que me preocupa; estas personas fueron lo bastante astutas como para poner a Victor, de todas las personas, donde está ahora, así que estoy segura que “fácil” en este caso, es solo una ilusión.

63

Tras otros cinco minutos más o menos, y todavía nada ha cambiado, intento hacer hablar a la mujer.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto.

—¿Realmente te importa cuál es mi nombre? —dice, y siento el calor del rizador acercándose demasiado a mi oreja—. ¿Estás queriendo crear lazos, Izabel? —Su pregunta está teñida de sarcasmo.

—No —respondo con honestidad—. No juego ese juego de mierda. Solo estoy cansada del silencio.

La veo sonreír levemente en el reflejo del espejo; el vapor se alza de mi cabello cuando lo libera del rizador.

—Puedo ver por qué Victor te ama —dice.

—¿Pensé que no creías que me ama?

Su sonrisa se agranda.

—Oh, nunca dije eso —responde—. Creo que te ama, por supuesto, pero de *qué manera* te ama es el gran misterio. Hay muchos tipos distintos de amor.

—Victor me ama de la manera en que crees que no lo hace —señalo, fríamente. Y sé que lo hace, no lo cuestiono para nada. Simplemente me enfurece que esta mujer, como demonios se llame, crea que conoce a Victor mejor que yo.

—Mi nombre es Hestia —responde finalmente, ignorando mi diatriba como si su tiempo no valiera la pena refutarla—. Apollo es mi hermano. ¿Tienes algún hermano o hermana?

—¿De verdad te importa? —replico.

Arruga los labios, girando otra sección de mi cabello en el metal caliente.

—No realmente —responde—. Salvo por el bien de la conversación.

—Puede que tenga medios hermanos y hermanas —digo con un encogimiento de hombros—. Realmente no podría decirlo; mi verdadera madre tenía una debilidad por los hombres, y no era exactamente el tipo de mujer que practicaba el sexo seguro.

—Ah, bueno, la mayoría de nosotros no estaríamos aquí de no ser por mujeres como ella, estoy segura como el infierno que yo no estaría. —Entonces dice de repente—: ¿Por qué no has preguntado por qué estás aquí? Tengo curiosidad. Ni una vez me has rogado que te diga de qué se trata todo esto, o has intentado razonar o negociar conmigo. Seguro que *eso* te importa.

—No voy a rogarle a nadie por nada —le digo inmediatamente—. Y no hace falta ser un genio para saber lo esencial de por qué estamos aquí. Aparte de toda esa cosa de la venganza que quiere tu hermano, la mayor parte se explica bastante por sí sola. Es la misma vieja historia, un típico escenario de venganza. —Me vuelvo a encoger de hombros—. Podría preguntarte los detalles, pero ya sé que no vas a decirme nada que no me hayas dicho ya, entonces ¿para qué desperdiciar mi aliento?

Hestia levanta una botella de spray y presiona su dedo en el rociador; cierro mis ojos para evitar las minúsculas gotas rociando mi rostro.

—Bueno, solo para que sepas —dice, bajando la botella—, hay poco de típico en este escenario; *eso* puedo asegurártelo.

Sus palabras dejan a mi cerebro devanándose con preguntas y preocupación, pero no le doy la satisfacción de saber que me afectó.

La puerta de la habitación de Victor vuelve a abrirse y se cierra con un eco. Entonces escucho el sonido de las pisadas de Apollo (supongo, de todas

maneras) acercándose por el suelo. Presto atención rápidamente, ansiosa por volver a escuchar la voz de Victor. No me importa lo que pueda decir que no vaya a gustarme; puede decir que nunca me amó en absoluto y sería feliz por el solo hecho de escucharlo, de saber que está vivo; estaba empezando a preguntármelo.

Pero la primera voz que escucho es la de Hestia, hablando en el micrófono incluido en la laptop.

—La historia de lo que le sucedió hace quince años —Hestia me mira brevemente—, a nuestra querida hermana, Artemis; quiero que la diga *ahora*. —Se aparta del micrófono y vuelve a acercarse a mí, se sienta en el asiento a mi lado; vuelve a rizarme el cabello—. Ahora escucha detenidamente —me dice, envolviendo otra sección de cabello alrededor del metal que quema—. Quiero que tengas una buena comprensión de todo antes de que regreses allí dentro.

Asiento, pero en todo lo que puedo pensar ahora es saber que voy a llegar a ver de nuevo a Victor, incluso si es la última vez... voy a verlo nuevamente.

Y eso me da esperanzas.

NUEVE

Victor

Traducido por Peticompeti

Corregido por VckyFer

A pollo pasa por mi jaula y desaparece de nuevo en las sombras; tomo nota de sus pasos tal y como se van alejando. Entonces se detiene, y oigo el sonido de metal tirando de metal, seguido de muchos chasquidos. Arriba en el techo las luces fluorescentes zumban con vida mientras él enciende, uno por uno, los interruptores en el cuadro de luz.

El espacio que aloja mi celda es mucho más grande de lo que esperaba. Sabía que sería amplio y estaría mayormente vacío, pero la oscuridad, y mi cabeza, antes, todavía mareada por las drogas, me mantuvieron ciego a la realidad. Pero mi sentido del olfato estuvo certero. Este lugar fue —quizás aún lo sea— algún tipo de museo de animales salvajes, seguramente propiedad de un coleccionista privado o distribuidor de animales exóticos. Cuento otras doce jaulas colocadas en los muros a mi derecha e izquierda, seis a cada lado, y tres más justo como la mía situadas en el centro de la vasta habitación perfectamente alineados, separados al menos por tres metros. Aquí han sido retenidos primates, evidencias de ello, las tres jaulas equipadas con cuerdas colgando, una atadura balanceándose, y plataformas de madera montadas arriba en la pared del fondo. Estoy seguro que otros animales exóticos han sido alojados aquí en algún momento. Pero hoy soy el único.

Apolo hace el camino de vuelta, tomándose su tiempo, caminando hacia mí con zancadas lentas, con sus manos agarradas detrás de él. Levanta una de ellas, haciendo un gesto como si exhibiera el lugar, y me dice:

—¿Apropiado, no crees?

—No me interesa mucho la charla sin sentido, Apollo. Déjanos seguir con esto, ¿te parece?

Sonríe, agarrando de nuevo sus manos tras su espalda

—Impaciente por morir, ¿verdad? —pregunta él.

—Impaciente por ir al grano —respondo.

Impaciente por ver a Izabel más bien; no saber qué le está pasando ahora mismo, me está matando.

Apollo toma la silla en la que Izabel había estado sentada antes y la arrastra unos metros hasta mi jaula. Con unos barridos de su mano, hace como si le quitara el polvo al asiento antes de sentarse; levanta su pie derecho y lo apoya encima de su rodilla izquierda; entrelaza sus manos holgadamente sobre su estómago. Y entonces, simplemente me mira, esperando a saber lo que tendrá que decirme exactamente, pero por supuesto ya lo sabe.

—Esa noche —comienza Apollo—, hace quince años, ¿qué hiciste antes que Osiris apareciese en la casa?

—¿Cuánto antes? —pregunto—. ¿Minutos antes? ¿Una hora antes? Podrías ser más específico.

Sonríe con superioridad.

—Comienza desde primera hora de esa tarde —dice—. ¿No llevaste a mi hermana a celebrar vuestro aniversario de un año?

—Sí —digo—. Aunque que fue dos días tarde.

—¿Por qué fue tardío? ¿Mi hermana no merecía que te acordaras?

—No, Apollo, no es por eso que la llevé tarde; No me olvidé. Ambos teníamos que trabajar, así que decidimos pasar nuestro aniversario al domingo siguiente.

Asiente.

—Ya veo. —Entonces intercambia las piernas, apoyando la izquierda en la rodilla derecha—. Pues cuéntame sobre esa noche. Antes de Osiris. Cuéntamelo todo, incluso las cosas pequeñas.

—¿Por qué?

Se inclina hacia delante.

—Porque quiero saber cuan feliz era mi hermana, tú fuiste la última persona en verla feliz, Victor. Y *fue* feliz. Estaba enamorada de ti, creyó haber encontrado *al definitivo*. —Ríe, y después sacude su cabeza con decepción—.

¿Por qué las mujeres se preocupan por esa mierda, de todas formas? Lo digo en serio. —Tiende ambas manos con las palmas hacia arriba—. ¿Tienes idea, tío?

—No, la verdad que no la tengo.

Apollo suspira, y cruza otra vez sus manos en su estómago, entrelazando sus dedos.

—Bueno —dice—. Sea lo que fuere. Sobre esa noche.

—La llevé a cenar —digo—, a un restaurante italiano caro.

—Háblame de eso.

Tomo una respiración profunda y comienzo a hablar.

—Vestía un vestido negro...

Hace quince años...

68

Artemis insistió en que el restaurante fuera caro. Amaba las cosas caras, temporalmente. Soñó con vivir la gran vida, pero dijo que solo la quería vivir durante un mes. Ni un día más. La familia de Artemis era pudiente, como sabes bien, pero todo era dinero manchado de sangre, y no quiso ser parte de eso. Quiso ganar su propio bienestar honestamente, trabajando duro por ello, y después gastarlo todo durante un mes. Estaba perplejo, e intrigado, por su plan. Sobre todo intrigado.

—Desprecio el dinero, Victor —dijo, sentándose en una silla a mi lado en nuestra pequeña mesa—. Arruina vidas, corrompió a todos en mi familia excepto a mí y a mi hermano, Apollo. —Me sonrió; sus largos y esbeltos dedos acariciaron el dorso de su copa de vino; su dedo meñique enrollado en el tallo de la copa—. Si alguna vez hago dinero honesto suficiente por mí misma como para encender mi chimenea usando facturas, voy a gastarlo todo en un mes solo para verlo volar.

—No entiendo —le digo cuidadosamente, y con interés.

Movió su mano de su copa y la colocó sobre la mía, rozando las puntas de sus dedos encima de mis nudillos mientras hablaba.

—Desafío —dijo—. Quiero hacerlo porque puedo; quiero ser lo opuesto a lo que fueron mis padres, y de lo que esperaron que fuera.

—¿Entonces por qué malgastar el dinero? —pregunto—. ¿Por qué no darlo? Hay muchas organizaciones benéficas...

Rio bajo su respiración, después rozó sus dedos por encima de mi mano una vez más y entonces cogió otra vez su copa de vino, apretando sus dedos alrededor. Se lo llevó a los labios, paró antes de tomar un sorbo y dijo:

—No puedo pretender ser una Buenista¹, en estas venas no hay sangre de Robin Hood. Soy una Stone, y lo acepto. No es que esté orgullosa de ello. Simplemente es como soy. —Tomó su bebida, y después dejó cuidadosamente la copa otra vez en la mesa.

Cuando terminamos de comer, Artemis tomó de su regazo la sofisticada servilleta de tela, la dejó en la mesa, y me sonrió; lo que me detuvo en seco, fue una sonrisa misteriosa que, al principio, no pude identificar. Pero cuando agarré mi cartera para poder recuperar mi tarjeta de crédito, sentí su mano tocando mi muñeca para detenerme.

69

La miré con curiosidad, pero ya ahí, en algún lugar en el fondo de mi subconsciente, supe lo que planeaba hacer.

—Vive un poco, mi amor —dijo, con una amplia sonrisa.

Sonreí, dejé la cartera de nuevo en mi chaqueta.

Salimos corriendo del restaurante, dejando la factura sin pagar en la mesa, Artemis desternillándose cuando dos camareros venían detrás de nosotros. También estaba riendo, lo que me sorprendió. Por lo menos, aunque cada vez menos, estaba con ella. Era, sin duda, un tipo de hombre distinto un par de meses después de conocerla. No supe esto a tiempo, pero estaba *cambiando* a causa de Artemis Stone.

En la actualidad...

¹ **Do-gooder:** expresión inglesa empleada de forma satírica para aquellas personas que procuran hacer buenas obras a fin de ganarse el reconocimiento de los demás.

—¿Los atraparon? —dice Apollo.

Alzo la mirada del suelo, observando el recuerdo de la radiante sonrisa de Artemis evaporarse de mi mente; escuchando su encantadora risa disiparse, como polvo revuelto posándose sobre un campo solitario.

—No —respondo—. Nunca nos cogieron.

Apollo sonrío, sinceramente, y no lleno de odio, lo que solo puede significar que, también, está recordando a su hermana gemela.

Entonces se levanta de un salto de la silla, borrando la sonrisa, y reemplazándola con algo menos acogedor.

Me mira directamente.

—Vamos —exige.

Tras una larga indecisión, continuo con dificultad.

—Después del restaurante, fuimos a casa y nos cambiamos de ropa. Nos sentamos juntos en el porche, mirando al océano; ella hizo café, negro, como me gustaba y hablamos durante mucho tiempo antes que me dijera que...

—¿Antes que te dijera qué?

No quiero responder.

—¿Antes que te dijera *qué*, Victor? Vamos, ahora no empieces a escatimar en detalles. —Apollo sonrío, y aparto la mirada, cualquier cosa con tal de aliviar mi necesidad de darle un puñetazo en la cara.

Vuelvo a pensar otra vez en aquella noche, ahora con amargura.

Y desesperación.

Hace quince años...

—Te amo, Victor —dijo Artemis, levantó la mano y agarró la mía—. Y te debo la verdad sobre algo que he estado ocultándote.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y esperaron. No la apremié, simplemente esperé.

Miró a lo lejos; la luz de la luna brillaba en la superficie del agua.

—Estaba embarazada —dijo—. Y aborté.

Mi mano se deslizó de la suya incluso antes de darme cuenta.

—Lo siento, Victor, de verdad, pero ya me conoces. No puedo tener bebés; a veces yo misma soy aún un bebé. Además, no me gustan mucho los niños.

No pude hablar durante un rato largo.

—Espero que lo entiendas —dijo ella—. Espero que puedas perdonarme.

Se levantó de la silla, y dio la vuelta para plantarse frente a mí, su cara afligida por la preocupación, preocupada porque *no* la entendiera, porque *no* la perdonara.

Levanté la mirada, y la miré. Y entonces contradiciendo la furiosa guerra dentro de mi cabeza y mi corazón, suavicé mi mirada y levanté ambas manos y acuné su rostro con ellas.

71

Inclinándome hacia delante, presioné mis labios en su frente.

—Lo entiendo, amor —dije en voz baja—. Y te perdono —mentí.

La tomé en mis brazos y la llevé a la cama. Y esa noche le hice el amor siendo un hombre diferente. Un hombre que, durante el año que la había conocido, había olvidado que existía...

En la actualidad...

—¿Y qué hombre era ese? —inquire Apollo, como si ya supiera la respuesta.

Miro directo a sus oscuros ojos y digo:

—Era Victor Faust, operativo de mayor rango de La Orden. Allí era un asesino, tan solo para ejecutar un trabajo.

—¿Y Artemis?

Behind the Hands That Kill

—Fue un medio para lograr un fin. Una herramienta en cuyo caso utilicé para cumplir mi contrato. Y lo hubiera hecho de no ser por un hermano Stone que me faltó matar. —Asiento hacia Apollo—. Tú.

DIEZ

Victor

Traducido por Otravaga

Corregido por VckyFer

Apollo sonríe ampliamente con los labios cerrados; mantiene esa sonrisa por un largo tiempo, sin decir una palabra. Es desconcertante.

Y luego, separando las manos y abriendo completamente los brazos a los costados, dice:

—Y sin embargo aquí estoy. Vivo y bien. ¿Alguna vez te preguntaste por qué no pudiste encontrarme para matarme? —Se ríe, mueve la cabeza—. Quiero decir, seguro que ha estado revolviendo la mierda en ti después de todos estos años. Vamos, ¡sé honesto conmigo, Victor! —Choca las manos con entusiasmo.

—Sí —admito—. He pensado en ello de vez en cuando, cómo pudiste haberme eludido.

Apollo se levanta y de un golpe junta las manos de nuevo; su sonrisa nunca disminuye, sino que simplemente parece ampliarse. Entonces comienza a caminar de un lado a otro delante de mi jaula.

—Los primeros meses —dice—, era tan simple como que estaba de vacaciones en Río de Janeiro, llevando mi culo de rumba... no me extrañaría que se concibieran unos niños míos durante ese tiempo. —Me sonríe con suficiencia—. Cuando mis hermanos fueron asesinados, no pensé mucho en eso, en mi familia la gente se muere todo el tiempo, pero cuando mis padres fueron eliminados poco después, supe que algo estaba pasando. Por lo tanto, hice que un sujeto se pusiera en contacto con otro sujeto, que contrató a algún otro sujeto, quien descubrió que mi hermano, Osiris, había mandado a asesinar a todos salvo mis hermanas. Sabía que yo era el siguiente, así que me fui de Brasil y estuve bajo perfil...

—Dime otra vez —interrumpo—, por qué soy el que está en esta jaula, y no Osiris.

Apollo levanta su dedo índice.

—No he terminado, Victor —dice, regañándome.

Continúa caminando de un lado a otro.

—Ahora, entendí por qué Osiris hizo lo que hizo —dice, frunciendo los labios—. Mamá y papá trataban a Osiris como un hijastro marginado; es decir, claro que nos sacaban la mierda a golpes a todos nosotros de vez en cuando. Pero Osiris, siendo el mayor y todo eso, recibía la peor parte de todo. Sabía que un día él estallararía. No obstante, Osiris amaba a sus hermanas, Hestia era para él lo que Artemis era para mí, pero a mí me odiaba, y odiaba a Ares y a Theseus. Osiris estaba celoso de nosotros porque los niños en la familia eran los favoritos. Pero no Osiris. Es por eso que era protector de nuestras hermanas; se sentía más como una de ellas que uno de nosotros.

—Entonces ¿por qué puso ese cuchillo en mi mano aquella noche hace quince años? —interrumpo otra vez—. Si amaba tanto a Artemis, ¿por qué quería que yo la matara?

74

Apollo sonrío, y luego rueda los ojos con irritación.

—Porque estaba usando a mi hermana en mi contra, vengándose por lo que hice en represalia por lo que él hizo.

—¿Y qué hiciste tú?

—Él estaba asesinando a nuestra familia, y yo era el siguiente, así que maté a su esposa —responde como si nada—. Yo... bueno, me la cogí primero y luego la maté. No hace falta decir que Osiris no era un hombre feliz. Pero ojo por ojo, pensé.

—Y nunca pensaste que él tomaría represalias viniendo tras Artemis —digo, averiguándolo por mi cuenta.

Apollo asiente una vez.

—Sí —dice con pesar—. Nunca lo vi venir. Pero debería haberlo hecho. Demonios, si él era lo suficientemente loco y frío como para matar a nuestros hermanos, que nunca le hicieron una mierda, debo añadir, entonces debería haber sabido que usaría a la única persona en el mundo que yo amaba, mi gemela, para devolvérmela por matar a su esposa.

—Están todos perturbados —digo—. Toda tu familia. Y yo que pensaba que mi familia tenía problemas.

Se encoge de hombros otra vez.

—Sí, bueno —dice—, supongo que no puedo discutir contigo en eso.

Me acerco a las barras, mirándolo con atención.

—Sin embargo, nada de esto explica por qué soy el que está aquí, pagando por su traición. No es muy diferente a matar al mensajero. Hice solo lo que fui comisionado a hacer... por tu hermano.

—Ah, pero no lo hiciste —trata de corregirme Apollo, y fallo en entender—. Hiciste algo mucho peor. Y eres tan culpable como él.

Estoy completamente frustrado con todo esto. Incluso más conmigo mismo. Nunca me toma tanto tiempo descifrar el más complicado de los rompecabezas. Francamente, esto está, como podría decir Izabel, enfureciéndome.

Apollo toma asiento de nuevo, y apoya su pie sobre su rodilla y las manos en su estómago, igual que antes. Luego asiente y me dice:

—Termina la historia, Victor. Dime lo que pasó esa noche cuando Osiris llegó a ti antes que yo pudiera.

—Dime primero dónde está Izabel —exijo—. Quieres saber esta historia tan desesperadamente... dime si ella todavía está viva, si ha sido herida.

—Oh, bueno todavía está viva. —Sonríe—. En cuanto a lo que le ha sido o le está siendo hecho, no puedo responder eso. Pero ella está viva, y te puedo prometer una cosa: La volverás a ver antes de que todo esto termine.

Nada acerca de su críptica promesa tranquiliza mi mente. Hace exactamente lo contrario.

—La historia, Victor —dice Apollo por encima del vociferante sonido de mis pensamientos inquietos. Golpetea ligeramente su reloj con la punta del dedo—. Desafortunadamente, no tenemos toda la noche.

Le cuento a Apollo sobre Osiris irrumpiendo en la casa en mitad de la noche después de que Artemis y yo nos habíamos quedado dormidos. Le cuento cómo Osiris arrastró a su hermana fuera de la cama y puso una pistola en su cabeza. Y admito no estar alerta, o ser lo suficientemente rápido, para haber sido capaz de detenerlo; otra arma estaba en mi rostro antes de que pudiera

llegar a la mía en la mesita de noche. Y le digo cómo la vida de Artemis fue utilizada en mi contra para que un cómplice pudiera atarme a una silla sin que yo lo matara. No fue un momento brillante en mi vida —ciertamente no en mi carrera— pero fue una noche de errores de los que rápidamente aprendí y juré nunca cometerlos de nuevo.

Sin embargo, aquí estoy de nuevo. Porque, por desgracia, la historia tiende a repetirse.

Hace quince años...

Osiris se levantó y se metió la pistola en la parte trasera de sus pantalones; su chaqueta de cuero negro la ocultaba.

—Entonces —dijo, viniendo hacia mí—, estás diciendo que si alguien por encima de ti, de La Orden, fuese a entrar aquí y decirte que sacaras a esta perra de su miseria...

76

—Tu uso de palabrotas —interrumpí, sangre goteando de mi labio inferior—, hace que sea difícil tomarte en serio.

La ceja izquierda de Osiris se alzó más que la otra.

—¿Cómo es eso? —dijo, silenciosamente ofendido.

Casualmente respondí:

—Porque, francamente, siento como que estoy tratando con alguien con, debo decir, falta de educación. —Las fosas nasales de Osiris se ensancharon—. ¿O simplemente tienes algo en contra de las mujeres?

Vislumbré el puño de Osiris en medio de los puntos frente a mis ojos, y entonces el mundo se apagó.

Estuve inconsciente precisamente por seis minutos: Recordaba ver la hora en el reloj de cabecera justo antes de que él me noqueara. Y cuando por fin recobré el conocimiento, todo estaba como estaba antes. Excepto una cosa. Artemis también estaba consciente de nuevo.

—Osiris, ¿por qué estás haciendo esto? —le suplicó; su rostro estaba magullado; la sangre manchaba sus mejillas y brillaba en sus dientes—. ¡Eres mi hermano! ¿Por qué estás haciendo *esto*?

Así fue como finalmente supe que ellos eran, de hecho, hermanos. Pero estaba tan confundido como Artemis acerca de por qué estaba allí, por qué puso un cuchillo en mi mano y quería que la matara, a su propia hermana.

Artemis trató de ponerse de pie, pero cayó, demasiado desorientada para mantener el equilibrio. Le extendió la mano a su hermano.

—Por favor, Osiris, dime de qué se trata esto. ¿Es por mamá y papá? —Entonces comenzó a llorar. Y a lamentarse—. Oh, por favor, Dios, ¡dime que no lo hiciste! ¡Dime que no eres el que ha estado matando a todos! —Luego se tornó frenética—. ¡¿Dónde está Apollo?! Osiris, ¡dónde está mi hermano!

—¿Tu *hermano*? —Osiris negó; apuntó su arma a su pecho en lugar de su dedo—. ¡SOY TU HERMANO! —rugió—. ¡También era parte de esta familia!

Mis ojos iban y venían entre ellos; mis oídos fijos en su disputa familiar. Artemis comenzó a retroceder hacia mí; yo seguía atado a la silla por los tobillos y una muñeca. Mi mano libre aún sujetaba el cuchillo; tenía la esperanza de una oportunidad. Me maldije en voz baja por no aprovechar la que acababa de tener cuando Osiris apuntó su arma lejos de mí por ese breve instante. Pero por otro lado, también sabía que la mano para lanzar cuchillos era la que seguía atada a la silla, y que mi puntería era errada un treinta por ciento con la otra... si no iba a ser preciso, no iba a arriesgarme.

Osiris siguió caminando hacia Artemis, y ella siguió caminando hacia atrás hasta que finalmente cayó en mi regazo.

—Por favor, hermano, vamos a hablar de esto.

Pero Osiris no tenía nada más que decirle a su hermana.

Me veía solo a mí. Y al cuchillo en mi mano.

—¿Trabajas para La Orden? —pregunté.

—No —dijo, y mantuvo su arma apuntada en mí—. Soy el jodido cliente. Soy quien le encargó a tu empleador que matara a mi familia.

Al escuchar su admisión, Artemis echó la cabeza hacia atrás y rugió; instintivamente mi mano libre se aferró a ella alrededor de su cintura, la hoja

del cuchillo inocuamente presionada contra sus costillas. Ella apoyó la cabeza en mi pecho y lloró contra mí.

Pero entonces se detuvo, levantó la cabeza y me miró a los ojos, dándose cuenta por primera vez que su hermano no era la única persona en la habitación que la traicionó.

—Hestia tenía razón —dijo; su mente parecía saber lo que quería hacer, alejarse de mí, pero su cuerpo estaba paralizado por la comprensión, la conmoción—. Mataste a mis hermanos... tú... ¡Hestia tenía razón! —Su mente finalmente se puso al corriente y saltó de mi regazo, cayó al suelo otra vez tratando de escapar.

Osiris estaba encima de ella antes de que yo pudiera parpadear; la levantó por la parte de atrás de su cabello; su desnudez exhibida por completo. Ella gritó, pateó y trató de morderlo, pero sus esfuerzos fueron desperdiciados; él la aferraba con facilidad, como si fuera una niña indefensa en su poderoso agarre.

—¿De qué se trata esto, Osiris? —pregunté, tratando de ganar tiempo—. Artemis tiene razón, deberían hablar de esto.

78

—¡NO! —Apuntó el arma en el aire hacia mí; Artemis siguió agitándose en su agarre—. ¡No importa un carajo por qué estoy haciendo esto! ¡Lo único que importa es que sea hecho!

—Entonces, ¿por qué no lo haces tú mismo? —sugerí—. Si querías a tu familia muerta tan desesperadamente, ¿por qué subcontratar el trabajo? ¿Por qué simplemente no hacerlo tú mismo?

—¡PORQUE NO PUEDO!

—No puede matarnos —dijo Artemis con voz tensa, mientras el brazo de Osiris ejercía presión sobre su garganta—. Echaría a perder su linaje; estaría maldito... y sus hijos, y los hijos de sus hijos estarían malditos. Él no puede... matar a su propia sangre. No con... sus propias manos.

No podía escapar de los ojos suplicantes de Artemis mirándome fijamente desde unos pocos metros de distancia; esa mirada me destruyó por dentro. Sabía que ella me amaba de la forma en que una mujer ama a un hombre por el resto de su vida; sabía que la mujer habría muerto por mí, matado por mí, habría hecho cualquier cosa por mí, incluso aún después de descubrir la verdad de que fui el que mató a su familia. Lo sabía. Y no podía apartar la mirada de sus ojos. *Por favor, Victor, ayúdame*, me dijeron sus ojos. *Te*

amo más que a nada ni a nadie que pueda amar o amaré alguna vez; por favor, no dejes que él me mate. Porque lo hará, Victor. Si tú no lo haces, Osiris lo hará, a pesar de la maldición, porque su ira es demasiado grande. Por favor...

Aparté mi mirada, finalmente, tragando el extraño bulto que se había formado en mi garganta. Mis ojos comenzaron a escocer y aguarse. Eso me hizo enojar, y traté de empujar hacia abajo esa ira, pero simplemente seguía aumentando.

Por... segunda vez en mi vida, no sabía qué hacer. Por segunda vez en mi vida y en mi carrera, mis emociones estaban en guerra con mis deberes y mi naturaleza... a causa de una mujer. Pero esta vez, era muy diferente; Artemis era muy... arrolladora.

Levanté la cabeza, y miré a Osiris parado detrás de Artemis.

—No puedo matar a una mujer que no se me ha encomendado u ordenado matar, una mujer que no es una amenaza para mí, o para la organización para la que trabajo. —En ese momento, había tenido la esperanza de que Osiris no la mataría él mismo. Quería calmarlo, dejar que ellos dos hablaran, de modo que, tal vez, Osiris cambiara de parecer.

79

—Entonces te preguntaré de nuevo —contestó Osiris, y empujó más hondo el arma contra la garganta de Artemis—, si alguien por encima de ti, de La Orden, fuese a entrar aquí y decirte que sacaras a esta perra de su miseria, ¿lo harías?

Y al igual que la primera vez que había hecho esa pregunta, me negaba a responderla.

En ese momento eché un vistazo cuando capté movimiento por el rabillo del ojo. Brant Morrison, un hombre en La Orden “por encima de mí”, entró en la habitación, vestido con su típico traje negro y corbata plateada, usando la típica sonrisa orgullosa y confiada que siempre portaba. Había una pistola en su mano, un pedazo de chicle en su boca y un brillo en sus ojos.

ONCE

Victor

Traducido por Jenn Cassie Grey

Corregido por VckyFer

—Siempre me pregunté sobre ti —dijo Brant—. Incluso desde aquel glorioso pedazo de trasero, Marina de quien estaban muy prendado, a pesar de que le quitaste la vida tan ceremoniosamente. —Rió entre dientes ligeramente, sus amplios hombros saltando—. Tengo que admitir, Faust, siempre he admirado tu estilo. Bolas de acero, y más impredecible que una perra en su periodo.

—¿De qué se trata esto, Brant? ¿Por qué estás aquí?

Sonrió igualmente.

—Estoy en todos lados a los que vas —me dijo—. Siendo mi aprendiz, Faust; sabes eso.

Sí, lo sabía, pero ¿por qué estaba *aquí*? No había hecho nada mal; estaba cumpliendo mi contrato en la fecha prevista, incluso sin encontrarte todavía, Apollo. Pero todavía tenía tiempo. No había hecho nada para garantizar una visita sorpresa de mi superior. Seguía preguntándome *¿por qué estaba aquí?* Pero ya sabía la respuesta, estaba siendo puesto a prueba por La Orden, después de todo. Como había asumido cuando todo comenzó, había sospecha sobre mis sentimientos por Artemis Stone.

Y con buena razón.

Brant caminó más profundo en la habitación, su mandíbula se movía mientras masticaba goma de mascar casualmente. Se sentó en el borde de la cama, colocó su arma a un lado, y se inclinó hacia adelante, colocando sus codos en la parte superior de sus piernas, sus manos colgando entre ellas.

Miré de un lado a otro entre él, Osiris, y Artemis. Lágrimas caían por sus mejillas. Aparté mi mirada rápidamente. Tenía que hacerlo.

—La chica no estaba en mi contrato —anuncié.

Brant asintió.

—Pero lo está ahora.

—¿Por qué? —pregunté impulsivamente, pero deseaba no haberlo hecho.

—Oh, Faust —respondió Brant con una causal reprimenda—, sabes que es una de las primeras reglas: Nunca preguntas por qué, el por qué nunca importa. Un contrato es un contrato, el nombre o los nombres en él son solo nombres, destinados a ser números, con muchos ceros detrás de ellos.

No había nada que pudiera decir en defensa o argumento, Brant tenía razón, y yo lo sabía mejor que nadie.

Me giré hacia Osiris, todavía tratando fuertemente de no ver a los ojos de Artemis.

—¿Qué hay sobre Apollo? —pregunté.

—Apollo Stone —respondió Brant por Osiris—, ha sido, al menos temporalmente, removido del contrato.

—¿Removido? —Mis preguntas eran solamente una técnica evasiva, todavía estaba en una guerra conmigo mismo, y necesitaba tiempo para darme cuenta de qué intentaba hacer.

Osiris respiró pesadamente, y su mirada cambió; primero parecía avergonzado, o decepcionado.

—Solo puedo pagar uno de ellos —admitió—. A último minuto decidí que quería a Artemis muerta en lugar de a Apollo, quiero que mi hermano viva con lo que le hizo a mi esposa, y que viva sabiendo que por lo que hizo, su preciada gemela pagó el precio.

—¡Tú, bastardo! —gritó Artemis.

Ella mordió su brazo, y él automáticamente la liberó. Su mano se alzó y cayó contra un lado de su rostro como un látigo sediento de sangre. Artemis golpeó el suelo. Él se inclinó sobre ella, la tomó de nuevo por su cabello, la alzó violentamente, y empujó su espalda en mi regazo. La silla a la que estaba atado casi no pudo soportar el abrupto peso, y se balanceó en dos de sus patas antes de asentarse. Sintiendo como si fuera el único en la habitación que podía salvarla, Artemis no trató de huir de mí; se aferró a mí en su lugar, enterró su

rostro en el hueco de mi cuello, y lloró. No, no puedo tenerla aquí, sobre mí así... no puedo olerla, o sentir su suave piel contra la mía... no puedo...

La furiosa pelea dentro de mí creció.

Y creció.

Y creció.

Podía escuchar las voces de Brant y Osiris y Artemis, hablándome, hablando entre ellos, discutiendo, rogando, burlándose, ya no sabía cuál era la diferencia. Comencé a ver rostros en mi mente, claros como el cristal, vívidos como la realidad. Eran los rostros de las personas que había asesinado. Pero no estaban ahí para perseguirme, estaban ahí para recordarme. Sobre quién era y quién siempre sería. Y cuando vi el rostro de Marina, enmarcado por su cabello como el de Marilyn Monroe, resaltado por sus labios de Monica Bellucci, sentí en mi corazón algo que un verdadero asesino no tiene permitido sentir... arrepentimiento.

De pronto ya no pude oír las voces de mi compañía, y los rostros se habían desvanecido de mi mente. No escuché nada, no vi nada más que el constante latido de mi corazón, y lo oscuro del cabello de Artemis que estaba recostada contra mí, la calidez de nuestros cuerpos desnudos entrelazados como si nunca hubiéramos sido arrastrados fuera de la cama.

La amaba. Era verdad. Artemis Stone era la prueba de que nunca podría ser el operativo que todo mundo pensaba que era. Ella era la prueba de que era más humano de lo que se requería para ser el operativo de una Orden. Pero para mí, más que eso, Artemis Stone era la prueba de que era débil y no solo esa vez, sino dos veces, permití que la esencia de una mujer pudiera nublar mi juicio, para lanzarme lejos de mi juego, tan lejos que la muerte misma estaba de pie en mi puerta.

¿Me importaba mi propia vida? No. No lo hacía. Nunca había tenido miedo a morir. No lo estaba buscando, pero siempre había escogido darle la bienvenida a la muerte cuando esta me visitara. Estaba preparado para aceptarla en este día, pero...

—Victor —susurró Artemis, mirando hacia arriba desde ese ángulo—, por favor no dejes que me lastimen. —Todavía podía oler ligeramente el vino de su aliento de nuestra cena más temprana de esa noche. La vi en su vestido negro; todavía podía oler el producto que había usado para curvar su largo y

oscuro cabello; pensé en los dos huyendo del restaurante, riendo y sonriendo y viviendo el momento.

Con dos de mis dedos, jalé su cabeza más cerca, y acerqué la mía presionando mis labios sobre el punto entre sus ojos. Y los dejé ahí por un largo tiempo; mis ojos cerrados profundamente, comenzaron a picar y a llenarse de lágrimas, ese extraño bulto formando en mi garganta de nuevo, pero esta vez no podía tragarlo y me estaba ahogando.

Y así deslicé mi daga sobre la garganta de Artemis, susurré contra su oreja con lágrimas en mi voz:

—Soy incapaz de tener niños, Artemis Stone.

Izabel

83

Jadeo tan profundamente que se me va el aliento; se siente como si alguien me golpeará en el estómago.

La mató... él la amaba, y aun así la mató.

Me tambaleo hacia atrás, lejos del cristal, tratando de entender, tratando de encontrar las palabras y los pensamientos y excusas para Victor. Todavía puedo ver vagamente mi reflejo en la ventana de un rostro, estoy vestida con un vestido negro y tacones negros; mi cabello fue arreglado para que caiga justo debajo de mis orejas; mi maquillaje ha sido pintado a la perfección por la mano cuidadosa de Hestia. Pero lo que más veo es la triste y sangrienta imagen que las palabras de Victor dejaron en mi mente.

Él mató a la mujer que amaba...

—¿Ahora ves? —Escucho a Hestia decir a alguien detrás de mí—. ¿Ahora entiendes?

Me miro de nuevo: El vestido, el cabello arreglado, todo lo que dice las similitudes con Artemis cuando ella pasó su última comida en ese restaurante con Victor hace mucho tiempo, y toda esperanza que había tenido desaparece.

Sin girarme a mirarla respondo.

—Sí... entiendo. —Entonces me giro, y la miro directo a los ojos—. Entiendo perfectamente.

Hestia sonríe lentamente, con confianza y acepto que la muerte está ante mi puerta.

Victor

La sangre goteaba de mis dedos, y podía escuchar a Artemis ahogándose, jadeando por aire, y no pude dejarla ir. La sostuve en un abrazo con mi brazo libre, escuchando sus últimas inspiraciones, sintiendo la vida drenarse de ella. Osiris y Brant estaban parados como estatuas en la habitación, mirando la escena con amplios ojos y labios abiertos, sorprendidos por mis acciones, supongo. Pensé que era extraño que los dos querían que la matara, y lo hice, exactamente en la manera en la que era requerida, y aun así se veían como si nunca hubieran visto a alguien morir antes.

84

Las sirenas sonaban y se acercaban, estás últimas sacaron a Brant y a Osiris de sus estados sorprendidos. ¿La policía? ¿Quién llamó a la policía?

—Tenemos que irnos, Victor —insistió Brant.

Caminó hacia mí rápidamente, sacó un cuchillo de su bolsillo y me cortó mis ataduras, estaban tan mareado que nunca noté cuando Artemis cayó de mi regazo y golpeó el suelo. Y no podía recordar más tarde, porque pensé sobre esa noche muchas otras noches más tarde, si alguna vez la miré de nuevo mientras Brant me arrastraba de la habitación y fuera de la casa todavía desnudo.

Aceleré en mi carro, siguiendo a Brant por las calles, y casi me estrellé con un árbol porque todo lo que podía mirar, la única cosa que existía en mi mundo en ese momento era la sangre de Artemis en mis manos, ambas, literalmente y simbólicamente. Estaba apretando el volante fuertemente; su sangre cubriendo las puntas de mis dedos, y cada hueco en mi mente. Era todo lo que podía ver, su sangre.

En la actualidad...

—¿Y Osiris? —pregunta Apollo.

—Nunca escuché de él de nuevo —respondo, todavía perdido en mis pensamientos—. No es costumbre mantener contacto con un cliente después de un trabajo terminado.

Apollo está parado al lado de mi celda ahora; yo estoy sentado en el suelo.

—Eso no es a lo que me refiero —dice.

Borro las imágenes completamente de mi mente, y miro hacia él a través de los barrotes.

—¿Cómo te sentiste sobre Osiris —clarifica—, después de que mandó a matar a la mujer que amabas?

—Él no me hizo hacer nada —respondo sin dudar.

—¿Entonces tú querías matar a mi hermana? —Inclina la cabeza a un lado—. ¿Eso es lo que estás diciendo, Victor? Porque si eso es verdad.... —sacude su cabeza, aprieta sus puños—, si eso es verdad entonces tenemos un problema muy diferente tú y yo. —Su sólida mirada se llena de ira.

—No hay más que decir —digo, y miro abajo a las piedras alrededor de mis pies desnudos.

Un misterioso silencio llena la habitación a nuestro alrededor.

Entonces Apollo dice:

—Oh, pero ahí está, Faust. —Una orgullosa sonrisa aparece en su rostro—. Hay mucho más que decir. Solo... —mira detrás de él hacia la salida, entonces de nuevo a mí—... no serás el que lo diga.

Escucho voces apagadas en el pasillo justo detrás de la puerta, sombras se mueven en el piso debajo. Estoy asustado; miedo absoluto aprieta mi pecho. ¿Qué ha sido de Izabel? Todo en lo que puedo pensar es en las amenazas de Hestia hace años, y trato de prepararme mentalmente para ver a Izabel en una silla de ruedas porque ya no puede caminar; llena de sangre por ser acuchillada por Hestia, con la piel arrancada y expuesta. Por mí. Por una larga venganza.

Una sombría luz desde el pasillo se derrama dentro mientras la puerta se abre. No puedo respirar; mi corazón está latiendo tan rápido que lo siento en mi cabeza, mi corazón golpeteando como tambores. Lentamente me alzo para ponerme de pie, y no puedo arrancar mis ojos lejos de las figuras moviéndose a través de las oscuras sombras; mis manos están en los barrotes de mi jaula de nuevo, agarrando fuerte, apretando, jalando; toda la humedad ha sido evaporada de mi boca.

Y entonces la veo, Izabel viva y parece intacta, y dejo que mi respiración salga en un profundo suspiro de alivio, mis piernas se debilitan debajo de mí, y por un momento siento que la esperanza no está perdida, después de todo.

Pero entonces veo otro rostro. Artemis Stone.

Y la fuerza que había quedado en mis piernas, me traiciona.

DOCE

Izabel

Traducido por âmenoire

Corregido por VckyFer

Nunca antes había visto una mirada como esa en el rostro de Victor. Lucía... *traumatizado*; esa disposición tranquila e impasible que siempre lleva, remplazada por algo más... frágil.

Y ni siquiera me está mirando a mí.

—*Artemis*... —dice Victor en un tipo de jadeo.

87

También jadeo, sorprendida, y giró mi cabeza para ver a la mujer detrás de mí, la misma mujer que me vistió y arregló mi cabello e hizo mi maquillaje. La misma mujer que me dijo que era alguien más. Y entonces, como si una presa hubiera sido abierta, las respuestas a todo se apresuran dentro de mi cabeza como un río desbordado. Ah, así que es por eso que la mirada traumatizada está en el rostro de Victor. Ahora sé exactamente cómo debo lucir para él.

Siento una mano en el centro de mi espalda y mi cuerpo es empujado hacia adelante. Con mis muñecas atadas detrás de mí, caigo, raspando mis rodillas sobre el suelo; mi hombro golpea después y luego mi rostro. ¡*Oomph*! Una aguda punzada se dispara a través de mi cabeza y se extiende a través de mi mandíbula, cuello y espalda y mi único consuelo es saber que esta vez fue por la caída. No sé cuánto más shock eléctrico puede aguantar mi corazón

Artemis camina junto a mí como si ni siquiera estuviera ahí y se acerca a Victor y a la jaula.

Soy levantada del suelo por manos invisibles, y empujada a la silla donde estuve sentada antes de ser llevada al salón de belleza de esta perra loca.

—No te muevas. —Escucho decir a Apollo detrás de mí.

De repente soy jalada por la mirada de Victor; no está mirándome, pero siento como si quisiera, o como si estuviera tratando de *no* hacerlo.

—¿Victor? —digo, pero no contesta, y no mira hacia mí; no estoy segura sobre qué debería decir si obtuviera su atención.

Pero ¿por qué no me mira? ¿Por qué Artemis es la única persona en la habitación que reconoce? Quiero decir, seguro, pensaba que estaba muerta, pensaba que la había matado, pero la mirada del síndrome de he visto un fantasma debería estarse desvaneciendo en este momento.

¿Cómo es que está viva?

¿Y por qué, Victor, no me *mira* a mí?

Victor

88

Toma cada gramo de mi fuerza tener que evitar mirar a Izabel en este momento. En el segundo que mis ojos se muevan de Artemis, el momento exacto en que Artemis me vea mirar a alguien más que no sea ella, Izabel será castigada por ello.

Me concentro solo en ella. Es lo que Artemis quiere, mi devota y completa atención. Ha esperado durante tanto tiempo por este día, este momento; ha entrenado para ello, no hay duda, no estaría en esta jaula si no lo hubiera hecho, si Apollo no hubiera trabajado con ella. Y mientras la miro, secretamente estudio sus movimientos, la expresión en sus ojos, la confianza en su caminar, sé que la mujer ante mí está muy lejos de la mujer que ella solía ser. Artemis Stone, mi primer amor, mi primer error real, es tan diferente de la mujer que una vez conocí. Y sé que lo que sea que suceda aquí esta noche, cualquiera que sea el tipo de bestia que se libere desde dentro de ella, fue creado por mí hace quince años. Y sé que merezco el caos que eso desencadenará.

—La policía —empiezo con la primera de las muchas cosas girando en mi mente, señalo a Apollo con la inclinación de mi cabeza, pero nunca quito mis ojos de Artemis—. Él sabía que no podría llegar a ti antes que Osiris, así que llamó a la policía. Así es cómo esa noche llegaron tan rápidamente.

Artemis se levanta hacia las barras, curva sus largos y delicados dedos alrededor de ellas con ambas manos. Por segundos que se sienten como minutos, solo me mira, sin parpadear, sin encogerse, y me siento ligeramente desestabilizado por ello.

Más de un minute pasa y todavía no dice nada. Solo me mira, inyectando incomodidad en cada una de mis extremidades, debilitando mi confianza. ¿Por qué no habla?

—Artemis...

Levanta su mano derecho para detenerme y lo hago. Luego la misma mano se mueve ligeramente hacia su garganta, y cuidadosamente toma el cierre de su traje entre sus dedos pulgar e índice y lo desliza hacia abajo. Lentamente, muy lentamente. Su mirada penetrante nunca duda, y, aun así, sus ojos parecen nunca parpadear. Solo cuando el cierre se ha detenido, justo por encima de su escote y su mano se mueve hacia su costado, alejo mis ojos de los suyos y miro la cosa que ella quiere que vea.

Una larga cicatriz, de aspecto suave y levantada por encima de su piel, descolorida contra su piel bronceada natural, me mira de regreso. Avergonzado y consumido por la culpa y el arrepentimiento, mi mirada finalmente cae de la suya y no puedo mirar a nadie, ni nada, salvo las palmas de mis manos. Las sostengo frente a mí, recordando la sangre, la sangre de Artemis, deslizándose a través de mis dedos la noche en que la maté. Porque la maté, maté a la persona que era.

—Mírame, Victor —dice Artemis, tranquilamente, pero con voz de mando—. Mira lo que has hecho.

Lo que he creado...

Levanto mi mano. Y trago.

—Ahora ¿sabes por qué estás aquí? —pregunta.

Asiento, sin ser capaz de una respuesta verbal. Quiero mirar a Izabel detrás de Artemis, pero tampoco puedo hacer eso.

Apollo se para en silencio a un costado.

—Dime por qué estás aquí, Victor —insiste Artemis.

No lo hago. No puedo decirlo en voz alta, no cuando Izabel puede escucharlo. Veo el vestido que trae puesto Izabel; veo el maquillaje y el cabello

rizado; veo los zapatos negros de tacón alto, veo a Izabel como una copia de Artemis, hace quince años cuando ella y yo pasamos nuestro primer aniversario en ese restaurante, la noche que la maté. Sí, sé por qué estamos aquí. Sé por qué...

—Contéstale —dice Apollo finalmente.

Camina hacia adelante.

—No, Apollo —dice Artemis, sin mirarlo—. Por favor, déjame hacer esto. Tendrás tu turno, pero justo ahora, va todo por mi cuenta.

Apollo mantiene su posición y contiene su lengua.

Artemis cruza sus brazos.

—Le preguntaste a mi hermano —empieza—, por qué quince años, déjame decirte la verdadera respuesta a esa pregunta. —Inclina su cabeza hacia un costado—. Al principio —dice—, solo quería estar preparada; necesitaba estar entrenada. No era nada cuando me conociste; solo era la hija de criminales, una hermana de un hermano traidor. Difícilmente podía defenderme de un ladrón en la estación de autobús, mucho menos cazar a un asesino a sueldo peligroso y elusivo por no mencionar de élite, y lograr matarlo sin que él me matara primero. Y supe que tenía que mantenerme en las sombras, permanecer muerta para ti. —Se para directamente frente a mí, sosteniendo mi mirada ferozmente—. Y lo hice. Lo logré, para mi sorpresa, para la sorpresa de mi hermano. —Se detiene y luego dice—: Supongo que, dado que pensante que me mataste, no tenías razón para buscarme, dándome la oportunidad de volar fuera de tu radar hasta que estuviera lista. Y cuando estuve lista, Apollo me dijo algo el día que planeé hacer mi movimiento contra ti, dile lo que me dijiste, Apollo.

—Dije que era una pena que no podía darte donde realmente te dolería —dice Apollo.

—Sí —dice Artemis—. Eso es lo que dijo; medio bromeando por supuesto, pero lo vi como algo más —gira una mano—, pensé que sería justicia perfectamente poética hacer justo eso: Matar a quien amas justo frente a ti, dado que sentiste tan fácil matarme.

—No fue fácil, Artemis —dije con la verdad—. Fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

—¡Pero no tenías que *hacerlo*! —grita y me aturde. Luego tranquiliza su voz de nuevo y añade—: Pudiste haber encontrado otra forma; si alguien puede encontrar una manera, eres tú, Victor. Todos lo sabemos, tú lo sabes. No tenías que matarme.

—Tienes razón —contesto, de nuevo con honestidad—. Pude haber encontrado otra forma.

—Lo admites —dice Apollo con repulsión.

Artemis se gira de mi jaula y pone la palma de su mano contra el pecho de su hermano, deteniéndolo de moverse hacia adelante. Niega hacia él y él me mira. Y después de algunos tensos segundos, se aleja, mirándome glacialmente. Pero cuando sus ojos enojados pasan sobre Izabel sentada obedientemente sobre la silla, mi sangre se enfría. *Aléjate de ella*, mis ojos le dicen. *Aléjate de ella...*

—¿Por qué quince años? —Traigo el tema de regreso, tratando de evitar el anterior. Y de distraer a Apollo de Izabel

Artemis se gira.

—Porque te tomo ese tiempo tan largo enamorarte de nuevo —revela—. Estaba dispuesta a esperar. Fui paciente. Quería que este momento fuera perfecto. Después de ocho años, pensé que nunca tendría la oportunidad. Pero, aun así, esperé. Diez años y estabas tan frío y sin amor como el día en que cortaste mi garganta. Pero, aun así, esperé. —Agarra las barras de nuevo, y trae su hermoso rostro más cerca entre ellas—. Luego finalmente me llegaron las noticias: Victor Faust se había independizado de La Orden, supuestamente por una chica en México —mira brevemente hacia Izabel—, y lo supe, a pesar de Apollo diciéndome que no podía ser cierto, supe que esa era. Solo lo sentí —sostiene un puño cerrado contra su pecho—, aquí en mi pequeño corazón negro, un corazón que solía latir por ti... supe que era cierto.

Sus manos se quitan de las barras. Pero su mirada nunca titubea.

—¿Por qué me mataste, Victor? —pregunta ella.

—Esa no es una pregunta simple para responder, Artemis.

Ella sacude su cabeza, sonriendo.

—Pensé que sabía por qué durante un largo tiempo —dice—. Las últimas palabras que me dijiste mientras sostenías ese cuchillo en mi garganta, me

dijeron todo lo que pensé que necesitaba saber, pero estaba equivocada. —Mira hacia Apollo y extiende su mano—. Dame la llave.

Apollo se levanta sólidamente, discusión en sus rasgos.

—No, Artemis, no creo...

—Por favor, hermano, solo dame la llave —insiste—. Victor no me lastimará. No porque le importe una mierda, sino porque sabe —me mira directamente a los ojos, amenazándome con su mirada—, que, si lo hace, matarás a su pequeña y preciosa pelirroja mexicana.

Contra todas sus preocupaciones, Apollo suspira, metiendo la mano en sus pantalones y colocando la llave de mi jaula en la mano de Artemis. Luego señala hacia su izquierda y derecha, y siete personas más dejan sus posiciones y se acercan; tres paradas detrás de Izabel, apuntando sus armas hacia la parte posterior de su cabeza, las otras cuatro paradas en la puerta de la jaula, sus armas apuntándome. Apollo saca un cuchillo de su cinturón y lo sostiene en la garganta de Izabel.

—No lo pensaré dos veces, Victor —advierte.

92

Cuando Artemis siente que el mensaje me ha llegado completamente, camina alrededor hasta el frente de la jaula e inserta la llave en la cerradura. La gira completamente y hace clic; noto las manos de aquellos de pie en la entrada, apretándose nerviosamente contra sus armas.

Artemis le pasa la llave al guardia más cercano, y luego la puerta de la jaula se abre con un sonido chirriante. Entra en la celda conmigo, cerrando la puerta después; se bloquea automáticamente. Cuidadosa y lentamente, se aproxima hacia mí, secretamente busco evidencia de algún arma en ella, pero no tiene ninguna hasta donde puedo notar. Es una pena.

—Solo máatala, Victor —dice Izabel desde la silla; su voz ahora está suavizada por la mano de Apollo; su otra mano poniendo presión contra el cuchillo en su garganta.

—Di otra palabra —se burla de ella, presionando la parte posterior de su cabeza contra su vientre—, y te vuelvo a poner la mordaza.

Tan desesperadamente que siento que necesito hablar contra Apollo, sé que no puedo, o eso le dará más poder. Ignorar a Izabel, tanto como pueda, puede ser lo único que la salve. Al menos por un rato.

—Dime, Artemis —digo, mirándola—. Dime todo lo que hayas querido decirme. Escucharé. Te debo eso.

Se para justo frente a mí, coloca su mano en mi corazón latiendo. Y sonrío, suave e inocentemente, de la forma en que solía hacerlo. Pero detrás de ello siento al demonio dentro.

—Oh, me debes más que eso. —Espera, permitiendo que sus palabras se hundan en mí—. No me mataste —continúa finalmente, hablando en un tono amable—, porque pensaras que había tenido un amorío. Me mataste porque estuviste buscando una razón durante todo el tiempo. Recordé que me contaste sobre esa mujer, Marina. Por supuesto, no conocía la historia de la manera en que me la contaste aquí esta noche, me escondiste cosas por lo que eres, pero, aun así, me dijiste más de lo que se suponía que lo hicieras.

—Sí, lo hice —digo—. Hubo muchas cosas que hice y que no debería haber hecho.

La mano de Artemis se desliza por mi pecho y se aleja de mí.

—Sí —dice, está de acuerdo con un profundo arrepentimiento—, y debido a eso, debido a que me amabas y te paraste en un agujero tan profundo que no podías ver por encima de él, sabías que la única manera de salir era terminar con mi vida. Sabías que, si no me matabas, La Orden te mataría a ti. Pero, sobre todo, Victor, más que cualquier cosa —apunta su dedo hacia mí—, más que cualquier cosa, necesitabas matarme por ti. No porque te preocupara lo que Brant Morrison pensaría de ti o reportaría sobre ti, no porque tu vida estuviera colgando en la balanza de La Orden, me mataste porque necesitabas hacerlo, porque odiabas lo que tu amor por mí te hacía. —Mis oídos zumba y mi cabeza se mueve rápidamente hacia un lado cuando toda su palma golpea contra el costado de mi rostro; la piel quema como el fuego, pero resisto el deseo de levantar mi mano y tocarla.

Artemis me mira fría e implacablemente. Se inclina hacia adelante y dice:

—Y solo para que estemos claros, nunca tuve un amorío. El bebé que te dije que aborté era tuyo, Victor. —Se aleja.

—Lo sé —digo, al principio en voz baja. Luego levanto mis ojos y mi voz—. No lo creía entonces, porque había tenido una vasectomía, pero...

—No querías creerlo —me interrumpe bruscamente.

Niego.

—No. No quería creerlo.

Siento sus dedos hundiéndose en la piel de mi mandíbula; su cálido y suave aliento sobre mis labios.

—Pensar que no era posible que estuviera llevando a tu hijo —continúa—, hacerte creer que te había engañado, facilitó hacer todo lo que hubieras tenido que hacer de todas formas. —Veo sus ojos pasar sobre mi boca. Y luego toca sus labios con los míos—. Me habrías matado esa noche sin importar la situación, incluso si todavía hubiera llevado a tu hijo. —Aprieta más fuerte, casi rompiendo la piel con sus uñas, y luego me libera abruptamente, empujando mi cabeza hacia atrás—. Dilo, Victor —exige—. Me habrías matado incluso si todavía hubiera llevado a tu hijo.

Por primera vez desde que me había obligado a no hacerlo, miré directamente hacia Izabel; mi rostro lleno de arrepentimiento y disculpa y vergüenza.

—Sí —le respondí a Artemis sin quitar la mirada de Izabel—. Aun así, te habría matado.

Lágrimas se filtran por las esquinas de los ojos de Izabel. Un sofocante silencio cubre la habitación como un calor asfixiante.

TRECE

Izabel

Traducido por Vanehz y Peticompeti

Corregido por Flochi

No puede ser verdad...
No puede.

Siento como si hubiera despertado de un extraño sueño, como uno de esos sueños que parecen normales al principio, pero a medio camino, las cosas empiezan a desafiar todo sentido de cordura y lógica. Ahora estoy sentada aquí, en esta silla, despierta, sintiéndome fuera de alcance y de tiempo, preguntándome qué demonios acaba de pasar, mientras un incómodo sentimiento barre a través de mí, y nunca quisiera tener este sueño otra vez.

¿Estaba bien? ¿Estaba en lo correcto al temer a Victor, en preguntarme si podría alguna vez matarme si la situación fuera lo suficientemente calamitosa? Niklas había estado en lo cierto al decir: *“¿Por cuánto tiempo te permitirá comprometerlo? Víctor está experimentando su único momento de justa debilidad en este momento, al igual que yo lo hice con Claire. Al igual que Gustavsson lo hizo con Seraphina. Y viste lo que el amor le hizo a Flynn, justo enfrente de tus ojos. Es el turno de mi hermano ahora, como un rito de iniciación, pero ¿cuánto durará?”*. ¿Nora había estado en lo cierto? *“Cualquiera puede enamorarse, Izabel, y puedo decir por la mirada en los ojos de ese hombre que está enamorado de ti. Pero un hombre como Victor Faust no puede permanecer enamorado por siempre. Como el tipo de hombre que es Fredrik que no puede vivir sin amor, el tipo de hombre que es Victor no puede vivir con ello. Y entre más esto se entrometa en el camino de sus obligaciones, y más humano hagas que se vuelva, más cerca lo empujas de su punto de quiebre. Él es como yo. Y de una forma u otra, instintivamente hará lo que lo lleve a restaurar el balance a la única vida que siempre conoció”*.

Siento como si ahora tuviera mis respuestas.

Y sé... (Un sollozo vibra en mi pecho)... sé que no solo moriré hoy, sino sé por las manos de quién será.

Levantando mi cabeza otra vez, miro solamente a Victor; las lágrimas derramándose por mi rostro, pican, y deseo poder mover mi mano para secarlas.

—Aún te amo, Victor —le digo, sin preocuparme que Apollo tenga un cuchillo contra mi garganta; no cubre mi boca con su mano esta vez—. No importa lo que hayas hecho o vayas a hacer, *siempre* te amaré. —Las palabras son tan verdaderas como siempre lo han sido, pero esta vez tienen un sabor extraño y definitivo en mi boca.

Pero necesito que Victor entienda que *lo* comprendo. Necesito que Victor sepa que me parezco más a él de lo que entiende, y que casi siempre lo he sido...

—Sarai, bebé —me susurró mi madre; el olor de su cuerpo, mezclado con un perfume fuerte y cigarrillos, me asfixiaba mientras se recostaba a mi lado sobre la sucia cama—. Me perdonas, ¿cierto? Nunca quise que nada de esto pasara. Solo... no estaba pensando bien. —Vi el blanco de sus ojos brevemente en la oscuridad mientras la heroína empezaba a nadar en su sistema. Sonrió eufóricamente, como si hubiera tocado el rostro de Dios.

Bajé la aguja sobre la bandeja a los pies de la cama.

—Está bien, mamá —susurré en respuesta y solté el torniquete de su delgado brazo—. Te perdono...

Victor me mira, pero no responde. No verbalmente, de cualquier forma. Sus ojos cuentan una historia diferente. Desafortunadamente, no tengo idea de lo que sea.

La risa de Artemis suena en mis oídos.

—Después de todo esto —me dice desde el interior de la celda—, ¿aún amas a este... bárbaro?

—Sí —respondo sin vacilar.

Niega.

—Qué tonta y enferma de amor, niña.

—Tú lo amaste —argumento—. Sabías que asesinó a Marina, y sabías de manera general, *por qué*, y aun así lo amabas. —Doblo mi barbilla, desafiando la fría hoja presionada contra mi garganta—. Y aún *ahora* lo amas. Cortó tu garganta y te dejó para que murieras, y admitió que te hubiera matado aunque hubieras estado llevando a su bebé, y aun así estás enamorada de él; *tonta y enferma de amor* ni siquiera empieza a describirte.

Artemis frunce el ceño, y Apollo tira dolorosamente mi cabeza hacia atrás vigorosamente en reacción a ello.

Ella se aleja de Victor y alcanza la salida de la celda; los guardias se arrastran hacia atrás cuidadosamente para darle espacio. Miro a Victor en mi visión periférica, y lo veo empezar a seguirlos, pero se detiene cuando la mano de Apollo hace un movimiento amenazante contra mí.

Artemis sale de la celda sin incidentes, y se para en la entrada. Mueve una mano hacia nosotros.

—Tráiganla ahora —ordena, y soy violentamente extraída de la silla y enderezada sobre mis pies: a lo largo de todo el camino hacia la celda, la hoja del cuchillo de Apollo besa mi yugular. Artemis se mueve fuera del camino de la puerta y entonces estoy besando el piso de piedra cuando Apollo me empuja hacia la entrada.

Las manos de Victor están detrás de mí antes de que pueda siquiera levantar mi cabeza, y me está levantando en sus brazos.

—Lo siento tanto, amor —dice, y presiona sus labios en la coronilla de mi cabeza; sus brazos envolviéndome.

—Recuerdo cuando solía llamarme a *mí* así —dice Artemis, enigmáticamente. Cierra la celda, gira la llave en la cerradura después de eso, y entonces la guarda en su bolsillo.

Camina de un lado a otro frente a nosotros, entonces tiende la mano a su hermano. Ya sabiendo lo que quiere, Apollo coloca el cuchillo que había estado sosteniendo contra mi garganta en su palma, sus largos y esbeltos dedos, cerrándose alrededor de este. Acercándose más, se inclina hacia adelante y desliza el cuchillo a través de los barrotes, colocándolo en el piso dentro de la celda.

—Si luce familiar —dice a Victor—, es porque lo es.

Enderezando su espalda, se gira y se aleja, llevando con ella a su hermano gemelo.

—Te daré algo que nunca tuvimos —dice Artemis, se detiene, y gira para vernos una vez más—. Un momento a solas antes de que la mates.

Mi corazón se detiene.

—No voy a matarla —dice Victor calmadamente... ¿incierto?

La sangre en mis venas se vuelve hielo, sus brazos se aprietan a mi alrededor.

Mirando hacia atrás, Artemis sonríe y dice con misteriosa confianza:

—Sí, lo harás. Nunca he estado más segura de algo en mi vida.

Ella y Apollo salen de la habitación, dejándonos con los guardias armados.

Intentando ignorar la sensación en mis tripas, me giro hacia Victor rápidamente, mis muñecas todavía atadas detrás de mi espalda.

98

—Tenemos que salir de aquí —digo, frenética—. Córtalas. —Me giro, poniéndole mi espalda y mis muñecas a la vista—. ¡Rápido, Victor! No me importa que los guardias nos estén viendo. Me importa una mierda que seguramente nos detengan cuando consigamos usar el cuchillo para forzar la cerradura de la celda. ¡No me importa! Tenemos que hacer algo...

—No. —La voz de Victor me aturde, la calma en ella, la rotundidad irrevocable de la palabra.

Me giro de cara a él, mis ojos como platos, mi boca entreabierta.

—¿Q-qué quieres decir? —pregunto. Pero ya lo sé; aun así, no quiero creerlo.

—Quiero decir *no*, Izabel. —Mira directo hacia mí, y la apariencia tranquila pero intensa en su mirada me asusta—. Esta vez se ha acabado. No hay salida de esta, *se acabó*.

Comienzo a alzar mis manos en el aire hasta que me doy cuenta que no puedo, y eso me enoja aún más.

—¿Así que te estás rindiendo? —Ni siquiera puedo creer que esté diciendo esto— ¿Simplemente vas a aceptarlo y rendirte? ¿Qué diablos *pasa* contigo? —Me empujo hacia él, fulminándole con la mirada.

Se mantiene tan calmado como siempre. Y quiero darle una bofetada por ello.

—Victor...

—No te dije la verdad sobre Kessler —me interrumpe Victor—. Necesitas saber la verdad.

Aguanto la respiración, incapaz de hablar, aterrorizada por lo que va a admitir. No he olvidado nada de esto; sobre Italia, o Nora, o lo que sea que Victor ha querido decir; simplemente *quería* olvidar. Ahora no me siento muy bien, y mi corazón se está marchitando como una flor moribunda.

Lo que sea menos eso, Victor... Dime lo que sea, menos lo que creo que vas a decirme.

Victor

99

—Supe que querrías a Kessler con vida —digo—. Yo la quería con vida mucho más que tú, pero no podía dejar que lo supieras.

La barbilla de Izabel se tensa; una expresión de confusión repta por sus facciones, quizás pensó que iba a decir otra cosa; no sé decir si se siente aliviada por mi confesión, o no. Pero entonces otra expresión comienza a revelarse, y esta es una con la que estoy familiarizado: La punzada del reconocimiento.

Sus ojos se estrechan y me fulmina con una mirada de soslayo.

—Me manipulaste —acusa.

—Sí.

—Te importó una mierda lo que hizo Nora: Secuestrar a Dina; poner a Niklas en tu contra; hacerme revivir la pesadilla de mi confesión cuando estaba sola, o eso *pensaba*, en esa habitación con ella. ¡No te importó nada de eso!

—Eso no es verdad —me manifiesto en contra—. Al principio quise su cabeza tanto como los demás, iba a matarla yo mismo. Y después, *me* importó lo que te hizo a *ti*.

—¡Pero no lo suficiente como para matarla por ello! —Forcejea con sus manos detrás de ella, sus hombros acaban haciendo movimientos incómodos para ella mientras su voz arde hacia mí a tan solo unos treinta centímetros—. ¡Sabías que querría que se quedara así podría entrenarme! Pero quisiste que fuera yo la que tomara la decisión porque si lo hacías tú, después de todo lo que ella había hecho, habría sabido la verdad... ¡habría sabido que la deseabas!

—¡No, Izabel! —le grito. Me muevo hacia ella, y mantiene firme su postura—. No es lo que piensas —continúo, bajando el tono de voz—. No la hay, ni ha habido nunca, ningún tipo de atracción sexual por esa mujer. Simplemente quise analizarla, conocer sus métodos, aprender cómo ella...

—¿Cómo ella *qué*, Victor? —Aprieta los dientes—. ¿Cómo ella *qué*?

Comienzo a hablar, a responder a su pregunta, pero me detiene, y me sorprende con la respuesta de su propia cosecha.

—Querías saber cómo lo hace —dice con acusación e ira—. Cómo puede hacer lo que hace sin mover ni un cabello, cómo puede ser tan cruel e insensible, cómo puede ser tan inmune al amor... ¡Querías ser como ella! Querías que me largara con algún niñato que nunca conocí y jugar a las putas casitas, ¡así podrías ser igual que Nora! —Se detiene el tiempo suficiente para respirar—. Me dejaste creer que estaba tomando una decisión importante en tu Orden; me dejaste creer que creías en mí lo suficiente como para confiar en mi juicio —cierra su boca firmemente, presuntamente para reprimir un grito indigno—, pero la verdad era que tú ya habías *tomado* la decisión por mí; no tenías intención de matarla, ¡la quisiera muerta o no! —Me da la espalda; sus hombros se levantan y caen pesadamente con respiraciones profundas—. Me *manipulaste* —repite, al final.

—Lo siento —digo suavemente desde detrás.

El silencio llena de nuevo la habitación.

—También yo—responde al fin, y me agarra con la defensa baja.

Izabel se da la vuelta para mirarme al rostro, y mientras me pregunto por qué podría sentirse arrepentida, comienza a decirme.

—En mi corazón —dice—, estuve del lado de Niklas cuando confesaste a Nora lo que le hiciste a Claire.

—Pero...

Niega rápidamente, en sustitución de levantar la mano.

—No he terminado —dice, y continúa—. Y mientras estuvimos en Italia, se me dio la oportunidad de conocer al Niklas real, de comprenderle, y de ver a través de su dura coraza. ¿Y quieres saber lo que vi?

Asiento sutilmente con reticencia.

Traga, y lanza una mirada rápidamente al suelo; cuando levanta de nuevo su mirada, ya no me está mirando.

—Vi a alguien que, aunque hubiera causado mucho dolor, todavía merecía perdón; alguien que, de una manera, es aún inocente en todo esto; alguien que tiene tantísimo amor y compasión en su corazón. —Sus ojos encuentran los míos de nuevo y entonces dice—: Vi un hombre que... aún puede ser salvado.

—¿Y te lamentas por eso? —pregunto, confundido.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me siento culpable —responde—. Me siento culpable porque... cuando te miro a ti... no veo lo mismo.

Le doy la espalda, así no es capaz de ver el dolor en mi rostro.

CATORCE

Victor

Traducido por Ximena Vergara

Corregido por Flochi

Me acerco hasta los barrotes, observando a la nada, y pienso en mi hermano, la compasión de Izabel con él. Y no me toma mucho tiempo pensar en Italia y por qué envié a Izabel allí.

Una vez que venzo la emoción de mi rostro, me doy la vuelta para verla de nuevo, ignorando el hecho de que el cuchillo que Artemis colocó en el suelo dentro de la celda es el mismo cuchillo que usé para degollar su garganta. Es por ello que Artemis dijo que era familiar. Y eso también es por qué elegí ignorarlo, el significado detrás de él.

—Tienes razón acerca de mi hermano —admito—. Y no tienes nada que lamentar. Izabel, tú y Niklas son... iguales. Ambos entraron forzados en esta vida; ambos estaban en contra de ella, y solo querían una vida normal; igualmente los dos hicieron lo que tenían que hacer para sobrevivir; y ambos *me* siguieron, cuando podrían haber tomado otro camino, un camino menos transitado que llevara a la redención, y no a la muerte. Izabel, como mi hermano, eres inocente en todo esto; mereces el perdón; todavía puedes ser salvada. —Miro más allá de ella por un momento, mi mente atrapada por mis pensamientos—. Tenía la esperanza de que tú podrías salvarlo... Esperaba que se salvaran entre sí.

Izabel

La luz ha sido robada de mis ojos. Ni siquiera veo la oscuridad, solamente la nada, y las dos no son los mismos. No hay palabras, habladas o escritas, que jamás me hayan herido tanto, o cortado tan profundamente; ninguna confesión o arrepentimiento o verdad jamás podría hacerme el daño que me ha hecho esto.

Siento la gravedad traicionar mi cuerpo y caer de rodillas sobre las piedras sucias; tengo la sensación que Victor trata de alcanzarme, pero retrocede cuando lo rechazo.

—No me toques. —Escucho que dice mi voz, pero suena lejos, como si viniera de la boca de otra persona—. No...

Victor se sienta en el suelo, apoya la espalda contra los barrotes, atrae las rodillas y apoya los brazos encima de estas. No puedo mirarlo, pero de alguna manera, todavía puedo ver todos sus movimientos; incluso la tristeza en su rostro. Yo lo veo. De algún modo.

103

Después de lo que parece una eternidad, después de que me siento en control de mi voz de nuevo, levanto la cabeza y lo miro con lágrimas en los ojos.

—Es por eso que me enviaste a Italia —digo, dolor alterando mi voz—. Es por eso que dijiste que tenía que ser Niklas quien fuera con nosotros. No fue porque supieras que él me protegería, o supieras que podías confiar en él conmigo... querías que estuviéramos *juntos*.

Victor suspira. Con lentitud, asiente.

—Sí —dice en voz baja—. Quería... protegerlos a ambos.

—Querías protegerte a ti mismo —respondo.

Él niega.

—No —dice—, no se trataba de salvarme; se trataba de ti primero, mi hermano segundo, y por último yo.

—Eres un mentiroso.

Victor parpadea, aturdido.

—Lamento que te sientas así —dice—. Pero estoy diciendo la verdad. Solo quería salvarte.

—¿De qué? —pregunto, con amargura en este momento—. ¿De tu estilo de vida? ¿De los peligros a cada paso? No te creo, Victor.

—Quería salvarte de *mí* —responde rápidamente—. Yo... quería salvarte de *esto*. —Abre las dos manos, con las palmas hacia arriba, señalando esta jaula, esta inevitable situación.

Y miro a esas manos. Las miro, largas y duras simbólicamente, porque en mi corazón sé que son las manos que terminarán mi vida antes de que esta noche haya terminado.

Está diciendo la verdad, después de todo: Quería salvarme de él mismo. Victor sabía que algún día tendría que matarme si nuestros sentimientos no cambiaban. Al igual que Marina. Al igual que Artemis. Me va a matar... porque me ama. Es por eso que todavía estoy con estas ataduras. Es por eso que Victor ya me ha dicho que voy a morir esta noche. Es por eso que estamos todavía en esta jaula juntos. Es por eso...

104

Conteniendo las lágrimas, trato de tener un poco de coraje en mis últimos momentos, en lugar de cobardía, o sentir lástima por mí misma. Todo esto es mi culpa de todos modos; podría haberme ido hace mucho tiempo; podría haber elegido un camino diferente, una vida diferente, pero no lo hice, a pesar de todas las cosas que vi y supe; *elegí* esto.

No tengo a nadie a quien culpar sino a mí misma.

Suspiro, mirando mis pies posados en los lindos zapatos negros, y digo:

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí, Víctor? —Levanto mi cabeza y lo miro—. Si estabas tratando de juntarnos a Niklas y a mí, ¿por qué llevarme de vacaciones, sobreprotegerme, y hacer el amor conmigo, por qué *decirme* cuánto me amas, si no me quieres más?

Se pone de pie y se acerca a mí, extendiendo sus manos, y ahuecando mis mejillas.

—Eso es lo que aún no te he dicho —dice con evidente desesperación en su voz. Hace una pausa, suaviza su mirada—. Quería...

La puerta del lado opuesto de la gran habitación se abre. Dirigimos rápidamente la mirada para ver a Artemis y Apollo moverse a través del camino de la luz que se filtra desde el pasillo. Parecen ansiosos, preocupados incluso,

poco metódicos y pacientes de como lo hacían cuando se fueron. Es obvio que algo cambió en los pocos minutos que se fueron.

—Sigamos adelante con esto, Victor —dice Artemis a medida que se acerca; el sonido de sus botas moviéndose sobre las piedras hace eco en todo el vasto espacio—. Sabes por qué estás aquí. Sabes por qué ella está aquí... —Se detiene en los barrotes, su gemelo de pie detrás de ella—. Quiero escucharte decirlo. Nos dirás por qué estás aquí, Victor... *amor*.

Victor se aparta unos pasos de mí.

Mi corazón acelera su ritmo, con sacudidas violentas contra mis costillas; mi garganta está seca; siento a mis palmas sudando, mis oídos palpitando, la vena en mi garganta martillea contra mi esófago. Mis ojos se mueven entre Artemis y Victor. Esto es todo y lo sé. Lo siento. Entonces lo *veo*... veo el fugaz momento en el que Victor revela por primera vez sus intenciones, la lucha dentro de él, sabe que no va a seguir su camino, el desplazamiento hacia debajo de su mirada, el aceptar su culpabilidad; sus ojos serpentean hacia el cuchillo tirado en el suelo junto a sus pies.

De repente ya no puedo escuchar sus voces, o ver sus rostros; mi mente es llevada cruelmente a un tiempo que parece lejano, un momento en el que apenas conocía a Victor, pero lo amaba lo suficiente ya en mi corazón que estaba dispuesta a morir en sus manos:

Él jala mi cabeza hacia atrás aún más. La pistola está presionando en mi estómago ahora.

—Nunca he estado con un hombre con el que quisiera estar —le digo—. Quiero estar contigo. Solo una vez. Quiero saber lo que se siente ser el que está en control.

Está en conflicto, lo siento en el calor que emite de su piel, en sus tensos movimientos, inciertos. En una ocasión el arma profundiza en mis entrañas y siento que mi cabello está a punto de salir en su mano. Pero luego se arrepiente, aflojando su agarre solo un poco, permitiéndole a mi cuello una calma temporal. Puedo ver sus ojos ahora, mirando hacia mí, tan letales y a la vez tan seductores, aunque sé que no lo está haciendo a propósito.

—No puedes estar aquí —dice, en un susurro.

Siento sus ojos en mí, barriendo por encima de mi cuerpo, mis pechos desnudos, hacia abajo a donde mis muslos desnudos están enganchados libremente alrededor de sus caderas.

—No me importa, Victor.

Su mirada se mueve de nuevo a mi rostro donde estudia la curvatura de mis labios. Entonces soy testigo de un destello sobre sus ojos, algo aterrador que nunca he visto antes en él, y me pongo tensa a su alcance. Me estudia en silencio como si yo fuera algo para ser devastada y en última instancia... matada.

Y a pesar de mi creciente temor, todavía quiero estar donde estoy, atrapada en los brazos de un asesino sin piedad.

—¡DÍLO! —Artemis arranca las palabras, lo que demuestra aún más su preocupación y su impaciencia—. ¡DINOS A TODOS POR QUÉ ESTAMOS AQUÍ, VÍCTOR!

Victor, de pie en toda su oscura gloria, su porte refinado, su impasible expresión, mira hacia el techo, inhala con calma, la respiración constante y responde:

—Quieres que sea yo quien la mate. —Entonces mira hacia Artemis—. Quieres que le quite la vida de la misma manera que tomé la tuya hace años. Con el mismo cuchillo. Con la misma traición. No deseas seguir adelante, viviendo tu vida, sabiendo que el hombre que amaste alguna vez podría amar a alguien más de lo que pensabas que te amó.

Artemis se agacha, mete la mano en la celda para recuperar el cuchillo del piso. Se levanta de nuevo, sosteniendo el cuchillo hacia él.

—Sé que no le temes a la muerte, Victor —dice, ahora con compostura, y sin rastros de amenaza o sarcasmo—. Te conozco, la clase de hombre que eres, por lo que ni por un segundo pienses que esto es un escenario de mákala o muere. —Coloca el cuchillo en su mano abierta; lágrimas de angustia e ira, ruedan por mis mejillas—. Tú, Victor, no vas a morir aquí esta noche, ya sea que decidas matarla o no. —Sus dedos colapsan alrededor del cuchillo mientras la mano de Artemis rodea la suya—. Sé que puede ser difícil de creer, después de todo lo que me has hecho pasar, después de lo que me hiciste, pero la verdad es, por mucho que te odie, Izabel está en lo correcto... todavía te amo. —Ahora Artemis está llorando; tres lágrimas recorren su rostro.

Lentamente, retira su mano de la de él.

—Te estoy haciendo un favor —dice—. Sabes que tienes que hacer esto, al igual que lo supiste cuando me sostuviste en tus brazos y pasaste la hoja a través de mi garganta; sabes que tienes que hacerlo; lo has sabido desde el día que la conociste.

Victor mira hacia abajo al cuchillo en su mano.

No me muevo. No hablo. No tiemblo por miedo o dolor nunca más. Solo soy yo. Soy la chica que se enamoró de un asesino, y la chica que aún lo ama a pesar de saber lo que está a punto de hacer.

Acepto mi destino.

Soy valiente. Intrépida. Y estoy lista.

Soy Izabel Seyfried.

QUINCE

Victor

Traducido por Roxywonderland

Corregido por Flochi

Sabía que este día llegaría. No sabía cuándo. No sabía cómo. Pero lo sabía, y nunca pude prepararme para ello. Matar a alguien que amas es algo para lo que uno no puede prepararse *nunca*. Y en mi caso, tampoco es algo que uno puede cambiar. Ya sea por mis manos, o las manos de mis enemigos, Izabel estaba destinada a morir muy pronto, y, de cualquier manera, soy yo quien finalmente la asesina.

108

Lentamente la miro, y no me sorprende que me devuelva la mirada, inquebrantable y sin miedo. Siempre ha sido la mujer más fuerte que haya conocido. Incluso antes de que se encontrara a sí misma en su alter ego, mucho antes de que escapara de México en el asiento trasero de mi auto, mucho antes de que comenzara a aprender las costumbres de la vida de un asesino, Izabel ha sido más poderosa de lo que nunca seré, poseyendo virtudes que yo nunca podría obtener: Compasión y amor, fuerza y balance. Ella, no Nora Kessler, es en quien debería haberme siempre esforzado por estudiar. Izabel es quien yo que nunca podría ser. Y por eso es el porqué la amé. Por qué la *amo*.

Mis manos aprietan el cuchillo con una incontrolable fuerza; lo siento quemar, el calor de su solo propósito taladrando mis huesos, viajando por el largo de mi brazo, y clavándose en mi corazón.

—Solo hazlo, Victor —dice Izabel. Se acerca a mí, presiona sus labios en la base de mi garganta, y luego apoya un lado de su rostro contra mi rápidamente palpitante corazón—. Estoy lista —susurra—. Y yo... yo aún te amo incluso en la muerte.

Envuelvo mis brazos a su alrededor, no quiero dejarla ir. La aprieto fuertemente, entierro mi rostro en su cabello; siento como si me fuera a quebrar, que mis huesos son repentinamente de cristal y me voy a quebrar en

miles de piezas a su alrededor. Siento mis dientes apretados en mi boca. Rabia. Se alza en mi interior tan grande que no puedo luchar contra ella para lograr calmarme. Pero, ¿por qué rabia? ¿Por qué no arrepentimiento o angustia? Oh sí, sé por qué rabia, porque a pesar del hombre que soy; estoy avergonzado de mi propia alma, una olvidada por la vanidad y codicia, envenenada por la debilidad, condenada por mis propios demonios.

Hermosa pero derrotada y dañada. Dañada por el resto de su vida y ninguna clase de mutilación emocional jamás le devolverá su inocencia. La chica es una bomba de tiempo, un peligro para sí misma y muy posiblemente otros. No estaba seguro antes, pero ahora sé que es más inestable de lo que nunca podría haber imaginado. Y porque es tan hábil en esconderse, no solo de mí, pero también de sí misma, es más peligrosa de lo que yo soy. Soy disciplinado. Sarai es incontrolable. Soy consciente de mis opciones en todo momento. Las opciones de Sarai están más conscientes de ella, al acecho para decidir por ella en base a la gravedad de su estado de ánimo con ninguna intención de dejarle ningún control consiente sobre ellas.

Sé lo que tengo que hacer.

109

Acuno la parte trasera de su cabeza en la palma de mi mano, mi arma descansando junto a mí sobre la cama en la otra. Siento sus lágrimas mojando mi hombro, su cuerpo temblando por los sollozos fundiéndose con mis músculos. Y su suave punto aún presionado contra mi polla cada vez que su cuerpo se tensa. Pero la dejo allí a pesar de la moral necesidad de sacarla de allí.

—Sarai —susurro contra un lado de su cabeza—. Lo siento.

Alzo el arma lentamente detrás de ella.

Aprieto a Izabel todavía más; la ira, los recuerdos, dejándome indefenso, y me hallo dándola vuelta violentamente en mis brazos así su espalda está contra la mía en lugar de su corazón; ¡no puedo soportar el sentir su corazón latiendo junto al mío!

—Hazlo, Victor —dice Artemis, pero no puedo mirarla; no en este preciso momento de todos.

Pongo la hoja en la garganta de Izabel.

Lágrimas comienzan a mojar mi rostro.

—Estaba equivocado sobre ti, Izabel —susurro cerca de su oído; el dolor envolviendo mis entrañas—. *Yo soy la bomba de tiempo. Yo soy más inestable de lo que nunca podría haber imaginado. Tú eres disciplinada, y yo soy incontrolable. Y la única manera que sé controlar el caos interior, es erradicar las cosas que me controlan.*

El cuarto comienza a ponerse borroso y se desvanece dentro y fuera de mi visión; esta vez no por una droga inyectada en una vena en mi cuello; sudor se desliza por mi frente, lágrimas por mi mentón, amor desde mi corazón, luz desde mi oscuridad; ¿cómo llegue al suelo? No recuerdo el momento cuando mis piernas fallaron en sostener mi peso; estoy sobre mis rodillas en las piedras, Izabel apretada contra mi pecho desnudo, el cuchillo ceremonial aún presionado contra su yugular.

—Mátala, como me mataste —dice cerca Artemis, pero desde dónde, no lo sé, porque no me importa—. Es la única manera de salir de esto, Victor; es la única manera de salvarte de ti mismo.

—Por favor, solo hazlo —dice Izabel en una suave voz, y me despedaza. La aprieto más fuerte, lo suficiente para oírla jadear por aire y sentir sus músculos ponerse rígidos bajo el poder de mis brazos. Una niebla negra rojiza cubre mi visión, arremolinándose detrás de mis párpados cerrados, y repentinamente todo se vuelve silencioso: Las burlas de Artemis, la estrepitosa sonrisa de satisfacción de Apollo, las manos de los guardias sosteniendo fuertemente sus armas; mis enfurecidos y vacilantes pensamientos; la dulce voz de Izabel.

Siento la cálida sangre exudando desde mi mano, derramándose por mi muñeca. Y luego repentinamente puedo oír un distante sonido en medio del monumental silencio, pero no puedo identificarlo. Por un momento, escucho más detenidamente, tratando de entender el sonido, tratando de entender qué he hecho, pero me niegan las respuestas. Aprieto el cuchillo más fuertemente, presionándolo más duro, y otro chorro de sangre se desliza por mis dedos. Encegueciendo mi propia ira y locura, grito hacia el éter, tratando de drenarlo todo.

—¡NOOO! —Mi propia voz me aterroriza. ¿O es la desesperación derramándose de ella?

Escucho el cuchillo resonar contra las piedras, estrepitosamente en mis oídos, y abro mis ojos; el corte que atraviesa la palma de mi mano es profundo.

Izabel está sentada en el suelo a mis pies, su espalda presionada contra los barrotes de la celda, sus manos aún atadas detrás de ella, una mirada de asombro consumiendo sus hermosas facciones.

Otra vez bajo la mirada a mi sangrante mano, otra vez de regreso a Izabel.

—¡VICTOR! —grita Artemis.

Izabel y yo permanecemos clavados en este momento de eternidad.

—¡Maldito seas! ¡Mátala!

—Están llegando, Artemis —dice Apollo—. ¡Tenemos que irnos! ¡AHORA!

—¡No! ¡No me voy hasta que rebane la garganta de esa perra! ¡MÁTALA! ¡MÁTALA AHORA!

No me muevo de mi lugar arrodillado sobre el suelo; no miro a nadie salvo la mujer que amo y por la que preferiría morir, que matar.

—¿Por qué no la *matas*? —chilla Artemis; desesperación y dolor en sus ojos—. Victor... ¿Por qué no la matas... como me mataste a mí? —Está llorando.

111

Finalmente, alejo mi mirada de Izabel y veo solo a Artemis.

—Porque la amo demasiado —digo, y siento un pesado peso dejar mi cuerpo.

Artemis se yergue, sus facciones se endurecen.

Luego repentinamente vislumbro un movimiento detrás de Izabel —rápido, pero dolorosamente lento al mismo tiempo— y el destello de otra hoja. Me congelo; no puedo mover nada, ni siquiera mis ojos; grito, pero no puedo escuchar mi propia voz.

—Te amo, Victor —modula Izabel, y luego sangre brota desde su garganta.

—¡No... NOOOO!

Desde los barrotes, la mano izquierda de Artemis está envuelta en la cima del cabello de Izabel, la derecha, lentamente, horriblemente, se aleja de la garganta de Izabel, un cuchillo, manchado con la sangre de Izabel, apretado bajo sus dedos. Los ojos de Izabel ruedan hacia atrás, y el blanco viene a la vista; su cuerpo se desploma hacia el costado. Aún no puedo moverme. Parece como si alguna fuerza invisible más fuerte que la mía me lo prohibiera.

Muerte. Estoy muerto por dentro. *Así es como se siente estar muerto.* Después de segundos que se alargan como horas, en un ataque de emociones, siento mis rodillas penosamente moverse sobre el suelo, acarreando mi tembloroso cuerpo hacia ella. Se siente como una eternidad, pero en segundos estoy luchando para tenerla en mis brazos, mis manos cubriendo el corte en su garganta, tratando de detener la hemorragia.

—¡Izabel! —grito, mi voz forcejeando a través de las lágrimas—. ¡Lo siento tanto, Izabel! ¡Lo siento tanto! ¡ALGUIEN POR FAVOR AYÚDELA! ¡AYÚDENLA JODIDAMENTE AHORA!

Mis plegarias no son escuchadas.

Todo se vuelve borroso, cada sonido y movimiento es caótico, enredándose a mi alrededor y dentro de mi cabeza como escombros desechados por un tornado. Gente corriendo, armas disparándose, botas resonando contra las piedras, gritos, más disparos.

—Perdóname —le susurro a Izabel, ignorándolo todo, como si yo estuviera en el ojo de la tormenta donde todo es calmo, meciendo su cuerpo inerte en mis brazos—. Perdóname...

DIECISÉIS

Niklas

Traducido por Roxywonderland

Corregido por Flochi

Dos semanas después...

113

El asiento de mi hermano en la cabecera de la mesa ha estado vacío desde que regresó de Venezuela. Él y yo aún no estamos en el mejor de los términos, pero no puedo dejar nuestra organización sin alguna clase de estructura en su ausencia; si cae, también caigo, esa clase de cosas. Así que aquí estoy. Parado donde mi hermano por lo general se sienta, mirando unos cuantos rostros familiares, y un par de nuevos, también, todos sentados alrededor de la mesa de reuniones. Nora, a mi derecha, golpea sus uñas contra la superficie de la mesa, desde meñique a pulgar, otra vez, y otra vez, y otra vez. Fredrik se sienta a mi izquierda, al otro lado de la mesa frente a Nora; está tan callado como siempre, con la mirada perdida en la pared; probablemente tiene a ese asesino serial que ha estado persiguiendo con el gobierno en su mente, diablos, difícilmente habla sobre algo más. James Woodard se sienta a la izquierda de Fredrik, luciendo más sano estos días; se autoimpuso una dieta vegana, o alguna mierda de ese tipo; perdió algunos kilos, y se está sintiendo como un hombre nuevo.

El asiento de Izzy está vacío.

Tap-tap-tap-tap. Meñique a pulgar. *Tap-tap-tap-tap.*

Los participantes en la mesa tiemblan cuando estrello el borde de mi puño sobre esta.

—¿Te importa?

Nora me gruñe en respuesta, pero sus dedos se detienen; se reclina contra su silla, cruzando sus piernas, y deja su brazo estirado sobre la mesa.

Aún duermo con ella cada vez en cuando; es un acuerdo mutuo que tenemos: no hay nada especial entre nosotros otro más que el trabajo, y que nos gusta follar, ni siquiera somos amigos. Y si algo alguna vez le sucede, realmente no tengo tiempo para que me importe una mierda. Quizás incluso me diera algo de alivio, para ser honesto. Nora no está exactamente en mi Lista de Personas en Quiénes Confío, y nunca lo estará.

—De cualquier modo, ¿dónde está este tipo? —pregunta Nora, mirando hacia las puertas dobles que llevan hacia la sala de reuniones—. Veinte minutos tarde, no una buena primera impresión.

—Dudo que venga a impresionarnos —señalo.

—Sabes —habla Fredrik—, no recuerdo ser notificado de para qué exactamente *está* viniendo aquí.

—Y sin Victor —agrega Nora con una cautelosa vista de soslayo.

—Victor es quien lo arregló —digo, y luego miro hacia Fredrik—. Y todo lo que sé es que se supone que deben darle el mismo respeto que le dan a mi hermano. —Así es como sé que lo que pensemos de nuestro visitante, sin importar cuán poco impresionados quizás estemos, no hará ninguna maldita diferencia para Victor.

—Quieres decir *nosotros* se supone debemos darle —me corrige Nora—. También tú, no solo nosotros. Y no me gusta a dónde se siente que está yendo.

—Tampoco a mí —secunda James Woodard. Luego baja sus ojos—. Yo-yo quiero decir, no es como que importe lo que me gusta o no me gusta.

—Ten huevos, ¿te importaría? —dice Nora, negando.

Los otros dos operativos —nuevos en la mesa, y probablemente temporalmente— solo se sientan y escuchan. La mujer, tensa y vestida de traje, tiene este molesto habito de morderse el interior de su boca, con su boca abierta: *pop-click-pop-click-pop*; el hombre, rostro alargado con pequeños ojos negros y una nariz chata, respira muy audiblemente para mi gusto; suena como un jodido Pug chino subiendo un tramo de escaleras: *Exhala, hisss-sooo, exhala, hiss-sooo*.

—Espero que esto no tome mucho —dice Fredrik—. Tengo que regresar a mi investigación.

—Creo que es un poco más importante que ese psicópata por el cual tienes una erección —digo—. ¿Siquiera te importa lo que le pasó a Izzy? —*Por favor no digas algo que me enfade, Fredrik; no estoy de humor.*

Fredrik me mira directamente, rostro rígido, inexpresivo.

—Me importa —dice—. Pero lo que está hecho, está hecho, y tenemos que continuar.

Está bien, creo que eso apenas rozó la línea entre la aceptación y un puño en su rostro. Además, puedo decir que el sujeto está minimizando la manera que en realidad se siente; se preocupa más por Izzy de lo que se preocupa por cualquier otro.

—De cualquier forma, ¿quién es? —pregunta Nora.

Todos me miran ahora, esperando. *Tap, tap, tap, tap.* Meñique a índice. *Pop-click-pop-clik-pop. Exhalar, hisss-soo, exhalar, hiss-sooo.* Voy a perder mi mierda en cualquier minuto.

—No lo sé —digo, irritado por los ruidos y la verdad—. Victor le dio el código de entrada al edificio, informó a todos los guardias que no era una amenaza, y si tenía un arma podía conservarla.

—No me gusta esto —dice Nora—. ¿Por qué Victor haría esto? Especialmente después de lo que pasó. ¿Qué si está perdiendo su cabeza? Como si toda esta cosa finalmente ha llevado a Faust al límite. Este tipo misterioso podría ser cualquiera, amigo o enemigo, o peor, podría ser simplemente como cualquiera de *nosotros*.

—Entonces creo que mejor esperes que sea más como James —digo.

James alza la vista, sonrojado; me río un poco por dentro.

—¿Dónde está Victor? —pregunta Fredrik—. Tiene que haberte dicho eso, al menos.

Asiento.

—Está en camino al lugar de Dina Gregory, al menos hasta donde sé.

Nadie dice nada, sabiendo lo que significa eso.

El sonido de zapatos repiqueteando contra el suelo fuera en el corredor se vuelve evidente, y todos los ojos se giran hacía las puertas; armas salen de nuestros pantalones, botas y similares, fijadas en nuestras manos, listas para

disparar si es necesario. Admito, incluso yo estoy conteniendo mi aliento un poco. Porque Nora podría estar en lo correcto sobre mi hermano finalmente siendo empujado al límite. También tengo que estar de acuerdo con ella sobre no gustarme nada de esto, o a dónde se siente que está yendo. Diablos, estoy muy de acuerdo con Nora en un cien por ciento en toda esta horrible experiencia, pero maldita sea si le doy la satisfacción de hacérselo saber.

Voces intercambian palabras fuera de la puerta, y luego segundos después, un lado de las puertas dobles se abre hacia la sala de reuniones. Un alto hombre negro con corto cabello negro entra, vestido de hombros a pies en un traje negro y gris y zapatos negros; pendientes de plata y diamantes brillan contra su piel semioscura. Luce cercano a mi edad, quizás un poco mayor. Nora parece estar secretamente echándole un vistazo; bien, quizás él pueda sacármela de las manos. Y mi polla.

Apunto con mi mano vacía, ofreciéndole al hombre una silla al extremo opuesto de la mesa.

—Toma asiento.

Asiente, y luego se sienta. Solo después que se sienta sigo su ejemplo. Mantengo mi arma en mi mano.

—Soy Niklas Fleischer, el hermano de Victor.

—Sí, sé quién eres —habla, y ya me está enfadando—. Sé quiénes son todos ustedes. Victor me informó bien antes de enviarme aquí. —Alza sus brazos, codos apoyados en la mesa frente a él, entrelaza sus manos; gemelos de plata y diamantes brillan demostrativamente sobre las muñecas de su camisa de traje asomando de los extremos de las mangas de su chaqueta.

Mordiendo el interior de mi boca, digo amargamente:

—Desearía poder decir lo mismo sobre ti. Victor me dijo que tu nombre es Osiris, pero no mucho más que eso. De hecho, lo único que sé sobre lo que pasó en Venezuela es lo que le pasó a Izabel. Han pasado dos semanas y no sé ni mierda, así que tienes que disculpar mi desprecio porque sabes más sobre mi hermano que yo.

Osiris sonríe. *Hijo de puta.*

Suelta sus manos y descansa su espalda en la silla, pone sus manos en su regazo.

—Enseguida llegaré justo al punto —dice.

—Sí, esa sería una sabia decisión —respondo.

Ignora mi intento de provocarlo.

—Mi hermano y hermana son responsables de lo que pasó en Venezuela —dice, nos mira uno por uno, y entonces continúa—. Y fui contratado por Victor Faust para ayudar a rastrearlos, capturarlos y traerlos ante él vivos.

DIECISIETE

Niklas

Traducido por Roxywonderland

Corregido por Flochi

Ubico mi arma sobre la mesa, pero la mantengo a corta distancia de mi agarre.

—Ya veo —digo, agravado y suspicaz—. Pero eso no significa una mierda para mí. Puedo hacer todo eso por mi cuenta.

118

—No vine aquí para tu aprobación, o tu permiso —dice Osiris—. Estoy aquí para reclutar —me mira solo a mí—, y decirle al resto de ustedes sobre mi hermano y hermana, Apollo y Artemis, así no están a ciegas sobre ellos si deciden aparecer aquí. Y muy probablemente lo hagan, para terminar lo que empezaron.

—¿Y por qué deberíamos confiar en ti? —pregunta Nora—. Es tu familia de la que estamos hablando.

Una vez más, estoy de acuerdo con Nora.

—Tiene razón —hablo—. Todos saben que he tenido mis diferencias con mi hermano, pero nunca trabajaría con alguien contra él, sin importar lo que ha hecho.

—Nunca me he llevado bien con mis otros hermanos, excepto por Hestia, así que puedes decir que son tan familia mía como son tuya.

—Eso aún no nos da una razón para confiar en ti —dice Fredrik.

Osiris se inclina hacia delante y cruza las manos sobre la mesa.

—Hace mucho tiempo —dice—, fui quien contrató a La Orden para eliminar a mi familia. Victor resultó ser el asesino enviado al trabajo. Mi desagrado por ellos no ha cambiado, los quiero muertos tanto como lo quiere

Victor. —Se echa hacia atrás un poco, se encoge de hombros, y agrega—: Bueno, después de lo que Artemis le hizo a la mujer de Victor, es posible que la quiera muerta un poco más de lo que yo lo hago; objetivo en común.

Recuerdo ahora. Algo sobre el nombre Osiris se sentía de alguna manera familiar cuando Victor me dijo en el teléfono sobre esta reunión.

Miro a través de la mesa al hombre al otro lado.

—Eres Osiris Stone —digo—. Tú y mi hermano, por lo que tengo entendido, no son los mejores amigos. —Mi hermano nunca me dijo toda la historia sobre la familia Stone, y su implicación con ellos, pero me dijo que Osiris lo ató a una silla y lo golpeó; aún más razones para no confiar en este tipo.

—No, nosotros no seremos amigos —admite Osiris—. Fui más o menos forzado a... llevar a Faust a su punto de quiebre, imagino puede decirse. No fui mi elección; La Orden hizo lo que le hice, obligatorio por mi contrato.

—¿Y exactamente qué haces tú? —pregunta Nora.

—No importa —dice Osiris—. Ese no es el porqué estoy aquí. Estoy aquí porque Victor me pidió que lo estuviera.

Aún no puedo creer esta mierda.

—¿Esperas que crea que mi hermano te contrató a *ti* para hacer un trabajo por *él*? —pregunto con incredulidad.

Nora ríe.

—Sí, eso es como Picasso contratándote para que le pintes un cuadro —Se para, lanzando sus manos al aire—. ¿Me estás jodiendo? Estas son patrañas, Niklas.

También me paro y comienzo a caminar por el largo de la mesa, ignorando a Nora, pero siempre silenciosamente de acuerdo con ella.

—Está bien, Osiris —digo—. Así que Victor necesita tu pericia porque conoces a los objetivos mejor que él; ¿eso lo resume todo?

Asiente.

—Algo como eso. —Luego se levanta cuando estoy más cerca, y me doy cuenta cuánto más alto que yo es.

—Así que te vas a unir a él y yo en la cacería —asumo.

—No —dice Osiris, y eso provoca un par de alzamientos de cejas en el cuarto, incluidas las mías—. Apparently, Victor se está haciendo a un lado, por lo que deduje en mi reunión con él. Claro está, no me dijo qué planeaba hacer, pero no está dirigiendo esta misión en particular. Me está pagando a mí y a mi hermana para hacerlo por él.

—Así que, ¿qué tiene esto que ver conmigo? —pregunto—. Dijiste que viniste aquí a reclutar.

—No a ti —dice—. Victor me dijo que hablara contigo sobre reclutar a dos de tus mejores operativos quienes estarán viniendo con nosotros. —Mira alrededor de la mesa—. ¿Estoy asumiendo ellos están aquí?

—Sí, aquí están —digo, y luego me apunto a mí mismo—. Si esto es para cazar a quienes hirieron a Izzy, entonces uno de ellos seré yo. —Apunto a Nora—. Y esa rubia por allí. —Si hubiera sabido lo que se trataba de antemano, ¡nunca habría elegido a esos dos ruidosos!

Osiris niega.

—La rubia la puedo aceptar —dice—. Victor dijo que probablemente te ofrecerías de voluntario, pero te necesita aquí.

120

¿Por qué no va Victor detrás de esas personas él mismo? Si Izzy fuera mi mujer, seguro como el infierno no le dejaría esto a alguien más; los cazaría hasta sus tumbas. ¿Y por qué mi hermano tampoco está aquí para esta reunión? ¿Qué demonios está pasando?

Fredrik se pone de pie; inclinado hacia delante ligeramente, sonando la punta de sus diez dedos sobre la mesa frente a él.

—Tal parece que nuestro líder se está tomando una licencia —dice, prácticamente leyendo mi mente—. Le está dejando la más importante misión de su vida a alguien más; dejando a su renegado hermano a cargo de su organización; tales sorprendentes y temerarias acciones solo pueden significar una cosa: Victor Faust finalmente ha caído. Me pregunto cuánto tiempo le tomará ponerse de pie nuevamente.

Déjenselo a Fredrik Gustavsson, la única persona en este cuarto más íntimo con sus demonios, el saber cuándo otro hombre ha sido derrotado por los suyos.

Fredrik deja su silla y camina pasándonos, dirigiéndose a la salida.

—Estoy a tu disposición, Niklas, cuando sea que me necesites para una interrogación —dice, disminuyendo su paso—. Pero por favor mantén en mente mis otros deberes, principalmente con mi actual misión.

Sonríó.

—Sí, Fredrik, trataré de no alejarte de tus raros fetiches si puedo evitarlo.

—Lo apreciaría —dice en la puerta, luego la jala para abrirla y se marcha.

Me giro hacia Osiris, y todos los demás en el cuarto.

—Está bien. —Asiento, pensando para mí. Luego saco el cigarrillo de detrás de mi oreja, un encendedor de mi bolsillo, y prendo la llama en el extremo—. Además de mí, la rubia es el mejor operativo en la Primera División...

—Ambos sabemos cuál de nosotros es el mejor operativo —interrumpe Nora con sarcasmo, y continúo ignorándola.

Apunto brevemente a la mujer trajeada.

—La agente O'Hara será tu segundo recluta —digo—. Y si algo le sucede a alguna de ellas —sonrió hacia Nora—, entonces el agente Asthma por allí puede tomar su lugar. —Doy una calada e inhalo profundamente, luego le digo a Osiris con humo en mis pulmones—. ¿Dices que Victor te contrató a ti y tu hermana?

Osiris asiente.

—Hestia —responde—. La única en mi familia en quien puedo confiar.

—Y esta *Hestia* —indaga Nora, recelosa—, ¿está tan dispuesta y ansiosa como tú, de traicionar a su propia carne y sangre?

—A decir verdad, lo está —dice Osiris.

—¿Y cuán... *capaz* es ella? —interroga Nora—. Mejor aún, ¿cuán capaz eres tú?

Osiris sonrío, y lame sus labios sutilmente.

—Oh, soy muy capaz —responde, a pesar de que tengo la sensación que su respuesta no tiene nada que ver con la misión—. Puedo asegurarle eso, señorita Kessler, ¿no es así?

Los movimientos de cuerpo de Nora cambian de rígidos y desconfiados a relajados e interesados. ¿Qué demonios es esto, alguna clase de ritual de apareamiento?

—Por qué no nos dices más sobre estos Artemis y Apollo — interrumpo—. Y diablos, mientras estás en ello, puedes decirnos sobre ti y Hestia, y todo lo demás también. Me gustaría saber cómo exactamente llegamos a este momento, por qué Izabel terminó en el lado equivocado de la cuchilla, y cómo mi hermano terminó cayendo en desgracia.

Osiris pasa los siguientes treinta minutos contándonos todo lo que sabe: Su historia con mi hermano; la historia de Victor con Artemis; lo que le dijo Victor que pasó en Venezuela; claro está, todo esto es la explicación de Osiris; antes de creer cualquier cosa también necesito el punto de vista de Victor. Y cuando surgen las inevitables preguntas sobre Hestia, el diablo nos oye hablar y aparece en el momento justo.

—Solo estoy aquí por el dinero —dice Hestia mientras entra en el cuarto hacia su hermano; maldita sea es hermosa—. Vamos a dejar esto claro primero: No estoy aquí para ser amiga de nadie o compañera; Osiris es mi único compañero. No hay nada en mi contrato con Victor Faust que diga que necesito poner mi vida en la línea para salvar a cualquiera de ustedes, si se meten en mierda muy profunda pueden salir por sí solos. Estoy aquí para hacer un trabajo, cobrar mi parte, y luego regresar mi dulce culo de regreso a Venezuela.

Sí, ese es un dulce culo, correcto.

Miro a Nora, sintiendo que en cualquier momento sus garras van a salir; a pesar que no tiene nada que ver conmigo; este cuarto solo no es lo suficientemente grande para dos hembras alfa.

Nora camina hacia Hestia, atrevida y sin temor de la manera que solo Nora puede ser; esta podría resultar ser una noche interesante.

—Confía en mí —dice Nora, sonriendo, y cruzando sus brazos—, soy la última persona aquí que se metería en mierda. —Se mueve más cerca de Hestia, parándose solo a treinta centímetros; hay una oscura sonrisa en los ojos de Hestia que envía un ligero escalofríos por mi nuca. Y como que me gusta.

Nora continúa:

—Tampoco hago amigos; y no lo pensaría dos veces sobre dejarte para morir, así que creo que nos entendemos la una a la otra perfectamente.

—Creo que lo hacemos —dice Hestia, maliciosamente.

Ninguna de ellas se aleja de la otra; Osiris se para entre ellas para detener una pelea antes que comience, y solo entonces se alejan en direcciones opuestas: Nora de regreso a su asiento a mi lado; Hestia junto a su hermano. Es entonces que noto como que lucen como gemelos, Hestia y Osiris.

—Así que, ¿cuál es su historia? —habla James; había olvidado que siquiera estaba en el cuarto—. Yo-yo quiero decir, además de querer al resto de su familia muertos, ustedes dos parecen cercanos... —Es como si cuando más de un par de ojos mira a James Woodard, todo al mismo tiempo, inmediatamente mete su cabeza de regreso a su concha.

—La pregunta más importante —señala Nora—, es, ¿cuáles son sus aptitudes? Solo porque vengan de alguna familia criminal, no los hace material para La Orden; Niklas, realmente no puedo creer que Victor le dejaría esto a estos dos. —Comienza a pasearse de un lado a otro detrás de su silla. Luego saca su celular de la mesa—. Voy a llamar a Victor.

Mientras recorre su pulgar sobre la pantalla, Osiris dice:

—Nosotros somos Los Gemini.

El pulgar de Nora se congela sobre su teléfono, y mira hacia Osiris.

Echo mi cabeza hacia atrás y río, porque simplemente no puedo creerlo.

Los Gemini. Aquí. En persona.

Me vuelvo a sentar en el asiento de Victor y pateo mis pies sobre la mesa, cruzando mis tobillos.

—Interesante —digo.

Y entonces enciendo otro cigarrillo.

DIECIOCHO

Victor

Traducido por Jenn Cassie Grey y Mariandrys

Corregido por Simoriah

Tucson, Arizona.

124

He pensado mucho en esto en las dos horas que he pasado en este auto, estacionado fuera y cerca de la más nueva residencia de Dina Gregory: ¿Cuándo he estado sentado solo alguna vez, de la forma que estoy ahora, evaluando los eventos que se han desarrollado a lo largo de mi vida? Nunca. Nunca me he otorgado tal lujo; no lo merezco; no lo quiero; no lo quiero porque me asusta.

Evaluar la vida de uno lleva a *cambiar* la vida de uno.

Cambiar. La sola idea hace que mis dientes se aprieten. Pero ya no puedo fingir que seré eternamente inmune a su inevitable propósito. Nadie es inmune al cambio, especialmente aquellos que le temen. A nosotros nos llega primero, y nos destruye rápidamente porque peleamos con más fuerza. He estado peleando contra él desde que conocí a Izabel. Peleé sin descanso mientras todo sucedía alrededor de mí; cada cosa que he hecho, desde Sarai en México, ha sido pelear contra el cambio que *ella* ha agitado.

Antes estaba equivocado, cuando le dije a Izabel que no podía cambiar por ella; *debía*. Ya no puedo pelear más. Al final, continuar peleando contra ello significaría que Izabel tendría que morir.

Pero ella vivió.

Una, y otra y otra vez; ella sobrevivió. Y aunque no fui yo quien a la larga la salvó, fui yo quien la liberó. Y para mí, no hay una prueba más convincente de que amo a esta mujer más de lo jamás he amado a alguien o algo.

Pero debo encontrar un balance en este cambio. Todavía era el mismo hombre que era ayer, eso *nunca* cambiará, pero ahora también debo permitir la parte de mí que Izabel creó, que viva igualmente en conjunto con él.

Salgo del auto y camino por la acera hacia la casa de Dina Gregory, y por primera vez en mi vida miro las estrellas con un propósito, cien alfileres en la tela de un negro cielo, y *siento* el cambio sucediendo en tiempo real. Siento la presión en el pecho, una extraña y cálida luz en mis ojos, y, de todas las cosas, le doy la bienvenida. Quizás ésa sea la llave para sobrevivir al cambio: Abrazarlo, tan incómodamente, o con gracia, como se pueda.

Insectos revolotean alrededor de la luz del porche cerca de la puerta frontal; oigo un perro ladrando en la distancia, la brisa nocturna pasando a través de los árboles, el motor de una camioneta acelerando en el camino de entrada de una casa cercana, y el corazón golpeando en mis oídos y en mi cabeza. Golpeo ligeramente. Y trago.

Izabel se ha estado quedando con Dina desde que salió del hospital, y no he hablado con ella desde la noche en que Artemis le cortó la garganta. Estuve ahí con ella, casi cada hora de cada día junto a su cama, y cuando ella estaba despierta y capaz de hablar, intenté, pero ella no habló conmigo. Ni con nadie en realidad. Solo con las enfermeras. He sido paciente, como continuaré siéndolo. Pero no puedo negar esa ansiedad que siento adentro, sin saber en qué piensa ella, o si alguna vez podrá perdonarme por lo que le sucedió.

Oigo movimiento al otro lado de la puerta, y luego el clic de una cerradura. Mis manos sudan; las separo para permitir tomar algo de aire.

—Me preguntaba cuánto te sentarías afuera —dice Izabel, de pie en el umbral de la puerta.

Me hace un gesto para que entre.

—¿Lo sabías? —pregunto.

Izabel hace un ruido con el aliento, y niega como si no pudiera creer que siquiera haya preguntado. Yo tampoco puedo creerlo. El amor vuelve innegablemente estúpido a un hombre.

Mi mirada abarca la sala de estar. Una canasta de ropa recién lavada y doblada está en el suelo junto al sofá; la cera de muebles con aroma a limón y aromatizador en polvo para alfombras se sienten definidos en el aire.

—Has estado limpiando —digo, sintiéndome incómodo con mi pobre intento de entablar conversación. No estoy acostumbrado a este tipo de cosa; quiero hablar con Izabel sobre lo que sucedió, pero ciertamente no comenzar con eso.

—Sí, he estado limpiando —dice.

Entra a la cocina, y la sigo.

—¿Quieres café? —pregunta, dándome la espalda y revisando una alacena.

—No, gracias.

Retirando la mano, ésta sale vacía, y cierra la puerta de la alacena.

Luego sus hombros se alzan y caen pesadamente, y todavía con la espalda hacia mí, dice.

—¿Entonces qué quieres, Victor?

—Gracias, pero no quiero nada —le digo amablemente—. No podría comer ni beber nada si...

126

Ella se vuelve, y me mira a través de la barra.

—Quiero decir, ¿qué *quieres*?

Oh.

Suspiro, y miro una silla de la cocina.

—¿Me puedo sentar?

Asiente.

—Entenderé si no quieres verme...

—Si no quisiera verte, Victor, no habría abierto la puerta ni te habría dejado entrar.

Ella espera algo. ¿Una disculpa? Con gusto se la daré. No sé cuántas veces le he dicho que lo lamentaba mientras ella estaba en el hospital, pero me disculparé cada día por el resto de mi vida si eso es lo que necesita. ¿Una explicación? También he estado desesperado por darle una de esas, y tenía la intención de hacer eso también mientras estaba hospitalizada, pero considerando que ella no me hablaba, no sentí que fuera el momento correcto.

Decido ir con algo diferente, algo que probablemente ella nunca esperaría de mí; algo que nunca esperé de mí mismo.

—Me haría muy feliz si te casaras conmigo, Izabel.

Ella solo me mira, sin parpadear, y aunque la expresión de su rostro no ha cambiado mucho de aquella sin emoción, veo la evidencia de algo diferente en sus ojos. Pero no tengo la más mínimo pista de qué es.

Me pongo de pie. Porque no se siente bien estar sentado.

—No... no espero que sea pronto —comienzo a decir, nervioso—. Pero espero que algún día seas mi esposa, porque yo...

—Detente, Victor. —Alza una mano.

Quizás debería haberme limitado a las disculpas y explicaciones.

—Lo siento —digo.

—Dije detente.

Ella deja caer su mano a un lado y se acerca a mí; tengo el presentimiento de que estoy a punto de ser sermoneado en la forma más calmada posible.

Sus manos tocan mis hombros ligeramente, y lo siguiente que sé, es que de nuevo estoy sentado. Ella saca la silla vacía junto a mí y se sienta, levantando las piernas y doblándolas con los pies metidos bajo los muslos desnudos; apoya las manos en el regazo. Intento con tanta fuerza no mirar la cicatriz de diez centímetros que aún no se cura que pasa a lo largo de su garganta; los muchos puntos, como un monstruosamente largo ciempiés con tias piernas negras; el brillante lubricante medicinal; aparto los ojos, trago con fuerza, y en su lugar miro su hermoso rostro. Siento los puntos en la palma de mi mano, pero los míos son nada comparados con las suyos.

Ella vacila, como si reuniera las palabras adecuadas, y luego dice.

—Te amo con fiereza, Victor. No puedo controlar eso, y no puedo cambiarlo. Pero a diferencia de ti. —Hace una pausa sosteniendo mi mirada—. A diferencia de ti, no intento hacerlo.

Comienzo a hablar, pero ella no ha terminado.

—Es todo lo que siempre has hecho —dice—. Desde que me conociste, has intentando alejarme, has intentando controlar algo que ningún hombre o

mujer puede *jamás* controlar, en lugar de aceptarlo y permitir que la vida suceda... por favor mírame, Victor.

No me había dado cuenta que mis ojos se habían alejado de los suyos. Por vergüenza. Por arrepentimiento. Por saber que todo lo que dice es cierto.

—Puedo perdonar muchas cosas —continúa—. Puedo perdonar y olvidar. Pero lo que hiciste... lo que *intentaste* hacer... con Niklas, no sé si alguna vez seré capaz de superar eso.

—Izabel...

Ella se inclina hacia adelante un poco, y comienza a susurrar fieramente.

—Intentaste entregarme a tu *hermano*. —Sus manos se aprietan hasta formar puños en su regazo—. ¿Tienes idea de cómo eso se *siente* para mí?

—No —digo—. Nunca entenderé completamente cómo te sientes, pero sé cuánto me arrepiento de ello, y si cuánto me arrepiento es un indicio de cómo puedes sentirte, entonces sé la intensidad del dolor, al menos. No puedo deshacerlo, pero sé que nunca podría hacer algo así de nuevo.

—Pero lo hiciste una vez —dice, negando—. No me querías...

También niego, más vigorosamente, esperando dejar mi punto claro.

—Eso es lo más alejado de la verdad —digo—. *Porque* te quise, porque te *amo*, es por eso que intenté alejarte... no tiene sentido, lo sé. Es por eso que intenté ponerte con la única persona además de ti en quien confío en este mundo. Fue un error, uno por el que no espero ser perdonado jamás, pero uno que espero al menos puedas entender.

—Sí entiendo —devuelve—. Entiendo por qué lo hiciste; entiendo que lo que hiciste no fue malo... solo estuvo equivocado. Muy equivocado, Victor. Pero estoy en lo correcto cuando digo que lo hiciste porque no me querías... por favor, déjame terminar.

Dejo caer la mano y cierro la boca.

—Estabas dispuesto a cederme a otra persona —dice—. Ese hecho permanece, y no puede discutirse... sin importar cuáles fueron tus razones, igual quisiste abandonarme.

—Pero ya no quiero eso —digo rápidamente—. Y en mi corazón... realmente nunca quise.

Intento estirarme hacia ella y tomar sus manos en las mías, pero se levanta de la silla, rechazándome, y comienza a caminar de un lado a otro. Luego con los brazos cruzados y la espalda hacia mí, se detiene cerca de la mesada.

También me pongo de pie. Pero no digo nada. Siento *todo* como una pesada carga en el pecho, pero no digo nada porque no puedo. Tengo temor; no, me *aterro* perderla.

—No te hablé en el hospital, porque tenía miedo de decir cosas que lamentaría. —Se gira—. Necesito tiempo para pensar, tiempo para sanar, no solo mi herida, sino también mi corazón, tiempo para... decidir.

Mi corazón se derrumba.

—¿Para decidir qué? —pregunto en una voz más queda de la que esperaba; mis manos están sudando otra vez.

Sus ojos encuentran los míos y responde.

—Quiero vivir por mi cuenta, Victor. Quiero mi propia casa, mi propia dirección, mi propia... cama.

129

—¿*Por qué?* ¿Qué estás diciendo? —Esto no puede estar sucediendo; no lo permitiré.

Izabel se aleja de la mesada, se acerca, y me mira a los ojos.

—Estoy diciendo que te amo —responde—. Pero ya no quiero vivir contigo. Al menos por un tiempo.

No me siento bien ni mal por su anuncio; más que nada me confunde.

—Necesito que me escuches por un momento —dice—. Necesito que entiendas algo de lo que me di cuenta durante el tiempo que he estado separada de ti.

Asiento.

—Estoy escuchando.

Ella cruza los brazos y regresa a la mesada, llevándose el peso en sus hombros con ella, y preparándose para soltarlo.

—Nunca he tenido nada que fuese solo mío... ni siquiera mi propio espacio y libertad. Mis pensamientos, acciones y decisiones siempre han sido dictaminados por alguien más... incluso tú. Apenas siquiera he *dormido* sola. —

Se inclina contra la mesada—. Pero eso va a cambiar. Sin importar lo que tú quieras, o cómo te sientas al respecto, voy a hacer lo que *yo* quiero, Victor, y si tienes un problema con ello, entonces podemos terminar esta relación ahora mismo. —Parpadeo, sorprendido, y mi corazón se siente como si acaba de recibir un golpe—. Voy a vivir en un lugar que yo escoja, pagaré por él con el dinero por el que he trabajado tanto, y voy a hacer lo que quiera, cuando quiera, como quiera y sin ojos en mi espalda ni niñeras en camino de entrada.

Descruza sus brazos, se aparta de la mesada.

—Victor —dice, cambiando el tono de la conversación a algo más amable—. Necesitas un tiempo lejos de mí tanto como yo lo necesito lejos de ti. Estás tan confundido como yo... más, o menos, quién sabe, ¿pero qué diferencia hace?... y creo que es mejor para ambos si nos tomamos un tiempo separados para descifrar qué queremos realmente.

—Sé lo que *yo* quiero, Izabel... nunca he estado más seguro de algo en mi vida... te quiero a *ti*.

—Y me tienes —dice rápidamente, y se mueve más cerca, colocando una mano en mi pecho, justo sobre mi corazón—. Me *tienes*... —susurra—. Pero quiero que estés seguro de quererme *para siempre*. Yo ya sé qué quiero... lo he sabido por un largo tiempo... tú solo lo estás descubriendo. Pero a pesar de saber lo que quiero por un largo tiempo ya, ni siquiera estoy lista para ello todavía. Necesito ser mi propia persona, mi propio romance, mi propio todo, antes de verdaderamente poder ser algo de eso para ti. No quiero depender de ti, ni de nadie más; quiero... vivir la vida en mis propios términos por una vez.

—¿Qué significa eso? —pregunto, poniéndome ansioso; cuanto más habla, más alejado de su punto de vista siento que me ubico—. ¿Qué quieres hacer exactamente, Izabel? Dime. Te ayudaré con lo que sea.

—No. Eso es... no quiero tu ayuda.

—Entonces, ¿qué? —pregunto, levantando las manos—. Dime qué quieres que haga.

—Quiero que me dejes hacer lo que sea que elija sin negativas, sin una discusión, sin tus opiniones. Solo quiero que me dejes ir por un tiempo; que dejes todo a un lado... tu necesidad de protegerme, tu amor por mí... y que me dejes vivir mi vida como yo quiero.

Niego.

—Simplemente no puedo ignorar ni olvidar que te amo, Izabel.

—No dije eso —interrumpe—. Dije que lo *dejes a un lado*; no permitas que se interponga en mis decisiones, mis deseos, y mis necesidades.

Algo en eso no me gusta, pero sé que tengo que aceptar sus deseos. Porque por dentro, sé que, si no lo hago, se alejará de mí y nunca mirará atrás. Darme cuenta de esto me entumece, porque nunca antes la he sentido. La Izabel que conocía y de la que me enamoré me habría perdonado cualquier cosa que hiciese, y sé que nunca se habría permitido alejarse de mí. No porque fuese pegajosa o desesperada... Izabel siempre ha sido de todo menos pegajosa o desesperada... sino porque me amaba a mí más que a ella misma; se habría quedado a mi lado incluso si el Universo le dijese que yo era malo para ella.

Pero Izabel ya no es esa persona. Ha crecido. Ha... cambiado. Y, a diferencia de mí, ella lo abraza con gracia.

—Lo dejaré todo a un lado —digo finalmente—. Y te daré tu espacio... nos daré *nuestro* espacio.

Una pequeña sonrisa apenas visible aparece en sus ojos.

—Gracias —dice en una voz suave.

Miro el piso. Luego mis manos. Después de nuevo el piso. Estoy perdido, sobre qué decir o hacer a continuación. Así que solo me quedo parado aquí incómodo.

—Victor —dice con suavidad, y levanto la cabeza—. Necesito saber si hay algo más que me estés ocultando. Necesitamos aclarar el aire ahora antes de que se contamine tanto con mentiras que no podamos mirarnos el uno al otro por ellas.

—No hay nada más, Izabel —digo con honestidad—. Ahora conoces al verdadero yo; he hecho cosas imperdonables a otros por las cuales estoy seguro de qué responderé en la muerte; te he mentido, y manipulado, e incluso te he usado para mis propias necesidades egoístas... pero lo que ahora sabes es donde termina todo.

Ella asiente. Solo puedo preguntarme si me cree.

Luego mira al suelo.

—¿Todavía la amas? ¿A Artemis? —Sus ojos encuentran los míos lentamente.

—No —respondo de inmediato—. Sí la amé, pero eso fue hace un largo tiempo.

—¿Qué hay del bebé? —pregunta, y deseo que no lo hubiese hecho—. ¿Lo qué dijiste es cierto? ¿La habrías matado si estuviese embarazada con tu bebé? Yo solo... Victor, no te creo; no me importa lo que hayas hecho, o los secretos que has guardado; no me importa cuán salvajes tus acciones han sido en el pasado... no creo que hubieras matado a tu bebé... simplemente no puedo...

—Estaba enojado, Izabel —grito. Quiero arrastrarme dentro de un agujero y perderme del mundo.

Comienzo a caminar por la cocina ahora, los brazos cruzados. No puedo mirarla, demasiado concentrado en la verdad para ver otra cosa que no sea el rostro de Artemis, el rostro que me traicionó, sin importar cuánto afirmara amarme; ella mató a mi hijo.

—¿Victor?

—Dije que estaba enojado —repito, mirando a la pared—. Ella mató a mi hijo... y... —Suspiro, apretó los puños contra mi abdomen—. Y nunca podré perdonarla por eso.

—Entonces, le mentiste —dijo Izabel, esperanzada.

Me vuelvo y la miro.

—Sí —contesto—. Quería hacerle daño. Pero no, no la habría matado si estaba embarazada de mi hijo.

Ella deja salir un respiro, aliviada.

¿Qué habría dicho ella, o hecho, si hubiese contestado de cualquier otra manera?

DIECINUEVE

Izabel

Traducido por âmenoire y Martinafab

Corregido por Simoriah

Si Victor hubiera respondido de cualquier otra manera, a pesar de lo mucho que lo amo, me hubiera ido y nunca hubiera mirado hacia atrás. Cuando se trata de él, puedo perdonar muchas cosas, incluso su plan con Niklas, pero nunca podría pasar por alto a un hombre tan frío que pudiera asesinar a una mujer que llevara a su hijo, sin importar cuán joven, confundido o manipulado estuviera; simplemente no podría. Pero en mi corazón no creía que pudiera ser tan despiadado.

133

—Artemis estará buscándote, Izabel —dice él. Siento que es algo que ha querido decir desde que cruzó la puerta—. Cuando descubra que todavía estás viva...

—Estaré esperándola —interrumpo.

—Necesitas protección.

—No —digo rápidamente—. No lo hago. Y fue en serio lo que dije sobre niñeras en mi camino de entrada, Victor. Si me entero que alguien me está vigilando...

Él se queda allí de pie, esperando el resto, pero decido dejarlo así, dejar que él saque sus propias conclusiones, porque cualquiera de ellas es posible. Y creo que lo sabe.

Finalmente asiente, aceptando mi decisión, y luchando contra ella dentro de su corazón. La veo en sus ojos, la lucha.

Me acerco a él, me paro sobre las puntas de los pies y beso el borde de su boca.

—Sé que esto será difícil de oír —digo—. Pero quiero que sepas que... estoy feliz que las cosas resultaran como lo hicieron. Todo, desde todos los secretos que me ocultaste, hasta el momento en que Artemis deslizó esa hoja sobre mi garganta. —Toco la herida con la punta de mis dedos—. Estoy *agradecida* por ello.

Las cejas de Victor se unen; niega con incredulidad, rechazo, pero una vez más coloco la mano en su pecho para evitar que diga lo que está pensando.

—Por lo general es un dolor inimaginable y difícil —continúo—. Lo que en última instancia nos hace ver lo que realmente somos, lo que estamos destinados a ser, lo que siempre hemos sido muy adentro de nosotros... —Mi mano cae de su pecho. Quiero decirle más, acerca de la persona despierta dentro de mí, pero no puedo. Doy un paso atrás y digo en cambio—: Artemis no puede matarme, Victor. Estoy convencida de este hecho. Si se suponía que yo debía morir en sus manos, no estaría parada aquí en este momento.

—¿Saraí? —Oigo a Dina llamar desde su habitación al final del pasillo.

Miro brevemente hacia el pasillo, y luego otra vez hacia Victor, que parece ansioso debajo de ese tranquilo exterior; sabe que nuestra conversación va a terminar mucho antes que se termine.

Y así es como lo quiero.

—Necesito ayudar a Dina —digo.

Él asiente, aunque con decepción.

—¿Cómo ha estado? —pregunta.

—Mal. Está empeorando. Creo que el diagnóstico, solo saber lo que le va a suceder, está acelerando la enfermedad.

Asiente de nuevo.

—Siempre sucede así —agrego—. Estás bien, quizás algunos síntomas menores, pero nada debilitante, y luego seis meses después del diagnóstico, estás muerto. —Golpeteo el costado de mi cabeza con el dedo—. La mayoría está en la cabeza, quizás todo, solo desearía poder convencer a Dina de eso.

Una vez más, Victor simplemente asiente. Es otra cosa en la que creo que tiene que trabajar: Desarrollar su lado informal, para que tal vez un día él y yo podamos tener una significativa conversación sobre los muchos sabores de helado, o por qué la música mueve las almas, o cómo nada puede escapar de un

agujero negro. Hemos hablado de muchas cosas en el poco tiempo que hemos estado juntos, pero nunca, que yo pueda recordar, sobre las cosas aparentemente insignificantes de la vida, cosas que no tienen relación con su profesión; cosas que, para mí, son cualquier cosa menos insignificantes, y de gran importancia.

—Enseguida voy —le digo a mi madre.

Entonces me paro una vez más sobre las puntas de mis pies, y beso a Victor en la boca.

—Te amo, Victor.

—Y yo te amo...

Tengo la sensación de que quiere decir mucho más, pero él lo retiene.

—Sarai, cariño... —llama Dina.

—Me tengo que ir —le digo a Victor.

Renientemente, sale; la luz del porche toca su hombro, dejando un lado de su rostro en la sombra.

135

—Victor —digo, antes que él baje el último escalón.

Se detiene, se vuelve para mirarme.

—Hay algo que me gustaría saber —digo.

—Cualquier cosa —me dice.

Hago una pausa.

—¿Cómo me sacaste de esa jaula? ¿Cómo me salvaste? No recuerdo mucho después de...

—Yo no te salvé —admite, con pesar—. Te perdoné la vida, pero no te salvé. No estaba en mis manos.

Eso me sorprende; lo miro fijamente, inexpresiva, intentando recordar esa noche, algún detalle, pero no puedo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

La mirada de Victor se aleja, y mira momentáneamente hacia los escalones.

—Alguien de La Orden —dice.

Mi aliento queda atascado.

—¿La nuestra? —pregunto, vacilante—. ¿O la de Vonnegut?

No dice nada por un momento; ni siquiera parece estar ahí totalmente.

—¿Victor? —Inclino la cabeza en un ángulo, mirándolo desde el escalón más alto de manera oblicua—. ¿La nuestra o la de Vonnegut? —repito. En mi corazón, ya sé la respuesta, solo necesito entenderla, y si es verdad, entonces hay una enorme cantidad de nuevos problemas por delante.

Aun así, no contesta, y ahora sé que no necesita hacerlo.

—¿Estás a salvo? —le pregunto—. No me mientas, Victor... ¿saben dónde estás?

—Siempre lo han sabido, Izabel. —Su voz es tranquila, sus palabras se sienten casi... apocalípticas en su naturaleza—. Solo es cuestión de tiempo para que todo esto. —Ondea una mano en el aire—. Toda esta libertad, esta vida, llegue a su fin. Te lo he dicho, desde el principio, que hasta que Vonnegut esté muerto y yo esté en control de su Orden, ninguno de nosotros es libre; no estamos más que a un suspiro de distancia del final de todo. Y no hay paredes, secretos ni disfraces que puedan ocultarnos por siempre. Vonnegut debe ser identificado, y eliminado, antes que nos elimine a *nosotros*.

—Ésa es la verdadera razón por la que te preocupa que yo esté aquí, ¿verdad? —Bajo dos escalones hacia él—. Artemis no tiene nada que ver con eso, ¿verdad?

Él asiente.

—Confío en ti en lo que respecta a Artemis, sí. —Sube para encontrarme—. Pero debes saber algo.

—Dime —insto.

Hace una pausa, y luego dice con un dejo de incredulidad en la voz.

—El precio sobre tu cabeza es aún mayor que sobre la mía.

Siento que mis ojos y frente arrugarse con líneas de confusión; mi cabeza se mueve hacia atrás.

—No entiendo —digo.

Después de un momento, Victor admite.

—Yo tampoco.

Nos quedamos de pie en silencio, aunque los pensamientos en mi cabeza son ruidosos. ¿Cómo puede ser esto cierto? ¿Por qué? ¿Por qué La Orden me querría más a mí que a Victor Faust? Por un momento no puedo encontrar mi propia voz, y cuando finalmente lo hago, no puedo obligarme a usarla.

Acunando la parte posterior de mi cabeza en la palma de su gran mano, Victor se inclina hacia delante y toca mi frente con sus labios. Mis pómulos. Mi barbilla. Mi boca. Lucho contra el impulso, la necesidad, de agarrarlo y darle todas las razones para tomarme justo donde estamos parados. Su beso me deja sin aliento, pero no lo demuestro. Su toque, y su cercanía, me hacen cosas que sé que nunca seré capaz de controlar totalmente, pero esta vez soy capaz de domarlo.

Luego él baja los escalones y lo observo irse, su alta y atlética figura desaparece en las sombras proyectadas por los árboles que cubren la acera.

Y luego se ha ido.

Me pidió que me casara con él... No, no puedo pensar en eso ahora; no puedo llevar esa posibilidad en mi corazón cuando aún tengo tantas otras cosas que tengo que hacer, en que convertirme, resolver y aceptar, primero.

Levanto la mirada de mis pensamientos, con la esperanza de tener un último vistazo de él antes que la oscuridad se lo trague por completo, pero no está allí y sabía que no lo estaría.

Hace un tiempo, lo hubiera detenido, me hubiera asegurado que Victor supiera que no era un adiós. Pero las cosas han cambiado. Mi amor por él no, pero todo lo demás alrededor de mí lo ha hecho. Todo lo demás dentro de mí lo ha hecho. Y en Victor, veo lo mismo, está cambiado; *todavía* está cambiando. ¿Puede nuestro amor por el otro evolucionar junto con los cambios? ¿Puede nuestro vínculo resistir el paso del tiempo y aun así salir juntos al final, más fuertes, irrompibles? Las probabilidades son que puede que nunca lo sepamos, porque podríamos no vivir lo suficiente para averiguarlo.

Tengo tantas preguntas que podría haberle hecho, que la mayoría de la gente en mis zapatos habría hecho. Preguntas sobre qué exactamente sucedió esa noche, sobre quién me salvó, por qué fui salvada, por qué todavía estoy libre. Quiero saber estas cosas. Pero no todavía. Tengo algo más importante que necesito hacer antes de siquiera comenzar a empezar a pensar en nada de eso. *Alguien* más importante.

Mi mirada permanece fija en la oscura acera, mi memoria capturando el momento en que él viajó por ella, saboreando cada detalle del hombre por quien moriría y mataría. El hombre a quien mataría, si eso necesitara hacer para quitarle el dolor.

Cerrando los ojos, dejando afuera el recuerdo de su rostro y sustituyéndolo por el de mi madre, subo lentamente las escaleras y vuelvo dentro de la casa. Con un corazón pesado. Con un propósito pesado.

—Pensé que me habías dejado —dice Dina, cuando entro en su dormitorio.

La sábana en la que yace ha sido ensuciada; apenas puede seguir moviendo los brazos, y caminar al baño por sí misma ha estado fuera del ámbito de lo posible desde hace un mes, de acuerdo con su médico. Me lo había estado ocultando durante más de un año, sin querer que yo me preocupara. La última vez que la vi parecía estar bien; podía hacer casi cualquier cosa que yo podía hacer, pero la enfermedad recientemente tomó un giro inevitable para peor, y con ELA² no hay vuelta atrás.

—Estoy aquí —le digo suavemente, levantándole la cabeza con una mano y reajustando la almohada debajo de ella.

Con dificultad, me las arreglo para cambiar las sábanas y limpiarla, sin moverla de la cama.

—Siento que tengas que hacer esto por mí, pequeña.

—Nada de eso —le digo con severidad, cubriéndola de la cintura para abajo con una sábana limpia—. Y nunca te dejaré de nuevo. Me voy a quedar aquí mismo para cuidar de ti.

—¡Nah! —discute—. No puedes quedarte aquí, limpiándome el culo todos los días, Sarai... no te lo permitiré.

—¿Cómo vas a detenerme?

Ella frunce el ceño. Por un segundo, creo que he elegido las peores palabras que puedo decirle a alguien con esta enfermedad en particular, pero me alivia la mente con una débil sonrisa.

—Has tenido una vida tan dura, pequeña... me duele el corazón al pensar en lo que has pasado.

² ELA: Esclerosis Lateral Amiotrófica.

—Nada comparado con otras personas —digo; le limpio la frente y el rostro con un húmedo y tibio paño.

—Y nada de *eso* —discute en respuesta; sé que quiere sacudir el dedo hacia mí, pero no puede levantar la mano—. Has sufrido mucho más que la mayoría, Sarai, así que no hagas eso. Tienes todo el derecho a estar enojada como el infierno con el mundo.

—Por supuesto que estoy enojada —digo—. Pero estoy haciendo algo al respecto, Dina. Hay mujeres en esos jodidos países que son lapidadas a muerte por ser violadas; les disparan o son colgadas por mostrar demasiada piel; niñas de ocho años asesinadas por sus maridos de cuarenta años durante el sexo... no pueden hacer nada al respecto. Pero yo puedo...

—Tienes esa mirada en tus ojos, pequeña.

Parpadeo para enfocarme de nuevo, y miro mi mano sosteniendo el paño cerca de su rostro; mis nudillos están blancos por aferrarlo con tanta fuerza.

Relajando la mano, digo.

—¿Qué mirada? —Fingiendo no saber, y sigo limpiando su rostro.

139

Dina me mira a través de ojos enmarcados por profundas arrugas y agotamiento; su cabello rizado gris rubio yace suavemente contra la almohada, la línea de su cabello húmeda por el paño.

—La misma que tenías hace mucho tiempo, justo después de que te trajera de regreso. Nunca lo olvidaré, ese día que estabas sentada a la mesa, viendo esa emisión de noticias sobre ese multimillonario, Arthur Hamburg... pensé que irías tras él en ese momento.

Le disparo una mirada de sorpresa.

—¿Sabías sobre eso?

Dina sonrío débilmente.

—Bueno, me confesaste que habías matado a un hombre en Los Ángeles. Y nunca se me olvidó la forma en que mirabas a ese hombre en las noticias. Con el tiempo lo descubrí, o al menos creí haberlo hecho... tuve mis corazonadas. No lo supe a ciencia cierta hasta ahora.

Asiento, y luego pongo el paño sobre la mesa de noche. Tomo su mano en las mías y la acaricio porque tengo la sensación de que éste es un momento en el que, si ella pudiera, querría sostener mi mano.

—¿Qué planeas hacer? —pregunta—. Sé, cariño, que no puedo preguntarte demasiado acerca de lo que haces, pero yo...

—Te diré lo que quieras saber, Dina. —Aprieto suavemente su mano.

Ella me agradece con una tierna expresión en los ojos.

—Tengo la sensación de que me harás retorcer en mi tumba —dice ella—. Mira, sé que vives una vida peligrosa, que cada día que sales de una puerta podría ser el último, y sé bien que no puedo pedirte que dejes de hacerlo... sé que nunca pararás. Pero hay algunas cosas que nunca quiero que hagas, y esa expresión en tus ojos hace tan solo unos segundos cuando hablabas de esos *jodidos países*, bueno, cariño, realmente me asusta. Prométeme que no irás allí. Lo veo todo el tiempo en las noticias: Gente inocente secuestrada por esos extremistas bastardos; las decapitaciones... Sarai, simplemente no puedo estar en paz sabiendo que la próxima vez podrías ser tú.

Niego, aprieto su mano una vez más.

—No tienes nada de qué preocuparte, Dina. —Miento, porque tengo que hacerlo—. No iré allí, lo prometo. —Le sonrío, luego me inclino y le beso la frente; levanto su mano después y le beso la parte superior de la misma.

140

No le digo nada más, y afortunadamente no pregunta. No quiero tener que mentirle más.

—Sarai —dice suavemente—. ¿Recuerdas ese día en el que el novio de tu mamá vino a mi casa buscándote?

Sonrío. Y luego no puedo evitar reír cuando me la imagino de pie en la puerta con su escopeta.

—Sí, me acuerdo.

Ella también sonrío.

—Le habría volado la grasienta cabeza limpiamente, y yo no habría parpadeado ni me habría sentido mal por ello después. Habría hecho cualquier cosa por ti.

—Lo sé —digo suavemente, y le doy una palmadita en la parte superior de la mano.

Pero ya no sonrío, porque siento que sé hacia dónde va ella con esto; sé lo que va a decir a continuación.

Su sonrisa también se desvanece, reemplazada por algo más sombrío, probando correcta mi predicción.

—Sé que no quieres hablar de ello, cariño —dice—. Pero, ¿has... tomado una decisión?

No puedo mirarla a los ojos.

—Sé que es egoísta de mi parte pedirte —dice—. Y que está mal, y es terrible, y quizás incluso imperdonable, pero cuando quitas esas capas y lo ves como realmente es, tienes que saber que *no* está mal, solo insoportablemente difícil. Es misericordia y compasión, Sarai.

Ella continúa, abogando por su caso.

—He vivido una larga y buena vida... más corta de lo que había planeado; me imaginaba a mí misma con cabello blanco como el algodón, un rostro hundido porque ya no me importaba tener mi dentadura postiza puesta, y sentada en una mecedora como mi bisabuela solía sentarse en el porche de su casa. Noventa y uno. Ése es el tiempo que pensaba vivir. Me faltan algunas décadas para llegar a ese objetivo, pero está bien. Estoy contenta con el tiempo que tuve. —Su voz comienza a vacilar; aprieta su mano con más fuerza—. Sé que no debería pedirte... Lo siento, Sarai, solo estoy desesperada. N-no quiero estar atrapada en este cuerpo por el tiempo que sea que me quede, incapaz de moverme, de hablar; me asusta más que nada. Si pudiera... pequeña, si pudiera hacerlo yo misma, lo haría. —Furia se eleva en su voz—. ¡Debería haberlo hecho cuando todavía era capaz!

Aparto la mano de la suya y la coloco suavemente sobre su pecho.

—Cálmate, mamá; todo va a estar bien.

Humedad cubre sus ojos, y ella se las arregla para esbozar una frágil sonrisa.

—Eres mi mamá —le digo, sabiendo que es lo que le hizo sonreír—. Siempre lo has sido.

—Pero, ¿qué clase de madre le pediría a su hija lo que yo te he pedido a ti? —Ahora es ella la que no puede mirarme—. Lo siento. Lo siento tanto.

—No lo sientas —digo, y una vez más tomo su mano. Luego trago saliva, insegura de qué estoy a punto de decirle, pero lo hago de todos modos—. Lo he hecho antes —digo—. He...

De repente, el recuerdo cubre mi mente como las lágrimas en los ojos de Dina.

Tiré del émbolo hacia atrás, introduciendo otra cucharada de heroína en la aguja. Mis dos ojos latían; el lado izquierdo de mi rostro se sentía más grande que el derecho; estaba tan enfadada, tan cansada de hacer de enfermera de mi madre todos los días, alimentando sus venas porque ella ya no podía encontrarlas sola; cansada del olor; cansada de que esos hombres me violaran y golpearan cuando Javier no estaba. El que acababa de irse, pensó que era necesario violarme frente a mi madre. Y ella solo se quedó allí en la cama, de espaldas a nosotros, demasiado drogada para mover una mano contra él para detenerlo. Así que esa cucharada extra de heroína, yo sabía en mi corazón que era demasiado. Sabía que su esquelético cuerpo no podía soportar otra tan pronto, que su corazón que apenas latía fallaría el momento en que la heroína lo tocara.

Sabía que...

—Sarai, cariño —me susurró mi madre al oído; su olor corporal, mezclado con fuerte perfume y cigarrillos, me atragantó mientras ella yacía junto a mí en la cama sucia—. Me perdonas, ¿verdad? Nunca quise que nada de esto sucediera. Yo solo... no pensaba con claridad. —Vi la parte blanca de sus ojos brevemente en la oscuridad mientras la heroína comenzaba a nadar a través de su torrente sanguíneo. Ella sonrió con euforia, como si hubiera tocado el Rostro de Dios. Dejé la aguja en la bandeja a los pies de la cama.

—Está bien, mamá —susurré, y aflojé el torniquete de su brazo nervudo—. Te perdono...

Me obligo a regresar al presente.

Y miro directamente a los ojos de Dina.

—Al menos tú tienes el valor de pedírmelo —le digo, el recuerdo persistente en la periferia de mi mente, y mi corazón.

Le beso la mano.

—¿Tocarás el piano para mí, pequeña?

—Por supuesto que sí, mamá. Por supuesto que lo haré...

VEINTE

Victor

Traducido por Osbeidy

Corregido por Souless

Mi cuartel en Boston era perfecto. Estaba escondido a simple vista, localizado en el corazón de la ciudad, construido solo con los niveles suficientes y habitaciones para todas mis necesidades y mi personal; por no hablar, de que, previamente siendo un centro de detención juvenil, estaba equipado por celdas que cumplieron más que la parte justa de su propósito desde su construcción aquí.

Perfecto.

Sin embargo, no es tan perfecto después de todo.

Era, en cierto sentido, una fantasía creer incluso por un momento que podía permanecer en el mismo lugar por mucho tiempo, mucho menos ejecutar una creciente organización clandestina de mi propiedad aquí, sin la inminente amenaza de La Orden entrando y hundiéndome, y a todo el mundo en ella.

Vacío.

Esa es la única palabra para describir mi santuario perfecto ahora. Había sido limpiado y renovado de cada puntada de mobiliario, cada pintura, cada arma, cada bala, muestra de sangre y el ordenador. Pero lo más notable, el zumbido de mis agentes espías, asesinos, guardias, había sido silenciado, dejando las paredes del edificio para susurrar las cosas a las que habían sido sometidas. Casi puedo escucharlos, hablándose uno a otro.

Hay un eco en lo que una vez fue mi oficina con vista a la ciudad; todo produce un eco ahora que no hay nada en ella para amortiguar el sonido. En este día el eco proviene de la calle de los zapatos Gusstavson moviéndose sobre el piso detrás de mí cuando entran a la habitación.

—Estoy aquí, Faust.

Estoy de pie en la ventana enrejada, mis manos cruzadas delante de mí y disfruto de la vista de la ciudad a través del cristal empañado: El día en su transición hacia la noche, el tráfico disminuyendo cuando los últimos minutos de la hora punta se desvanecen en los relojes de más de seiscientos mil habitantes, el ajeteo de los bostonianos viviendo sus vidas sin saber nada de las actividades ilegales, más allá de la delincuencia habitual, que se desarrolla afuera en torno a todos ellos diariamente.

—¿Querías verme?

Aún de espaldas a él, asiento.

Después de un momento me aparto de la ventana para enfrentarlo.

—Te ofrecería una silla —separando mis manos hago un gesto hacia la habitación vacía—, pero como puedes ver...

—Estoy bien de pie.

Asiento de nuevo.

—No podemos operar a la intemperie por más tiempo —empiezo—. No hasta que llevemos abajo a La Orden, y no podemos lograr eso hasta que cubramos con humo el verdadero Vonnegut. —Camino hacia él, mis manos dobladas de nuevo frente a mí, y luego me detuve—. Fue un error gastar incluso una fracción de mi tiempo y recursos en cualquier misión que no fue directamente, o indirectamente, implicada en tomar fuera de Vonnegut. Eso cambia hoy, pero no te preocupes, vas a seguir trabajando estrechamente con el gobierno en la captura de asesinos en serie.

—Aprecio eso —dijo Gusstavson, aliviado—, pero ¿no estás haciendo exactamente eso que dijiste que no íbamos a hacer?

—No —contesté—. Trabajando cercanamente con ellos nos está moviendo indirectamente hacia Vonnegut. Ellos lo quieren casi tanto como yo; ellos tienen como ya sabes, los recursos y la información que yo no tengo y necesito mucho. Continuaras como estás, pero como siempre, mantén los ojos y los oídos abiertos; infórmame cualquier cosa, por pequeña que sea, que tenga que ver con Vonnegut, La Orden o cualquier persona que sea parte de ella, directa o indirectamente.

—Bueno, pero ¿qué pasa con todos los demás? —pregunta—. Niklas, Nora, incluso James, Woodard, por no mencionar a Izabel. —Obviamente está muy interesado, e incluso un poco ansioso, por saber todo lo que pueda de

Izabel. Por lo que sé, todavía no ha hablado con ella desde Artemis. A Gustavson tanto como a todos los demás, estoy seguro, les gustaría saber qué va a ser de ella, ya sea fuera o dentro de mi Orden.

El único problema es... a mí también.

Kelsser permanecerá asociado con Osiris Stone. La única misión más importante para mí que Vonnegut, es la búsqueda de Artemis y Apollo, y no hay nada mejor que Osiris y Hestia para hacer eso. Es un trabajo exterior, y ellos no son miembros de mi Orden, pero, aun así, Kelsser estará trabajando indirectamente sobre la misión Vonnegut, manteniendo *sus* ojos y oídos abiertos con ellos.

—¿Crees que Osiris Stone esté involucrada con La Orden de alguna manera? —pregunta Gustavson.

—No es probable, pero es posible. No me puedo arriesgar a dejar *alguna* piedra sin mover, ya no. Lo admito, me parece un tanto peculiar que los miembros de la Orden de Vonnegut son los que nos encontraron en Venezuela, en el mismo período de tiempo que Artemis y Apollo lo hicieron. También admito, que como ya he dicho, no es probable que los hermanos Stone tengan algo más que ver con La Orden que el trato de Osiris con ellos hace quince años. Simplemente estoy cubriendo todas mis bases, sin embargo, al mismo tiempo, haciendo lo que sea necesario para encontrar a Apollo y Artemis para que puedan ser adecuadamente... castigados por lo que han hecho. — Suavemente crujo mi cuello, y trueno mi mandíbula, una distracción que he encontrado recientemente, ayuda a calmar mi cegador enojo, mi necesidad de venganza. Nunca he experimentado tales sentimientos de rabia abrumadora. Nunca me he sentado solo, mirado a las cuatro paredes, imaginando una escena tan sangrienta y tortuosa que podría ser tomada de la mente del mismo Gustavson.

—¿Y Niklas? —dice Gustavson.

—Mi hermano...

—Está presente —interrumpe Niklas—. Puedes hablar sobre mí conmigo aquí.

No esperaba verlo, todavía no estamos en términos de hablar, sin duda no fuera de nuestros puestos de trabajo. Hice extender una invitación para esta reunión a Niklas ayer, pero teniendo en cuenta que su respuesta fue "*Tengo que*

masturbarme en este momento, pero gracias de todos modos". Este es el último lugar en el que esperaba verlo.

James Woodard entro en la habitación segundos después.

—Siento llegar tarde —dice con nerviosismo.

Miro a cada persona en la habitación, uno por uno, comprobando sus nombres en mi cabeza; Gusstavson, Woodard, y, por último, mi hermano. Se siente increíblemente incompleto. Pero la ausencia de Kelsser no tiene nada que ver con esa situación. No tener a Izabel aquí me está afectando más de lo que jamás hubiera imaginado.

Trago, levanto mi barbilla y vuelvo a los asuntos que nos interesan.

—Hasta que Vonnegut sea erradicado, y yo esté en control de La Orden, nosotros seremos dispersados y divididos como una organización a partir de este día en adelante. Vamos a estar en contacto uno con otro a través de medios seguros, pero nos vamos a ver un poco o nada el uno al otro durante bastante tiempo. Muchos de nosotros en un solo lugar es un riesgo demasiado grande, como ahora mismo, por ejemplo. Si uno de nosotros es capturado o asesinado, *todos* lo seremos, y será el fin. —Miro a Gusstavson—. Continuaras con tu misión actual, como lo discutimos, pero tú —miro a los otros—, al igual que todos los demás, abandonarán sus residencias actuales, incluso las ciudades, y se establecerán en otra parte. Tendrán que mantener un perfil bajo o mezclarse con la sociedad y ser una parte más de ella. O quedarse fuera por completo.

—¿Qué pasa con todos los demás? —Habla Gusstavson—. Los doscientos reclutados que tienes trabajando para ti.

—Se quedarán en la oscuridad —anuncio—, solo ustedes tres de pie en esta sala y Kelsser actualmente en el campo han sido informados de algo. Todos los demás continuaran como están. Pero todos ustedes están cortando la comunicación con ellos hasta que yo diga lo contrario.

—¿Y que si alguien tiene información importante de Vonnegut? —pregunta Woodard—. Stiles y McNamara en la segunda división han estado trabajo en su misión por un año.

—¿Es esa *realmente* la puta pregunta que necesita ser contestada aquí? —corta Niklas, mira hacia mí, enojado. Resplandor censurable en sus ojos—. ¿También tienes planes de sacar a Izzy de la oscuridad? Sabes, creo que la única cosa correcta que hacer, es decirnos lo que ocurrió en Venezuela, lo que ocurrió

exactamente con Izabel, y lo que propones hacer para mantenerla a salvo. Sé que es tu mujer, pero absoluta jodida francamente, no eres el único aquí quien se preocupa por ella.

Doy un paso hacia adelante, dentro del espacio de mi hermano, y estoy cara a cara con él. Crujo mi cuello:

—Izabel no es de tu incumbencia, hermano.

Niklas aprieta los dientes, y sus fosas nasales se ensanchan mientras inhala un respiro.

Tenso mi mandíbula.

—Eres la razón —dice fríamente—. Ella casi murió, *hermano*.

—No hay tiempo para esto —dice Gusstavson, entonces me mira y dice con respeto—. Niklas puede haber ido de la manera equivocada, pero eso no hace lo que dijo menos cierto, no eres el único que se preocupa por ella. Todo lo que queremos saber, Victor, es lo que estás dispuesto a decirnos, además tomando en cuenta las circunstancias de La Orden, que es bastante importante en mi humilde opinión, ya que sabemos que La Orden le salvo la vida a Izabel y la puso en libertad, tenemos derecho a saber cuánto saben y lo cerca que estaban, o está, de hundirnos. Es la razón por la que ahora vamos a estar dispersos y divididos ¿verdad?

Satisfecho con la aportación de Gusstavson, Niklas da un paso hacia atrás ofendido. Yo hago lo mismo, no deseo avanzar con esta pelea con mi hermano.

—Me gustaría saber tanto como todos los demás —dice Izabel desde la entrada.

VEINTIUNO

Victor

Traducido por Flochi y Gigi D

Corregido por Simoriah

Cuatro cabezas se giran al unísono hacia ella; con dificultad, logro refrenar el entusiasmo creciendo en mi corazón.

—Izabel —digo, y por un momento más largo del que tenía pensado, es *todo* lo que puedo decir.

Ella lleva una ajustada falda negra que abraza sus curvas ajustadamente, un par de tacones negros y una blusa de seda negra, complemente abotonada hasta la mitad de su garganta; una delgada bufanda negra envuelta en la mitad superior, ocultando perfectamente la herida de su cuello. Pero ninguna cantidad de tela puede evitar que los ojos de los otros en la sala se fijen en lo mismo que ella parece querer ocultar. Está deslumbrante, como siempre, pero me doy cuenta que hay algo bastante diferente en ella. No es su cabello castaño rojizo oscuro, más corto de lo normal, peinado en ligeros rizos que apenas rozan sus hombros, o la brillante hebilla negra que aparta su flequillo del rostro hacia el lado izquierdo; no son las largas y negras pestañas que parecen rozar majestuosamente su rostro cuando parpadea, o el ligero brillo de sus sonrosadas mejillas. Es el poder en las profundidades de sus ojos, una intrépida necesidad, una oscuridad que nunca más puede entorpecerla o cegarla, pero que siempre será su ventaja; es El Cambio. Y eso me deleita y preocupa por igual.

—Es bueno verte —dice Gustavsson, sonriéndole brillantemente.

Él se dirige hacia ella y la toma en un abrazo, el cual ella corresponde felizmente.

Woodard hace lo mismo, moviéndose con más gracia estos días desde que se decidió a mejorar su salud.

—Y-yo espero que no estés ofendida porque no intenté verte en el hospital —dice él, apartándose—. S-simplemente pensé que podrías querer tiempo a solas.

Ella sonríe débilmente, y niega.

—En lo absoluto —dice, luego mira al resto de nosotros con una silenciosa reprimenda—. De hecho, aprecio el gesto. —Examina a Woodard con una curiosa e impresionada pasada de sus ojos—. Luces bien, James. Estoy orgullosa de ti.

Woodard sonríe frívolamente.

—Aw, gracias, Izabel. —Se palmea el estómago—. Ya perdí ocho kilos y medio.

Isabel sonríe, callada.

Luego vuelve su atención hacia Niklas; camina hacia él. Yo, y Niklas, a juzgar por la mirada de expectativa en su rostro, piensa que ella le va a decir algo, pero pasa junto a él y en cambio, viene hacia mí.

—¿Todavía no les has dicho? —pregunta.

Me detengo, pensando.

—¿Decirles qué?

Ella vuelve a mirar a todo el mundo, y luego sus ojos caen en mí.

—Sobre la recompensa por mi cabeza.

—No —digo—. Pero planeaba hacerlo.

—¿Qué *hay* con la recompensa? —dice Niklas, acercándose más—. Ya sabíamos que había una... *todos* tenemos recompensas por sus cabezas.

—Sí —digo—. Pero las cosas se han puesto un poco más complicadas.

—¿Cómo? —pregunta Gustavsson.

Niklas entrecierra sus ojos, se mordisquea el interior de la boca; nunca me acostumbraré a mi hermano mirándome de esa manera, como si todo fuese mi culpa, como si yo fuese el Diablo en traje.

Quizás sea así. Quizás lo soy.

Los dejo a todos, Izabel incluida, y me dirijo nuevamente hacia la ventana. Puedo sentir los ojos de todos sobre mí, la anticipación, la impaciencia, y el resentimiento de mi hermano.

Inhalo profundamente, y cruzo las manos frente a mí una vez más.

—Les contaré todo sobre la recompensa, las sorprendentes y... preocupantes posibilidades en torno a ésta. Pero primero, les contaré cómo la vida de Izabel fue salvada.

No tengo que pensar mucho en esa noche para recordar; nunca la olvidaré mientras tenga aire en mis pulmones.

Venezuela...

Balas rasgaban el aire; pude oírlas, pero solamente en mi subconsciente; pude oír botas golpeando las piedras en rápida sucesión; el fuego de otra arma explotando en mis oídos. Vi cuerpos cayendo alrededor de mi jaula. Pero no me moví. Ni parpadeé. Ni me estremecí cuando una bala pasó volando a mi lado y abolló la barra de la celda a centímetros de mi cabeza; me decepcionó que fallara.

Más disparos sonaron, haciéndose eco de las altas paredes de piedra del edificio.

—¡La llave! —Oí a alguien gritar—. Victor, ¿dónde está la llave?

Sin embargo, no pude encontrar la voluntad para moverme o comprender... ¿qué llave? ¿Quién era esta mujer que me gritaba por una llave? Yo estaba sentado en el suelo con Izabel en mis brazos; estábamos cubiertos de sangre, pero... pensé... que era mayormente de ella.

—¡Victor! —gritó la voz de un hombre esta vez—. Tenemos que saber dónde está la llave. Despiálte, hombre o ella va a morir. Y no puedo permitirlo.

Parpadeé, y alcé mis ojos para ubicar un rostro con la conocida voz; Brant Morrison, mi mentor de La Orden. Supe que debería estar preocupado porque él estuviese aquí, pero no lo estaba. *Llévame si debes, Morrison, sácame de mi miseria si me vas a conceder un deseo de muerte, pero hazlo rápidamente.*

—¡La llave! ¿DÓNDE ESTÁ LA LLAVE? —gritó.

Me tomó un momento comprender, sacar la mente del ahogante mar de mi desesperación, pero finalmente respondí ausentemente.

—... Artemis.... Ella tiene la llave.

La mujer, algo me resultaba conocido sobre ella, se agachó frente a la cerradura de la puerta de la jaula. Puso su arma en el suelo junto a ella y sacó una ganzúa de su bota.

—¿Ella sigue con vida, Victor? —preguntó Morrison.

Bajé la mirada de manera incierta hacia Izabel; saqué un brazo de alrededor de ella y llevé los dedos a su nariz, buscando sentir aire saliendo de sus fosas nasales. Al menos pensé que eso era lo que estaba haciendo... no lo sabía; sentía que estaba en otra parte, muy lejos de allí, pero todavía podía escuchar, ver y sentirlo todo. Mi otra mano permaneció ajustada en el costado del cuello de Izabel, intentando controlar el flujo de sangre; en alguna parte en lo profundo de mi aturdida mente todavía intentaba salvarla, aunque en mi corazón sabía que ella estaba muerta.

151

—Debí hacerlo yo mismo —digo distraídamente, sin mirar a nadie—. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo... debería haberla salvado de todo esto.

—Despábilate, hombre —me dijo Morrison una vez más—. Si todavía está viva, todavía hay tiempo de ayudarla.

Ahora lo miré directamente, y por primera vez desde que él entró al edificio, fui plenamente consciente de su presencia. Pero no me importó en lo más mínimo que él estuviera allí, ni quién era ni qué planeaba hacer conmigo.

—La quiero muerta —dije en voz alta para mí mismo sobre Artemis, los dientes apretados en mi boca reseca—. A ambos... ¡los mataré a ambos!

—Cálmate —dijo Morrison; señaló a Izabel—. Victor, mantén presión sobre la herida.

Rápidamente me di cuenta de mi error y devolví la mano a su cuello; su sangre me cubría, resbaladiza, cálida y final.

Finalmente, la mujer extrañamente conocida abrió la cerradura de la jaula y abrió la puerta; se lanzó dentro de la celda; ni siquiera lo noté hasta después que ella revisara la muñeca de Izabel buscando un pulso.

—Está viva... Brant, tenemos que llevarla al hospital más cercano; no logrará llegar a la Casa Segura. —Le hizo un gesto con la mano—. ¡De prisa!

Morrison entró corriendo a la celda y se agachó ante mí; estiró las manos para llevarse a Izabel; inmediatamente mi asidero alrededor de ella se apretó, y la acerqué más; no iban a llevársela a ningún lado.

—Si quieres que viva —dijo Morrison—. Vas a tener que despabilarte y permitir que nos la llevemos.

—¡Mantén las manos lejos de ella! —grité, acercando más a Izabel—. Sé que me quieren, para llevarme de regreso a La Orden... ¡lo sé! ¡Pero dejen a Izabel fuera de esto! ¡La dejaré morir antes de permitir que se la lleven!

Morrison negó, y luego dejó su arma en el suelo; alzó las manos, enfrentándome.

—Escúchame, Victor —dijo—. No voy a lastimarla. Solo quiero que reciba ayuda.

—¡Mierda!

—No hay tiempo para esto —dijo la mujer.

Morrison volvió a estirarse hacia Izabel.

—Ódiame todo lo que quieras, Victor —dijo—. Pero ahora mismo tenemos que llevarla a un hospital o va a morir. ¿Entiendes lo que intento decirte? Piénsalo... si la quisiera muerta, la dejaría yacer ahí y que se desangrase. Si te quisiera muerto a *ti*, ya te habría disparado.

La mujer se agachó frente a mí junto a Morrison, mirándome con intensidad. No entendí cuál era la expresión en sus ojos, pero por algún motivo, sentí que debía confiar en ella; ella *quería* que confiara en ella.

—Victor —dijo ella, con cuidado, concentrada en sostener mi mirada—. Te juro que lo único que quiero hacer es salvarla. Sé que no puedo hacer que me creas, pero no tienes otra opción. Ella viene conmigo, o muere. —Se inclinó más cerca; ¿cuál es esa mirada? *Confía en mí, Victor*, parecía que transmitía. *Estoy aquí para ayudarte*. Encubiertamente, sin mover la cabeza, desvió los ojos hacia Morrison, luego rápidamente de regreso a mí. *Quizás él no, pero yo sí. Por favor, confía en mí...*

Bajé la mirada a Izabel en mis brazos, luego renuientemente de nuevo a la mujer. Desesperado, sabiendo que ella tenía razón al menos sobre no tener otra opción, cedí.

—Llévala. Pero solo tú. ¡Él no la toca! Apresúrate —dije, y dejé ir a Izabel.

Morrison asintió hacia la mujer, dándole autorización, y luego ella tomó el flácido cuerpo de Izabel en sus brazos rápida pero cuidadosamente, manteniendo presión sobre la herida con una mano, y se alejó rápidamente en sus botas de tacón bajo, vadeando entre un mar de cadáveres. Seguí mirando las puertas mucho después de que hubieran desaparecido.

El sonido de unas esposas siendo cerradas me trajo de regreso a la amenaza inminente: Brant Morrison, un veterano de alto rango operativo de La Orden, quien sabía que estaba aquí para aprehenderme. Apretando el puño, llevé la mano hacia atrás enojado, y la esposa alrededor de la muñeca resonó y raspó la barra.

—¿Por qué salvarla? —le pregunté a Morrison sobre Izabel—. ¿Vale más viva? —Sentía la calidez de la sangre de Izabel sobre todo mi cuerpo, empapando mis pantalones, hasta los huesos; tragué con fuerza e intenté no pensar en eso, en ella, y en si esa mujer podría llevarla a un hospital a tiempo. Si siquiera lo intentaría.

Morrison se puso de pie, cerniéndose sobre mí; su rostro barbado se estiró en una sonrisa mientras yo levantaba la cabeza para mirarlo.

—La mayoría de ustedes —respondió—. Tú. Fleischer. Gustavsson; todos valen el doble vivos que tú vales muerto. —Su sonrisa creció, e hizo una pausa, estudiándome, y dijo—: Pero la chica. —Rió entre dientes—. El precio sobre su cabeza es probablemente más alto que el de cualquier misión que tú jamás has hecho, Faust.

Sorprendido por su declaración, lo miré, larga y seriamente y con tremenda curiosidad. Pero antes de que yo pudiera preguntar más, Morrison cambió velocidades y pasó a otro tema.

—Siempre supe que no podrías manejarlo —dijo, negando—. Vínculos. Eran tu única debilidad. Siempre lo han sido, Faust, desde el primer día que fuiste traído a La Orden, hasta el día que te rebelaste y la dejaste. Tu madre. Tu hermano. Marina. Artemis. Sarai... —Negó una vez más, una expresión de vergüenza y decepción esparciéndose sobre sus toscas facciones—. Sin embargo, tengo que darte crédito. Intentaste más que cualquier persona que

conozco, para superar la debilidad, o reprimirla al menos, pero al final tuvo más poder sobre ti de lo que tú jamás tendrías sobre ella. Deberías haber nacido dentro de La Orden; si lo hubieras hecho, serías realmente la imparable máquina que todos creen que eres.

Negándome a darle la satisfacción de una patética respuesta, porque él tenía razón, y una respuesta patética era todo lo que tenía, mantuve el contacto visual y dije.

—Entonces, ¿qué estás esperando? ¿Por qué esposarme a las barras, en lugar de entregarme?

Él sonrió escurridizamente.

—Llegaré a eso pronto —dijo—. Pero antes, quiero preguntarte algo. —Se encogió de hombros—. No tienes que responder, por supuesto, pero me da mucha curiosidad, y no pierdo nada intentando. ¿Cierto?

No respondí.

Morrison dejó caer la llave de las esposas en el bolsillo de sus pantalones, deslizó su arma todavía en el suelo detrás de él, y luego se agachó frente a mí una vez más, pero lejos de mi alcance; saltó momentáneamente en las puntas de sus pies.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué nadie en La Orden sabía que Niklas Fleischer y tú eran medio hermanos? —Giró una muñeca—. Quiero decir, seguramente tenía que ser una pregunta que picaba en tu mente.

Aun así, no respondí.

La boca de Morrison se alzó en una comisura, y me miró de reojo.

—Oh, vamos Faust, solo sé honesto y dime que lo pensaste, pero nunca lograste descifrarlo completamente... no hay vergüenza en la verdad. —Cuando aun así no consiguió la respuesta que buscaba de mí, suspiró y se puso de pie—. Todos nosotros lo sabemos, *tú* sabes, nada en La Orden es jamás como parece. Por supuesto, tú, estando más alto en el pedestal de Vonnegut que cualquier otro operativo en la historia, tenías todos los motivos para creer que todo lo que pensabas que sabías era exactamente como lo conocías. Pero no eres estúpido, Victor... tú eres probablemente el hombre más inteligente que jamás haya conocido. Y sabes muy bien, en algún lugar dentro de esa metódica cabeza tuya. —Señaló su propia cabeza—. Que de ninguna manera tu hermano y tú lograran atravesar la más sofisticada organización de espionaje y asesinato del

mundo, volando bajo el radar de quienes la construyeron, sin que ellos jamás supieran de su parentesco.

—¿Por qué me dices esto? —pregunté, aunque ya sabía que no me lo diría.

Morrison se encogió de hombros.

—Era solo una pregunta, como te dije.

—Tú mismo dijiste que no soy estúpido Morrison, así que no insultes mi inteligencia rodeando el tema con comentarios crípticos.

Sonrió; el blanco amarillento de sus dientes apenas visible bajo sus labios. Pero como esperaba, él no tenía planes de aliviar la doliente curiosidad en mí.

—Tengo una pregunta para *ti* —dije, cambiando los papeles.

—Pregunta. —Hizo un gesto con la mano derecha, haciéndola girar en la muñeca.

—¿Qué tan enamorado estabas de Marina Torre antes de que la ahorcara hasta morir?

La sonrisa se desvaneció de su rostro, y dejó de parpadear.

VEINTIDÓS

Victor

Traducido por LizC

Corregido por Souless

Morrison giró su barbilla; utilizó una fría sonrisa para ocultar la animosidad.

—Escuchaste a Marina esa noche —empecé a decir—, cuando me contó la historia de cuándo y cómo te conoció. Pero cuando después de un tiempo ella no devolvió el afecto, al igual que cualquier psicópata desquiciado con habilidades de persona subdesarrollados, la rechazaste, comenzaste a amenazarla, golpearla, todo para mantenerla a raya y bajo tu pulgar.

La piel alrededor de la nariz de Morrison se arrugó; apretó los dientes detrás de sus labios cerrados. Me quería matar, pero no podía. Yo valía demasiado.

—No tenía ni idea acerca de tus sentimientos por Marina entonces, pero lo descubrí más tarde, después de la noche que corté la garganta de Artemis. — Ahora de rodillas, me empujé hacia él, tan lejos como pude, para que así pudiera ver la mirada en mis ojos; las esposas se sacudieron contra la barra; el cuchillo debajo de mi pierna, cubierto por la tela de mis pantalones, tan silencioso como mi intención de usarlo—. Tú, Brant Morrison, eres igual que yo; eres tan culpable como yo; eres tan patético y débil como nunca lo he sido, afectado por los mismos *lazos* de los que me acusas. Sospecho que Marina fue la primera de muchas mujeres con las que confundiste obsesión por amor, y que Marina fue la primera de muchas que se negaron.

Pequeños puntos como confeti surgieron ante mis ojos como fuegos artificiales reventando en un cielo negro; caí hacia atrás contra los barrotes; el lado izquierdo de mi rostro latía y pulsaba. En los tres segundos que tardó el

aturdimiento en desaparecer, todavía era capaz de mantener el cuchillo oculto bajo mi pantalón.

Abrí los ojos, me sacudí los remanentes del golpe; Morrison estaba a mi lado. Justo donde lo necesitaba. *Paciencia, Victor, me dije. No lo mates todavía, o las respuestas mueren con él.* Sabía que no sería mi única oportunidad de conseguir que se acerque si se movía fuera de mi alcance, mi plan para sacudirlo suficiente y conseguir que esté tan cerca como ahora, trabajó más rápido de lo que pensé que lo haría, por lo tanto, funcionaría de nuevo.

—No se trata de mí —dijo, indignado.

—No —respondí—, no lo es. Sin embargo, se trata en *parte*. Todo está conectado... todos estamos conectados de alguna manera; ¿cierto, Morrison?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó.

—No sé —respondí, dándole una exhaustiva mirada de las mías—. Fue solo una pregunta. —Sonreí.

Resopló, y luego dio un paso fuera de mi alcance otra vez; afortunadamente, no porque se diera cuenta que estaba demasiado cerca, la expresión nublada de ira y perplejidad en su rostro me decía que su mente estaba en cualquier lugar menos donde debería haber estado. Apenas tuve tiempo de preguntarme cómo este hombre pudo haber sido el que me entrenó; ¿cómo podría haber resultado como lo hice, cuando él estaba fallando todas las pruebas que le ponía? ¿Estaba simplemente envejeciendo, olvidando las más básicas de las habilidades? ¿O el estudiante había trascendido al maestro? *Oh, es cierto*, pensé con aire de suficiencia, *lo trascendí hace mucho tiempo.*

—Querías decirme algo, Morrison. No habrías sacado el tema si no hubiera algo que estuvieras muriendo por decir. Supongo que es algo que has querido decirme por un tiempo muy largo.

—Ah, ¿sí? —dijo, con sarcasmo—. ¿Y qué te hace pensar eso?

Asentí.

—Porque los celos y la envidia son trajes baratos hechos de colores llamativos —dije—. *Nadie* los usa bien, y todo el mundo te ve cuando te acercas.

Se puso en cuclillas en su traje llamativo para estar al nivel de mis ojos, aún fuera de mi alcance.

—Adelante —instó, ladeando la cabeza hacia un lado—. Dime lo que crees que sabes, Faust.

Incliné mi cabeza opuesta a él.

—Pasaste una gran cantidad de tiempo y esfuerzo hablando conmigo sobre mí y mi relación oculta con mi hermano en La Orden... apuesto a que lo practicaste frente a un espejo —el gruñó, pero mantuvo la calma—. Estás en guerra contigo mismo: Quieres decirme algo que no sé, que sientes que debería haber averiguado a estas alturas, de modo que puedas sentir como si finalmente tienes algo contra mí, que, por una vez en tu vida, eres mejor que yo en algo. Pero no puedes, porque todavía trabajas para La Orden. Ahora eres el nuevo chico de oro de Vonnegut, su principal operativo, según lo último que escuché, de todos modos. Ahora eres lo que yo solía ser. Ahora tienes lo que crees que te han robado de cuando me entrenaste.

La mandíbula de Morrison se endureció.

Me encogí de hombros, apreté los labios a un lado.

—No eres el primer operativo bajo Vonnegut —continué—, quien me despreció porque era mejor en mi trabajo de lo que tú fuiste; porque Vonnegut me favoreció sobre ti. —Enderecé mi cabeza, lo miré directamente a los ojos, burlándome de él, porque estaba funcionando muy bien—. Mi hermano tuvo sus problemas conmigo por las mismas razones. Pero me resulta curioso cuán mucho más profundo van tus celos... al menos Niklas lo superó.

Su mano se enganchó alrededor de mi garganta, casi aplastando mi tráquea. Sentí las venas de mis sienes abultarse; el aire salir de mis pulmones, sonando las alarmas dentro de mi cerebro. Pero mantuve mi posición inmóvil en el suelo, y ordené a mi mente a permitir el control, aunque solo sea por unos segundos antes de que tuviera que sucumbir a la sensación de ser estrangulado hasta la muerte.

—Di lo que querías decir, Morrison. —Mi voz suena áspera, tensa.

Él apretó más fuerte; mis ojos empezaron a humedecerse.

—Adelante —continué—. Dilo. Quieres hacerlo... podrías... —estaba perdiendo el control; empecé a ahogarme—... podrías sacarlo de tu... pecho y entonces matarme... después de hacerlo. ¿Es... sobre mí, por no valer la pena el... dinero que perderías?

Más allá de la confusión de mi visión vi sus labios surcarse de ira.

Iba a hacerlo, él me iba a ahogar hasta morir justo como yo ahogué a Marina; iba a morir, allí mismo, cubierto de la sangre de Izabel.

Con la mano libre, tomé en secreto el cuchillo escondido debajo de mi pierna.

No podría ver.

No podía respirar.

No podía... *necesitaba* la información.

Mis ojos se abrieron y cerraron, abrieron y cerraron, pero todo lo que podían ver era los colores oscureciendo y luces; las venas de mis sienes estaban a punto de estallar.

Si no lo mataba pronto, me mataría.

Izabel. ¿Y si ella todavía está viva?

¡A la mierda la información!

Agarrando el cuchillo en mi puño, empecé a empuñarlo, pero justo antes de que deslizara mi mano por debajo de mi pierna, me soltó; la parte posterior de mi cabeza quedó aplastada contra las barras, enviando una descarga a través de mi cráneo y un zumbido en mis oídos; una gran oleada de aire se precipitó de nuevo en mis pulmones hambriento. Tosí y jadeé, dejé el cuchillo en su lugar e instintivamente levanté la mano libre a mi garganta.

Mis ojos se abrieron un poco en un primer momento, y luego todo el camino; a pesar de que podía ver, todo permanecía borroso. Morrison estaba fuera de mi alcance otra vez; estaba de pie, caminando por el limitado espacio que proporcionaba el piso.

Finalmente, todo regresó de nuevo a la vista.

Vi la garganta de Morrison moviéndose a medida que tragaba con brusquedad. Estiró las manos y se ajustó la corbata, luego las pasó por la parte frontal de la chaqueta de su traje. Giró su barbilla. Relajó el cuello.

—El dinero que vales con vida —dijo—, me va a beneficiar más que la satisfacción.

—Tal vez sea así —dije, todavía sin aliento—, pero tendrás que pasar por mí antes de ver un centavo. —Agarré el cuchillo con mi temida mano a media marcha, y lo envié lanzando hacia él. Y en ese segundo que tardó en dar en el

blanco, contuve la respiración esperando que mi puntería hubiera mejorado con los años.



—Y asumo —dice Izabel—, que debido a que aún estamos vivos, ¿tu puntería mejoró?

Quiero sonreírle, sobre todo porque estoy feliz de verla aquí, pero me abstengo.

Asiento.

—Sí —le digo—. No le llevó mucho tiempo desangrarse por el cuello. Esperé a que muriera. Me senté allí, empapado en sangre y sudor, pensando en ti... —miro a Izabel directo a los ojos, pero luego con la misma rapidez, aparto la vista—... y una vez que estaba muerto, arrastré su cuerpo por el tobillo hacia mí y saqué la llave de las esposas de su bolsillo. Tomé su arma, y me fui.

—Pero ¿qué hay de la recompensa de Izabel? —dice Niklas, como si abogara por ella.

160

Atrás, hermano menor, o tú y yo tendremos mucho más en nuestra creciente lista de problemas.

—Esa información llegó más tarde —digo en voz alta—, después que me fuera en busca de Izabel y la mujer que se la llevó. Mientras corría por la calle, descalzo y ensangrentado, empecé a dudar que se pudiera confiar en la mujer, que, en mi momento más desesperado, caí en el más básico de los trucos, y que no había manera que realmente llevara a Izabel a un hospital público para recibir tratamiento.

Hago una pausa, y me vuelvo a la ventana una vez más.

—Pero lo hizo —digo, mirando a lo lejos, dejando que la escena se materialice delante de mí—. Y cuando llegué, y vi que Izabel, aunque inconsciente y cerca de la muerte, todavía estaba viva, y cuando vi a la mujer sentada en la sala de observación con ella, no solo estuve agradecido, sino que de alguna manera lo supe de inmediato, que estaba mirando directamente a un espejo.

—¿Un espejo? —pregunta Niklas.



Behind the Hands That Kill

—Sí, hermano —digo, todavía de espaldas a todo el mundo—. Un espejo.

VEINTITRÉS

Victor

Traducido por Martinafab y Osbeidy

Corregido por Souless

Venezuela...

162

No sabía cuánto tiempo había estado con Morrison antes de matarlo y me soltara, o el tiempo que me llevó encontrar el hospital, pero para cuando llegué, Izabel acababa de salir de la operación.

—¡Señor! ¡Señor! ¡No puede entrar ahí! —me gritó una enfermera en español. Y cuando entró en la habitación detrás de mí, vio la extensión de sangre en mi ropa, retrocedió al instante.

Dos enfermeras más se precipitaron dentro; me echaron un vistazo, ojos muy abiertos y entradas en pánico, y, o bien pensaban que yo mismo necesitaba un médico, o yo era el que le cortó la garganta a Izabel.

La mujer que había traído a Izabel al hospital, se levantó de la silla como un disparo.

—Está bien —ella también habló en español, haciendo gestos con las manos—, él no es el hombre que hizo esto; es su marido; también fue atacado.

Los ojos de la enfermera se movían entre yo, la mujer, e Izabel acostada en la cama.

Las ignoré y fui rápidamente a la cabecera de la cama.

La policía estaba allí en menos de cinco minutos, y mientras estaba sentado con Izabel, sosteniendo su mano, la mujer hizo la mayor parte de la conversación, reiterando lo que aparentemente les había dicho cuando llegó

por primera vez sin mí. Después de que me hicieran preguntas, y les dijera lo que pasó (una invención, por supuesto) nos dejaron solos.

Me quedé con Izabel durante un largo tiempo antes de que saliera al pasillo y me senté junto a la joven que parecía estar a mitad de sus veinte años, pero me daba la sensación de que era un poco mayor. Tenía un cabello castaño suave que caía sobre pechos, ojos brillantes de color azul verdoso, y pecas salpicándole el puente de la nariz.

El hospital estaba extrañamente tranquilo; podía oír vagamente las suelas de goma de la enfermera chirriando contra el suelo, y un teclado de ordenador siendo pulsado, y una máquina de soporte vital, la máquina de soporte vital de Izabel, sonando de manera constante desde la puerta entreabierta de su habitación.

Estaba sentado con la espalda encorvada hacia delante, mis antebrazos en la parte superior de mis piernas; mis pies todavía estaban desnudos, y mi mano lesionada estaba envuelta en una tela ensangrentada. La mujer junto a mí estaba sentada con la parte posterior de su cabeza apoyada contra la pared de ladrillo blanco. El banco debajo de nosotros estaba hecho de madera; podía oler claramente la pintura negra con la que había sido recubierto en el pasado.

163

—Si ella es tan dura como todo el mundo dice que es, va a...

—¿Quién eres? —la interrumpí; no la miraba.

La oí suspirar. Ella comenzó a ajustar su posición a mi lado en el banco; colocó sus manos cruzadas sobre su regazo.

Finalmente, respondió:

—Mi nombre es Naeva. Aunque es posible que me recuerdes como la pequeña niña de cabello rubio que siempre trataba de jugar contigo y Niklas cuando éramos niños. Niklas me golpeó en el rostro con una serpiente muerta una vez. Y tú...

—Le quité la serpiente y le obligué a metérsela en la boca —terminé.

La miré, y Naeva, mi hermana pequeña, sonrió.

También sonreí. Pero cortamente. Izabel, aferrándose a la vida en el otro lado de la puerta solo a unos metros de mí, controlaba todas mis emociones.

—Tu cabello está diferente —le dije—. Solía ser blanco.

—Crecí —dijo—. Y resultó ser marrón. Como el tuyo.

Asentí.

Después de mucho tiempo, preguntó:

—¿Está muerto?

—¿Brant Morrison?

—Sí.

Asentí de nuevo.

—Sí. Él está muerto. —Entonces la miré brevemente—. ¿Eso te molesta?
—Esperaba que dijera que no.

Negó.

—Para nada; en realidad, me siento aliviada.

El silencio se prolongó durante otro período.

Suspiré.

Naeva suspiró.

164

Había muchas preguntas que tanto ella como yo queríamos, *necesitábamos*, preguntar el uno al otro: Nuestra separación como niños; dónde habíamos estado todos estos años; qué tipo de vida fuera de La Orden habíamos vivido, experimentado y compartido con otros; cuánto tiempo había estado en La Orden; cómo terminó allí en primer lugar; quién la crió después de que mataran a nuestra madre; si ella me perdonó por haber matado a nuestro padre. Pero este no era ni el momento ni el lugar para abrir ese libro. Había otras preguntas más importantes que necesitaban respuestas inmediatas, y por eso le hablé, no como mi hermana perdida hace mucho tiempo, sino como cualquier otra joven que podría ser capaz de decirme lo que necesitaba saber.

—Morrison dijo que la recompensa por Izabel es aún mayor que la mía.
¿Puedes decirme por qué?

Naeva me miró y negó con tristeza.

—No sé, Victor —admitió—. Todo lo que sé es que al igual que tú y Niklas, Izabel ha de ser traída con vida, y sin daño alguno.

—¿Cuánto es su recompensa?

—Cuarenta millones de dólares.

Parpadeé, aturdido en silencio. *¿Cuarenta millones? ¿Cómo es eso posible?* No podía entender por qué La Orden querría tener a Izabel tan desesperadamente, por qué ella era más valiosa para ellos que yo o mi hermano o Gustavsson, todos los cuales rompieron la más sagrada de las leyes. Para La Orden, Izabel solo era una esclava sexual que había escapado de un compuesto de México. ¿O lo era?

Entonces se me ocurrió: *“En el compuesto, o en cualquier lugar donde Javier podría llevar un control sobre ti y controlarte, tú no eras una amenaza para él. Pero ahora que has escapado, eres una amenaza más grande que cualquiera porque sabes demasiado. Probablemente nunca anticipó que te irías. Tú estando viva y libre es una amenaza para toda su operación y cualquier persona involucrada en ella”.*

Pensé en esa conversación reveladora durante mucho tiempo, tratando de recordarla palabra por palabra.

“La información que tienes, no importa lo insignificante que creas que es todo, podría provocar la caída de una gran cantidad de personas de alto nivel”.

Estaba casi convencido que todo era llegar a buen término ahora, esa palabra se divulgó sobre lo que Izabel sabía, después de todo. Pensé que tal vez la recompensa era tan alta debido a que varios clientes de "alto perfil" todos contribuyeron y contrataron a La Orden para encontrarla. Pero, aun así, no tenía sentido para mí por qué, si alguien sostenía todas esas poderosas vidas en las palmas de sus manos, la querrían viva.

Y entonces se me ocurrió algo más.

Giré la cabeza para ver a mi hermana.

—¿Dijiste que a Niklas y a mí también se nos quería vivos? —pregunté.

Ella asintió.

—Sí. Esa es la condición. —Se rió un poco en voz baja, y negó—. Brant no estaba contento cuando se enteró de esto. Él te quería muerto más que nadie, podría haberte matado una vez. Yo estuve ahí; te tenía en la mira de alcance; estuvo a punto de apretar el gatillo. —Suspiró y volvió a mirar delante de ella—. Creo que tal vez lo habría hecho si no le hubiera recordado que, si te mataba, ellos irían detrás de él después. Por un momento, supe que eso no le importaba; que iba a hacerlo de todos modos. Pero en el último segundo, él movió su dedo del gatillo y guardó el rifle. No me habló durante dos días. No habló con *nadie* durante dos días.

Una pregunta que me había estado preguntando desde que me había establecido en Boston y comenzado a realizar visitas por mi cuenta fuera de La Orden, finalmente había sido contestada. ¿Cómo me las había arreglado para mantenerme con vida durante tanto tiempo? Podría haber sido inteligente al respecto, trabajado a la intemperie, pero quedándome fuera de la intemperie; puede que haya cubierto todas mis bases, matado a cualquiera que pareciera sospechoso, excepto Kessler, pero sabía algo sobre estar todavía vivo, era demasiado bueno para ser verdad. Y mientras estaba sentado con mi hermana en el banco, fuera de la habitación en la que la mujer a la que amaba estaba acostada en una cama de hospital, la respuesta había quedado clara para mí. Matarme habría sido más fácil que capturarme, y matarme a mí no era una opción, a pesar de lo que dijo Morrison.

Bueno, casi me tuviste, Morrison, pensé mientras estaba sentado allí, mirando a la pared. Y aunque estaba aliviado de que las cosas no salieran como Morrison quería, estaba decepcionado conmigo mismo porque él se acercara tanto como lo hizo.

—¿Por qué nos ayudas? —le pregunté a Naeva—. No nos conocemos desde que éramos niños; no me debes ninguna lealtad.

166

Sentí su mano tocar la mía, pero no bajé la vista para mirarla.

—Eres mi hermano, Victor —dijo, y luego me apretó la mano—. Y a quién tenemos en este mundo si no tenemos el amor de nuestra familia. —Deslizó su mano—. Tú y Niklas son todo lo que tengo. Haría cualquier cosa por ustedes.

Mire por encima.

—¿Cómo supiste que era tu hermano? ¿Lo sabe La Orden?

Asintió.

—Ellos lo saben. Me enteré después de que fuiste un renegado y Brant comenzó cazándote. Él fue quien me lo dijo.

Más silencio paso entre nosotros y entonces un tiempo después, le pregunté a Naeva:

—¿Qué planeas decirle a La Orden que pasó aquí esta noche?

—Lo averiguaré —dijo—. Por supuesto, tengo que explicar algo sobre por qué Brant está muerto, pero en lo respecta a ti y a Izabel, ya me las arreglaré. Brant sabía que tenía que entregarte, pero mantuvo todo tranquilo, los meses que pasó observándote; sus planes para entregarte una vez que

decidió la mejor manera de hacerlo, nadie sabe nada de esta noche, así que tengo tiempo para averiguarlo. Sabía que, si lo informaba demasiado pronto, todos los ojos estarían en su espalda, todas las respiraciones estarían bajo su cuello.

—Así que nunca lo reportó —dije, entendiendo.

—No, él quería más de ti primero. No solo quería ser el que te entregara, sino que quería usarte para atraer a Niklas y a Fredik Gustavsson, quería información, números, nombres, etc. Brant no solo quería lo que los demás querían, quería lo que los demás se proponían conseguir... *lo quería todo*. Quería que Vonnegut estuviera orgulloso. —Hizo una pausa y luego añadió en voz baja—: Pero quería demasiado...

El cambio en su tono sembró una semilla en mi cabeza.

—¿Estabas involucrada con él, Maeva? —pregunté gentilmente.

Negó con tristeza.

—No —contestó—, pero él fue amable conmigo, me protegió. Me preocupaba por él. Él fue mi maestro, al igual que fue el tuyo.

—Pero me dijiste que estás aliviada de que él esté muerto.

Asintió.

—Y dije la verdad, por mucho que me preocupara por él, él probablemente obtuvo lo que merecía.

Miro hacia adelante a la puerta de la habitación de Izabel, empujando hacia abajo lo que parecía dolor.

—Tengo la esperanza de que ella va a estar bien —dijo momentos después, y con todo mi corazón sabía que estaba siendo sincera—. No la conozco, pero he escuchado hablar mucho de ella y la admiro. Es fuerte. Ella es lo que me esfuerzo en ser cada día. —Había tristeza en su voz, y me encontré con ganas de abrir más ese libro, pero aún estábamos en el mismo lugar y hora. Se sentía extraño para mí, querer llegar a ella para consolarla, para entender a mi hermosa y delicada hermana pequeña, lo que no podía por la imagen de mi vida siendo una línea tan peligrosa de trabajo, esto me *enfureció*. Pero Izabel era mi prioridad, así que lo dejé pasar. Nada me enfurecía más que lo que Artemis le hizo a Izabel.

Naeva se levantó de la banca. Hice lo mismo.

—Debes ir a esconderte, Victor —advirtió—. Demasiados saben dónde estás en Boston, tú y tu gente, Vonnegut no te quiere muerto, pero el largo tiempo que estás en el mismo lugar, será más fácil para alguien encontrar la manera de capturarte.

Yo había sabido eso todo el tiempo, pero tomó a mi hermana reforzándomelo para que tomara la decisión de hacer lo que debía hacer.

Entonces Naeva extendió la mano y arrancó un mechón de cabello de su cabeza, y me lo pasó. Instintivamente sabía para lo que era, nada de comentarios al respecto. Metí el cabello profundamente en el bolsillo de mi pantalón.

Cuando empezó a salir, le pregunté:

—Naeva, ¿alguna vez has visto a Vonnegut?

Me miró como si hubiera preguntado algo ridículo, incluso rió un poco.

—Por supuesto —dijo—. ¿Por qué?

Negué.

—Era solo curiosidad —dije, eligiendo ser vago sobre la verdad. Era evidente para mí, solo por el poco tiempo que hablé con Naeva, que era un agente prescindible, alguien que no sabía nada y probablemente siempre sabría nada. Al igual que yo y muchos otros. Naeva solo *creía* que alguna vez había visto el rostro real de Vonnegut. Y la dejé marcharse esta noche, continuando creyéndolo por su seguridad. Entre menos supiera mejor.



Giré desde la ventana, todo el mundo me estaba mirando, esperando por el resto. Mi hermano como era de esperar, está siendo el más duro, la fría e implacable mirada en su rostro antes estaba ahí por el bienestar de Izabel, ahora se había profundizado para incluir a su hermana.

Niklas nunca preguntó por Naeva, después de que nos llevaron lejos de nuestras familias dentro de La Orden, él hizo como que no se preocupaba por la pequeña de cabello rubio que parecía favorecerme como su hermano.

“¿Por qué debería importarme? ¿Y por qué sigues preguntando?”.

Pero la verdad era que Niklas se preocupaba por lo que le pasaba a Naeva más de lo que alguna vez lo hice.

Y Naeva lo amaba tanto como me amaba, a pesar de lo que él pensaba.

“¿Por qué es Niklas tan duro conmigo?”, Naeva había preguntado el día que él golpeo su rostro con una serpiente muerta

“Te ama, Naeva”, le había dicho. “Pero no sabe cómo demostrártelo”.

Naeva arrastró un dedo debajo de sus ojos.

“Bueno, también lo amo”, había dicho. “Solo desearía que no fuera tan malo”.

Niklas se burla y se cruza de brazos.

—Vaya —dice—. Realmente crees que me conoces, no tienes que mentir a la chica, ella probablemente incluso ni es mi hermana real. —Me vuelvo a Woodard—. ¿Los resultados de las muestras de cabello de Naeva?

—Fueron compatibles —respondió Woodard—. Es tu hermana.

Me muevo hacia Niklas de nuevo.

Él gruñe y muerde el interior de su boca.

—Lo que sea —dice finalmente—. Lo que estoy viendo es como lo manejaste. ¿Solo dejaste que la chica se fuera? Movimiento novato, Victor. Deberíamos haberla matado. —Hay acusación en su voz. Pero *conozco* a mi hermano y solo está usando la acusación para cubrir el dolor.

—Sí —contesté—. La dejé ir, ella trabaja para La Orden, y a menos que deseemos una recompensa sobre su cabeza como tú y yo tenemos, deberíamos mantenernos alejados de ella.

Niklas se burla.

Izabel da un paso al frente. E interviene.

—Esto tiene que terminar, Victor —espeta, apuntando con su dedo índice al suelo—. No podemos seguir viviendo así, no podemos seguir ocultándonos de Vonnegut y sus *miles* de empleados. —Pone mucho énfasis en el número—. No voy a seguir viviendo de esta manera. No deberíamos hacer un esfuerzo tan débil. Teniendo otros puestos de trabajo, perdiendo el tiempo y recursos en otras cosas. Cuando deberíamos haber estado haciendo todo lo posible para encontrar y eliminar a Vonnegut.

Eliminar cada día me preocupa mucho más como suena ella.

—Tiene razón —expone Niklas—. Francia. Washington. Italia. Una pérdida de tiempo de mierda, Victor. Estoy cansado de sentir que siempre alguien de La Orden está justo detrás de mí, solo esperando que me doblegue. Necesitamos acabar con él antes de que estemos jodidos.

—Victor y yo estábamos discutiendo esto antes de que el resto de ustedes apareciera —dice—. Estoy de acuerdo.

Niklas se burla.

—¿Quieres utilizar el tiempo asignado de capturar a tu asesino en serie? —Sonríe negando con incredulidad.

Gustavsson se parece a mí, y una vez más soy el que tiene la palabra.

Le explico a todos sobre lo que hablé con Gustavsson y durante los siguientes quince minutos todos debaten y conversan y estoy de acuerdo y en desacuerdo.

—Entonces, ¿qué planeas hacer, Victor? —pregunta Niklas, hace gestos a sus manos cuando habla—. Así que estamos todos yendo a dividirnos; Fedrik todavía está haciendo lo suyo de asesino en serie; Nora va a estar fuera con unos locos hermanos y hermanas cazando a hermanos y hermanas aún más locos. No veo como cualquiera de eso va a conducir a poner una conexión en las operaciones de Vonnegut. Por no hablar que ahora tienes a Los Gemini involucrados (locos, putos de mierda) hermano. ¿Qué planeas hacer? ¿Qué esperas que yo haga? ¿E Izabel?

Empecé a hablar, pero Izabel me interrumpió.

—En realidad esa es la única razón por la que vine aquí hoy —dice ella.

Todos los ojos se desvían en su dirección especialmente los míos.

—Me voy para México en dos días —anuncia—. Y me voy sola.

VEINTICUATRO

Victor

Traducido por Vanehz y LizC

Corregido por Samylinda

171

Temía que este día llegara, y en mi corazón sabía que lo haría, pero no esperaba que lo hiciera tan pronto. Pensé que tenía más tiempo. Tiempo para monopolizar a Izabel a tiempo completo, o permitir que Kessler lo hiciera por mí; tiempo para desviar las miradas de Izabel en otra dirección, cualquier otra que no fuera México. Había hablado de eso por los últimos pocos meses, sobre regresar allí; había presionado el asunto, argumentando su —odiaba admitir que era verdad— muy válido y sólido caso. Pero la había desanimado en cada oportunidad, dándole solo una fracción al decirle que podía seguir en la misión con Nora, pero que solo Nora se pondría a sí misma en la ruta del peligro. Fui un estúpido al dejarme creer que Izabel iba a seguir por siempre de esta forma.

—Fuera de cuestión —suelta Niklas.

Pero Izabel levanta su mano para silenciarlo. Y sin mirarlo, me dice:

—Sin discusión, sin argumentos, sin opiniones. —Reiterando nuestra conversación semanas atrás en la casa de Dina Gregory, en la cual me hospedé necesariamente.

Deja caer su mano; Niklas quiere más que nada seguir hablando, pero su vacilación le otorga la razón.

Izabel se gira para que todos puedan verla.

—El fin empieza hoy —anuncia—. Erradicamos a Vonnegut, y Victor derribará La Orden antes de que acabe el verano. —Hace contacto visual con cada uno en la habitación, uno después de otro. Retando a cada uno de nosotros a debatir—. El plan para eliminarlo, no cambiará: Confiaremos y utilizaremos la información que Nora nos dio, y yo, siendo la única que conoce cómo trabajan

los círculos de la esclavitud en México, seré quien lleve a cabo la misión; soy la única aquí que puede.

Empieza a pasearse, sus brazos cruzados, su mente enfocada, determinada e inamovible.

—Es una mala idea, Izzy...

—No —corta a Niklas, finalmente mirándolo—. Es la única idea.

—Eso es mierda, hay cien maneras diferentes de hacer esto —argumenta—. Hay docenas de mujeres en nuestra Orden que pueden interpretar la parte de esto que tú *crees* que vas a interpretar.

—Voy a *hacerlo* —lo corrige rápidamente—. Seguro, puedes elegir a cualquier otra mujer de nuestra Orden, disfrazarla para representar el papel, mostrarle cómo representar el papel, pero ninguna de ellas —señala con su índice severamente hacia el piso—, sabe lo que yo sé: *Ninguna* de ellas ha estado allí, visto las cosas que yo vi, experimentado las cosas que yo experimenté. *Yo* soy la jodida experta. —Su voz empieza a elevarse y endurecerse—. Y soy la única que, sin importar lo que crea cualquiera de ustedes, la única que sacó esto adelante. No Tal o Cuál de la primera división, o el agente Quien sea que ha visto un montón de películas sobre esclavitud sexual y leído unos cuantos periódicos y expedientes de casos y piense que está listo. Ni siquiera Nora Kessler, quien puede fingir lágrimas y emociones lo suficientemente bien, pero no puede fingir estar rota. No como yo. —Su mano se dispara otra vez hacia arriba—. Pero más importante que ser absolutamente la mejor para el trabajo porque tengo experiencia de primera mano, soy la única aquí quien realmente ha visto a Vonnegut.

Un incómodo silencio cubre la habitación.

—Odio decir esto, Izabel —dice Gustavsson—, pero estoy de acuerdo con Niklas, a pesar de tu experiencia, no deberías ser la que vaya allí, no después de todo lo que has...

—No estoy teniendo esta conversación con ninguno de ustedes otra vez —chasquea Izabel, y mira a cada uno de nosotros por turnos—. Sobre cómo piensan que lo que pasé en México me impedirá fingir, es un viejo y cansado argumento.

Se detiene, inhala y exhala profundamente.

—Miren, soy tan parte de esta Orden como cualquiera de ustedes, puedo ser la más joven, la que tiene menos experiencia, pero todos ustedes parecen olvidar, o quizás solo no se dan cuenta, que cada uno de ustedes está tan jodido como yo. Cada uno de ustedes está minado de debilidades que tratan de descarrilarlos cada día en esta profesión, no solo yo.

Señala a Fredrik.

—Mantuviste una mujer psicópata prisionera en tu sótano porque no pudiste ver a través de tu amor por ella para darte cuenta que era un peligro para ti, para sí misma y para cualquiera que se cruzara en su camino, incluyéndonos a todos.

Gustavsson tragó fuertemente sin decir nada.

Izabel mira a Niklas.

—El resentimiento que guardas contra tu hermano es una debilidad más grande de lo que crees —señala—. Sin mencionar que no puedes mantener tu polla dentro de tus pantalones, o tu lengua dentro de tu boca.

—Mis dos mejores bienes —responde Niklas, ignorando la parte sobre mí—. No veo cómo eso sea una debilidad, Izzy. —Sonríe—. Y mi lengua... bien, es en cierta forma famosa, en realidad.

Izabel se burla, rodando los ojos.

—No es a lo que me refería sobre tu lengua, Niklas. Quiero decir que no pareces poder callarte; tu boca está siempre corriendo de noventa a nada, —presiona sus dedos y el pulgar de su mano derecha juntos rápidamente—, con tus vulgares y molestos comentarios; ruidosa y desagradable personalidad, pretendiendo ser un inconsciente bastardo sin corazón de piel dura, cuando realmente solo eres un pequeño niño con el corazón roto por dentro, asustado de muerte de que alguien pueda arremeter contra ti y arrancar la costra de tu corazón. —Inclina la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué no tratas de ser tú mismo por una vez?

Los ojos abiertos ampliamente de Niklas parecían estáticos, sin parpadear.

Finalmente, dice enojado:

—Soy yo mismo. —Ondea ambas manos enfrente de su pecho—. Quien ves aquí es el uno por ciento de mí. Nunca he pretendido ser alguien que no soy, soy jodidamente honesto. Me ofende que me acuses de eso.

Izabel avanza contra el rostro de Niklas, mirando hacia arriba a su altura, así él puede ver la seriedad en sus ojos.

—Entonces dilo —lo reta—. Di que amas y extrañas a tu hermanita Naeva. ¿O eres demasiado orgulloso? —Avanza incluso más cerca; mi propio estómago se retuerce repentinamente volviéndose un nudo sólido, como si de alguna forma supiera que lo que dirá a continuación *me* pondrá extremadamente incómodo—. O aún mejor, Niklas... admite que tienes sentimientos por... —Se detiene abruptamente. Me mira, se aclara la garganta, y entonces se gira de regreso a Niklas—. Sentimientos por Nora.

Esto *no* es lo que Nora había empezado a decirle a mi hermano...

Niklas tira su cabeza hacia atrás y retumba una risa. Se ríe por cinco largos y completos segundos, antes de finalmente bajar su cabeza y dejar que la risa decaiga.

—Vaya —dice—. Esa es probablemente la cosa más estúpida que te he oído decir, Izzy.

Niega, aún riendo entre dientes.

—Si crees eso, no eres tan inteligente como estás tratando de hacernos creer; estás haciendo un trabajo de mierda tratando de probar ese punto. ¡Ha! ¡Ha! ¡Ha!

—Y *tú*, James —dice Izabel, afiladamente y se gira rápidamente para encararlo. Tengo la sensación de que solo lo está haciendo para cortar a Niklas antes de que esta particular conversación se vuelva demasiado reveladora. Y me alegra.

James Woodard frunce el ceño; sus dedos regordetes se mueven unos contra otros nerviosamente bajo y frente a él.

Izabel se detiene, lo mira directamente, contemplándolo.

Entonces ondea una mano, descartándolo, y dice:

—Honestamente, eres la única persona normal aquí.

—*Nora* —dice Niklas, aún con risa en su voz—. Increíble...

—Y hablando de Nora —regresa Izabel para señalar—. Puede que ciertamente sea la más desconsiderada, sin corazón humano que Niklas *pretende* que sea; puede tener más experiencia que cualquiera aquí, aparte de Victor, pero esa mujer es el epítome de la mente de un solo carril, y su

inhabilidad para sentir las emociones va a ser su caída algún día. Es un desastre esperando a que las cosas pasen.

Ahora ella me mira, y toda la humedad se evapora de mi boca.

—Y tú, Victor... sabes muy bien cuál es tu más grande debilidad.

Sí... tú lo *eres*.

—Tu más grande debilidad eres tú mismo —dice. Pero me otorga la cortesía de no extenderse en detalles, y humillarme, explicando como lo hizo con todos los demás.

—Si vas a México —dice Niklas—, solo conseguirás que te maten, y es todo.

Me mira, como si esperara que me adelante y diga algo que lo respalde, pero Izabel rápidamente consigue su atención otra vez.

Levanta el borde de su blusa negra de seda, revelando su estómago.

—Trataste de matarme una vez —dice, mostrándole la cicatriz por la herida de su disparo—, pero fallaste.

175

La mandíbula de Niklas se tensa.

La blusa de Izabel cae otra vez sobre su estómago. Retrocede hacia el mismo centro de la habitación, nos mira a todos, parados alrededor de ella. Entonces se estira y toma el final de su pañuelo negro transparente, sacándolo lentamente de su garganta. La cicatriz brilla hacia todos nosotros, afectándonos en formas diferentes: Woodard baja su cabeza con tristeza; Gustavsson niega con incredulidad; Niklas gira la cabeza, rojo de rabia; mi cabeza se siente como si fuera a estallar con rabia. Tomo un profundo aliento mientras el rostro de Artemis destella en mi mente.

—Me han disparado —empieza Izabel—. Me han cortado la garganta. He sido... —Se detiene, aparentemente contemplativamente—. No necesito explicar nada a cualquiera de ustedes —dice al final—. Voy a ir a México, y voy a ser la única que haga humo el verdadero Vonnegut fuera de ese hoyo en el que se ha estado escondiendo todos estos años. Sé en lo que me estoy metiendo. No solo sé lo que *puede* pasarme mientras esté allí, pero para lo que me *pase* allí, estoy preparada, para *todo*. Y si alguno de ustedes tiene objeciones, pueden, francamente metérselas por el trasero.

La habitación permanece en rígido silencio por varios largos segundos.

—¡Víctor! —Niklas rompe el silencio; su mano se dispara hacia adelante, señalando a Izabel—. Dile que no va a ir.

—Otra vez —dice Gustavsson—. Concuerdo con Niklas. México es el último lugar al que Izabel debe ir sola. ¿Qué pasa con el plan de que Nora vaya?

—Yo... yo... me preocupo por ti, Izabel —habla Woodard—, y es por eso que estoy de acuerdo con Niklas y Fredrik.

Durante todo el tiempo, mientras que todo el mundo va de atrás y adelante sobre todas las razones por las que Izabel no debe ir, ella ni una vez aparta sus ojos de los míos. En este momento, todo lo que veo es ella, todo lo que escucho son sus pensamientos transmitidos a través de esa mirada firme en sus ojos, y la última conversación que tuvimos la noche que ingenuamente le pedí que se case conmigo.

Al final, levanto la vista, rompiendo la mirada, y anuncio en medio de las voces:

—Izabel irá a México. —Y las mismas voces dejan de expresar una palabra más—. Ella tiene razón, es la mejor candidata para el trabajo. Irá en sus propios términos, hará todas las decisiones, y si alguien interviene en modo alguno, la repercusión será... lamentable.

176

Gustavsson parece pensar en ello un momento, y luego asiente, con gracia, como siempre sin interponerse en la situación.

Woodard es demasiado cobarde para salir de su zona de confort, rodeado por su tecnología para alguna vez considerar poner un pie en el campo; nunca interfiere.

Niklas parece que tiene muchas ganas de incrustarme la nariz en la parte posterior del cráneo. Aprieta sus dos puños, pero luego mete la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y saca un paquete de cigarrillos. Después de poner un cigarrillo entre sus labios y embolsarse el paquete, lo enciende. Después de una larga calada, el humo arremolinándose alrededor de su cabeza cuando retira el cigarrillo de su boca, mira a nadie en particular, y dice encogiéndose de hombros:

—Como sea. Me voy de aquí. Llámenme cuando tengan las putas cosas en orden, cabrones. —Y luego sale de la habitación, dejando un rastro de humo en su estela.

Enviar a Izabel a México es la última cosa que quiero, pero si trato de interponerme en su camino como lo hice en el pasado, sé que jamás la veré de nuevo. Tengo que dejar que haga esto. Y tengo que dejar que lo haga a su manera.

Además, la verdad es que no tengo absolutamente ninguna duda sobre su capacidad de lograr esta misión. *Es* la mejor candidata para el trabajo, no solo debido a su experiencia, sino debido a su habilidad. Izabel es más que capaz de hacerlo, y cada parte de mí me lo dice. Ha eludido la muerte suficiente como para que, entre los dos, piense que *ella* es la única inmortal. Sí. Va a volver a México, y va a sufrir adversidades inimaginables, pero *vivirá*. De esto tengo toda la confianza.

Pero cuando se trata de la misión de México, nunca fue la posibilidad de una muerte por lo que agonizaba. Era todo lo demás, como dijo Izabel, no solo *podía* sucederle, sino qué va a *pasarle*, lo que tenía a mi corazón atemorizado. ¿Seré capaz de ver a Izabel de la misma manera que la miro ahora, después de que regrese? ¿El hecho de que sea ultrajada por otros hombres, tocada, besada, incluso, posiblemente violada, cambiará la forma en que me siento por ella, sobre todo sabiendo que lo hace conociendo los riesgos y las consecuencias? Sí. Y no. Sí, voy a ser capaz de mirarla como siempre. Y no, pase lo que pase con ella no va a cambiar la forma en que me siento por ella. La amo demasiado.

—Izabel —dice Gustavsson con decepción—, incluso si logras sobrevivir a esto, ¿qué va a suceder cuando alguien se dé cuenta de quién eres? —Se vuelve a mí ahora—. Por lo que entiendo, ¿piensas que Vonnegut fue uno de los hombres ricos que compró a las chicas de Javier Ruiz?

—Ese es un buen punto —dice Woodard—. Si la recompensa por la cabeza de Izabel es tanto como dijo tu hermana, la lo-lógica nos dice que mucha gente sabe cómo se ve.

—No —responde Izabel—, eso no es necesariamente el caso al que voy. No es como que habrá carteles de “*Se Busca*” clavados a los postes de luz en cada cuadra de la ciudad en este lugar. Y, además, regresar a México, de nuevo en el vientre de la misma bestia de la que escapé, es el último lugar en el que cualquiera, ya sea que estén buscándome o no, alguna vez esperaría encontrarme.

Doy un paso hacia adelante.

—Para responder a tu pregunta —digo a Gustavsson—, sí, tenemos razones para creer que el verdadero Vonnegut era uno de esos hombres ricos que Izabel vio cuando era prisionera de Javier.

—Entonces eso plantea muchas preguntas —dice Gustavsson—, en cuanto a cuántos negocios hizo Vonnegut con la familia Ruiz.

Asiento.

—De hecho, lo hace.

—Si es verdad —nos recuerda Izabel—. Estamos tomando lo que nos dijo Nora en buena fe, y creo en ella, pero si estaba diciendo la verdad o no, al final, la información podría estar mal. La única manera de saberlo con certeza es ir a buscarlo y averiguarlo. Y eso es lo que voy a hacer.

Nadie dice nada por un momento.

—Así que, esto es todo —añade Gustavsson; extiende sus manos a la habitación—. Dejamos este edificio hoy mismo, todos partiendo en diferentes direcciones; se siente tan... definitivo.

—Es temporal —le corrijo.

—Sí —dice Izabel, y me mira brevemente—. Y cuando todo esto termine, todo será diferente. —Me mira de nuevo, por más tiempo esta vez—. Vonnegut estará muerto; La Orden estará bajo el control de Victor; seremos capaces de no solo trabajar con libertad y a la intemperie, en sí, sino que hasta nuestras propias vidas cambiarán de manera inimaginable. Libertad. Riqueza. Oportunidades. —Ella camina hasta mí, y se detiene justo enfrente de mí, inclina la cabeza ligeramente hacia un lado—. Y *poder* —dice, sus ojos clavándose en los míos, su forma de decirme eso, de todas las cosas, indicando que el poder es lo que anhelo.

No estoy seguro de lo que siento por eso. ¿Eso es lo que Izabel cree, que soy un hombre que anhela poder? ¿Eso es lo que piensa de mí?

Tal vez tiene ra...

—¿Victor? —Escucho llamar a Gustavsson, y parpadeo de nuevo en foco—. ¿Entonces, esto es todo? ¿Es aquí donde nos separamos y cabalgamos hacia la puesta del sol?

Por un segundo, siento como si hubiera estado soñando despierto más tiempo de lo que pensé, pero al final me las arreglo para asentir.

—Sí —le digo—. Esto es todo. Por ahora.

Gustavsson se adelanta y me ofrece su mano.

La acepto.

—Si me necesitas —dice—, solo llámame.

—Bien —reconozco—. Lo mismo va para ti, mi amigo.

Gustavsson se vuelve a Izabel. Él la mira con cariño. Y luego la lleva a otro abrazo, el cual ella regresa.

—Izabel...

—Sin despedidas —le interrumpe—. Y tampoco nada de esas cosas ritualistas de “ten cuidado”. Voy a estar bien. Y voy a volver.

Él parece pensar en sus palabras por un momento, y luego asiente.

—Si te metes en algún problema...

Ella presiona su mano en su pecho, deteniéndolo.

—Ve a atrapar al asesino en serie, Fredrik —dice ella, y él sonríe.

Gustavsson se va, y después de la torpe despedida de Woodard, aunque entrañable, se va poco después.

Y ahora solo somos nosotros dos, Izabel y yo, a solas en el edificio que una vez llamamos sede. Y, en muchos sentidos, casa.

Izabel extiende la mano y toca un lado de mi rostro sin afeitar con sus dedos; me da un vistazo. Quiero tomarla en mis brazos y nunca dejarla ir. Siento que se me ha privado de algo muy importante, un momento atrasado entre nosotros desde hace mucho tiempo y que ansío sentir... reunirme por primera vez con la persona que amo y casi pierdo. La última vez que *realmente* la sostuve en mis brazos fue cuando ella y yo estábamos en esa jaula juntos. Ni una sola vez desde su salida del hospital me ha permitido ese importante momento. Y siento que, incluso ahora, que estoy aquí solo con ella, pocos días antes de que ella se vaya a México, sigo siendo privado del momento.

Y no entiendo por qué.

—Victor —dice ella, y casi no puedo mirarla porque duele demasiado—. ¿Tienes fe en mí?

—Sí. La tengo.

—¿Confías en mí? —Su voz es casi un susurro; la mirada triste, pero decidida en sus ojos me está matando porque se siente como una despedida.

—Sí, Izabel, confío en ti. Y tengo seguridad *en* ti.

Se pone de puntillas y me besa, dejando que sus dulces labios permanezcan en los míos por un momento insoportable... quiero más, pero sé que no puedo tenerlo. Las yemas de sus dedos trazan mi rostro, y luego caen lentamente. Mi estómago se retuerce, mi pecho se tensa.

—Bien —dice ella.

Envuelve el pañuelo negro alrededor de su cuello otra vez. Y luego camina hacia la puerta.

—Izabel.

Se da la vuelta. Me mira, esperando pacientemente.

—¿Cómo está Dina? —Solo quiero que Izabel se quede un poco más.

—Está muerta.

—Oh. —Parpadeo. Y entonces asiento, comprendiendo. No tengo que preguntar cómo murió Dina Gregory: Sé que Isabel lo hizo con rapidez para que así su madre no sintiera ningún dolor—. Lo siento —le digo.

Izabel asiente. Y espera, porque no estoy ocultando exactamente el hecho de que tengo más que decir antes de que se vaya.

Me tropiezo con las palabras en mi mente, queriendo decirle todas ellas, pero sin saber muy bien cómo hacerlo. Echo un vistazo a mis pies, y luego de vuelta hacia ella. ¿Por última vez? Así es cómo se siente, una última vez, y no puedo soportarlo.

Recobro la compostura. Y digo finalmente:

—Las estrellas morirán antes que nosotros, Izabel...

Ella sonríe.

—Sé que lo harán —susurra.

Después de un segundo, su sonrisa desaparece, y lo mismo ocurre con mis nervios a terminar lo demás que había querido decir.

Behind the Hands That Kill

—Esa pregunta que me hiciste —añade Izabel—, cuando fuiste a casa de Dina. —Hace una pausa. Mira a la pared. Luego de vuelta a mí—. Si todavía me amas cuando vuelva... pregúntame de nuevo.

Y antes de tener la oportunidad de responder, para decirle que siempre voy a amarla, sale de la habitación. Y de mi vida.

VEINTICINCO

Izabel

Traducido por âmenoire, Ximena y Martinafab

Corregido por Samylinda

Tucson, Arizona.

182

El auto estacionado en la calle fuera de mi casa esta vez no es el de Victor, pertenece al *coyote* a quien le pagué por llevarme a cruzar la frontera. Generalmente es hacia el otro sentido, y tuve que pagar mucho más por *entrar* a México que un migrante ilegal queriendo salir.

—Tu situación es única —había dicho durante nuestras negociaciones, estacionados atrás de una tienda de conveniencia ayer a las dos de la mañana—. ¿Por qué no solo utilizas tu pasaporte y abor das un avión?

—Porque *tengo* que entrar de esta manera —había dicho.

Sonrió con intriga, sus oscuros ojos con un dejo de avaricia y expectativa.

Me miró detenidamente. Una joven y blanca chica americana con un plan y un propósito. Una chica quien claramente por mi decisión de entrar peligrosamente a México mediante un coyote, sabía que no solo tenía las bolas más grandes que él, sino que también tenía una cuenta de banco mucho más grande.

—Quince mil —dijo y sabía que no era negociable.

Pero dinero era la menor de mis preocupaciones, empecé nuestras negociaciones esperando pagar no menos de veinte mil.

—Quince mil por llevarme —estuve de acuerdo, pasándole un sobre lleno de dinero—. Y también estaré necesitando algunas otras cosas.

Levantó una delgada ceja.

Explicué qué más necesitaba, y para el momento que nuestra reunión se había terminado, él tenía ganada la mitad de su dinero (veinticinco mil) y yo tenía a un muy ansioso y dispuesto *coyote* a mi disposición.

Cierro la cortina y me deslizo de vuelta en mi habitación. Hay sangre en mi ropa de una reunión más temprano y pretendo cambiarme, pero decido no hacerlo en el último momento. La sangre me ayudará a interpretar la parte, solo tengo que hacerla parecer como si fuera mía. No necesito empacar un bolso o agarrar un cepillo de dientes o algo así, porque las víctimas de secuestro reclutadas para establecimientos de esclavitud sexual no tienen tales lujos; tienen suerte si todavía están llevando zapatos para el momento que son llevadas a través de las puertas de uno de los últimos lugares que alguna vez llamarán hogar.

Me trago una píldora de control de natalidad y me pongo a trabajar en entretejer el equivalente a un mes de las pequeñas píldoras, en las raíces de mi cabello.

Un golpe hace un ligero eco a través de la casa. Al principio, pienso que vino desde el sótano, pero cuando lo escucho de nuevo segundos después, confirmo que el origen es en la puerta principal. Tal vez es el *coyote*. Me dijo que lo llamara Ray, pero ese es su nombre verdadero, así como Lydia es el mío. Tuve que elegir un nombre deprisa, pensando un montón sobre la buena amiga que perdí la primera vez que escapé de México. Supongo que es mi manera de hacerle honores, de vengar su muerte.

Antes de entrar en la sala de estar, echo un vistazo por la ventana de mi dormitorio y miro hacia la calle. El auto antiguo de Ray se ha ido y no hay otro vehículo en cualquier otro lugar a la vista que no estuviera ahí antes.

El golpe suena de nuevo.

Agarro mi arma de la cama, y me dirijo por el pasillo, agachada y en cambio me voy hacia la izquierda hacia la cocina. Silenciosamente me deslizo a través de la puerta de la lavandería y voy alrededor del costado de la casa. Siempre en alerta máxima, especialmente mientras todavía estoy en los Estados Unidos, al alcance para que Artemis me encuentre. Todavía está fugitiva, hasta donde sé.

Mirando por la esquina de la casa, vislumbro a una mujer de pie ante la puerta principal. La luz del porche no está prendida así que es difícil distinguir

algo más a que es mujer, el largo cabello y pequeño cuerpo fácilmente delatan eso.

Apuntándola con el arma a solo metro y medio de distancia, digo:

—¿Qué quieres?

Las manos de la mujer suben lentamente, como si supiera que tengo un arma y luego gira su cabeza hacia mí.

—Solo quiero hablar —dice—. Bueno, de hecho, quiero más que eso, pero puedo asegurarte que no estoy aquí para lastimarte.

—No podrías —digo con confianza.

Ella asiente, levanta sus manos más alto.

—Sí, soy totalmente consiente de eso.

Me muevo un poco más cerca, sintiendo el frío y suave concreto debajo de mis pies desnudos; mi dedo abraza el gatillo.

—Date la vuelta —exijo.

Hace exactamente lo que digo, mantiene sus manos al nivel de sus hombros.

—Ahora estira tu mano derecha —instruyo—, y abre la puerta principal.

Una breve mirada de sorpresa destella sobre su rostro parcialmente ensombrecido.

—¿Dejaste tu puerta delantera desbloqueada? —pregunta.

—Sí —admito—. No voy a vivir con miedo. Si alguien realmente me quiere, una puerta principal bloqueada no va a detenerlo. Y si entran por esa puerta y me atrapan fuera de guardia, entonces merezco lo que sea que me suceda. Ahora abre la puerta.

Toma el picaporte y lo gira; la puerta se abre sin hacer ruido; la débil luz de la lámpara de la sala de estar llega a la entrada y a la mujer, revelando su cabello castaño claro y sus amables ojos. Está vestida con un simple pantalón color caqui y una blusa blanca de manga corta metida en ellos; sus zapatos son de suela plana, blancos y puntiagudos en la parte de los dedos. No me importa nada de eso, estaba buscando por un arma entre todo eso.

—¿Dónde está tu arma? —pregunto, todavía mirándola y evaluándola.

—No tengo una.

—¿Un cuchillo?

Niega.

Señalo con mi arma hacia la puerta.

—Entra. Mantén tus manos donde pueda verlas.

La mujer entra en mi casa y la sigo de cerca, cerrando la puerta principal con mi mano libre.

—Siéntate en esa silla —le digo, mirando hacia la silla de madera de segunda mano de Dina.

Se sienta.

—Pon tus manos sobre tus rodillas.

Pone sus manos sobre sus rodillas.

Me siento en la mesa de centro, de frente a ella, el arma todavía apuntándola. No luce amenazante: Es más pequeña y mucho más frágil que yo, pero nunca la subestimaría por su tamaño. O incluso porque parece que no tiene un arma. Es a menudo que los que menos crees capaces, son quienes resulta ser los más peligrosos.

—Ahora dime quién eres y qué es lo que quieres.

Mantiene su enfoque en mí, pero no luce asustada, cautelosa e inteligente sí, pero no asustada.

—Soy Naeva Brun —dice—. Estoy segura que para este momento sabes quién soy y cómo es que te conozco.

La hermana de Victor y Niklas. Interesante.

—Continúa —le digo.

—Y estoy aquí porque necesito ir contigo a México.

Una ola de decepción y traición me recorre. ¿Cómo pudo Victor hacer esto después de todo lo que le dije? ¿Después que le advertí? ¿Después que prácticamente me dio su palabra sobre que no interferiría? Me muerdo el interior de mi boca, y miro hacia Naeva con exasperación.

—Así que te envió para hacer de niñera conmigo —digo y luego me pongo de pie.

—No —dice—. Vine por mi cuenta. Él no sabe que estoy aquí.

—No te creo.

—Te estoy diciendo la verdad.

Llevo mi mano hacia ella para enfatizar la presencia del arma, solo en que necesite un recordatorio.

—Entonces, ¿cómo sabes sobre México? —le pregunto bruscamente—. ¿Cómo sabías cuándo me iba?

—Como tú y mis hermanos —dice—, tengo un conjunto de mis propias habilidades. —Encoge sus pequeños hombros—. Nada sobre lo que presumir, pero no soy completamente inútil.

Hmm... para ser pariente de Victor y Niklas, es seguro que Naeva carece de la confianza en ella que ambos destilan.

—Entonces, ¿dime cómo? —digo.

Mira hacia el techo de palomitas.

—Estaba ocultándome en el sistema de ventilación del edificio —dice, mirando de nuevo hacia mí—. Fue fácil entrar en el edificio después que todo hubiera sido movido y todos con ello. Me escabullí un par de horas antes del anochecer y esperé.

—¿Esperaste para qué? —pregunté—. ¿Cómo sabías que habría una reunión?

—Niklas tiene una gran boca —dice—. Tenías razón sobre él, sobre lo que dijiste en la reunión. —Sonríe suavemente—. He estado yendo a ese bar en donde duerme, por un rato. Me he sentado junto a él en algunas ocasiones, queriendo decirle quién soy, pero nunca tuve el coraje. No creo que esté listo para verme.

—Me sorprende que no intentara ligar contigo —digo.

Ella se sonroja.

—En realidad lo hizo —dice, y me estremezco—. Pero lo aparté y él me dejó tranquila.

—Lo bueno es que Niklas no es del tipo determinado —digo. *A pesar de que parece serlo conmigo, por desgracia, pienso.*

Ella asiente.

—Sí. Es algo bueno.

Ambas quedamos en silencio durante un momento.

Sintiéndome menos amenazada por ella, decido sentarme en la mesa de café de nuevo. El arma permanece en mi mano, descansando encima de mi pierna; despreocupadamente quito el dedo del gatillo.

—Está bien, entonces digamos, por el bien de la conversación —comienzo—, que estás diciendo la verdad, y que Victor no sabe que estás aquí... si no es para ser mi niñera, ¿entonces cuál es tú interés en México?

La expresión de Naeva se vuelve más seria y reflexiva; hace un movimiento como si quisiera hacer gestos con sus manos, pero se detiene antes de que sus dedos se levanten de sus rodillas, recordando su situación. Suspira; sus ojos se desvían de los míos, y entonces mira hacia el suelo. Espero, cada vez más impaciente, pero no le dejo saber cuánto.

187

Entonces, de repente levanta la cabeza, y percibo la sensación más extraña a partir de la expresión en sus ojos. ¿Empatía? ¿Familiaridad?

Se inclina hacia adelante solo un poco, manteniendo las manos en sus rodillas, y en una voz baja, dice:

—Sarai, ¿no te acuerdas de mí?

Inclino mi cabeza hacia un lado; siento mis cejas retrayéndose; parpadeo con la confusión. ¿Recordarla? ¿De dónde? Mi mente empieza a correr; solo fragmentos de las imágenes completas cruzan a través de mi memoria, pero Naeva no está en ninguna de ellos.

Entonces algo se me ocurre... me llamó Sarai.

Estoy parada otra vez, y no recuerdo el movimiento que me puso de pie; mi arma todavía en mi mano, pero en mi corazón no debo sentirme amenazada o mi dedo ya habría encontrado de nuevo el gatillo para este momento.

Empatía. Familiaridad. Ambas cosas las siento más ahora, cuanto más la miro, cuanto más profundo miro en sus ojos, cuanto más fuerte estudio sus delicadas facciones.

Sí, ella me resulta familiar, pero no puedo recordar...

—¿Me puedo levantar? —pregunta.

Asiento.

Lentamente Naeva se levanta de la silla de Dina. Con las dos manos, empieza a separar los botones blancos perlados de su blusa, sacando el dobladillo de su pantalón cuando se acerca al último botón. Saca los brazos de la blusa y luego la coloca cuidadosamente en el asiento de la silla. Entonces se da la vuelta, y cuando la luz de la lámpara toca su espalda desnuda, revela los horrores de su pasado. Y mi pasado. Cicatrices se entrecruzan en su piel, de un lado al otro de la espalda, restos de una brutal paliza. O dos. O cuatro. O diez. Me siento contener el aliento, el aire llenando mis pulmones, ahogándome; la sal en mis ojos; el dolor en mi corazón; el salvajismo en mi memoria.

Trago.

Pongo la pistola en la mesa de café.

Naeva se da la vuelta otra vez, y se acerca más hacia la luz; su rostro cada vez más claro. Y no puedo apartar los ojos de ella. Porque la recuerdo.

Ahora la recuerdo...

México. Hace once años...

Había estado sentada sola, acurrucada en un rincón oscuro cuando metieron a la niña en la habitación. Era de noche, y ya no podía decir cuánto tiempo había estado despierta, pero sabía que debía haber sido más de veinticuatro horas. Casi tenía quince años de edad, pero en cuanto a la hora del día o de la noche, no podía estar segura. Me preguntaba si la chica sabía qué edad tenía, o si tan *siquiera* le importaba. Me preguntaba si alguna de las chicas le importaba.

Los rayos de la luna penetraban los agujeros en el techo de zinc como pequeñas varillas de esperanza que constantemente me recordaban que había vida y libertad al otro lado de estas paredes. La luz agitaba el suelo polvoriento, las partículas levantándose en los haces de luz; diminutas hadas bailarinas, me hacía creer que lo eran. Ellas pronto me iban a salvar un día. Iban a salvarnos a

todas. Pero solo había estado en esta parte del recinto por cuarenta y ocho horas, y poco sabía que nadie *jamás* iba a venir a salvarme, y que iba a pasar los próximos nueve años en este lugar.

Podía oler su sangre; los latigazos en su espalda eran brutales, casi bíblicos. Traté de no mirar mientras era arrastrada dentro por dos hombres y dejada en el sucio catre. Me había apoyado en esa esquina, con la esperanza de no llamar la atención sobre mí, y me tapé los oídos con los puños mientras trataba desesperadamente de acallar sus gritos. Eran gritos terribles, como un perro que había sido atropellado por un auto: El sufrimiento no adulterado, los gemidos finales antes de la muerte. Pensé que iba a yacer allí y morir, y no quería escuchar el momento en que sucediera. Tenía miedo. Tenía mucho miedo.

—¡Vamos! —Oí a una chica susurrar en español cuando finalmente saqué mis puños de mis orejas—. ¡Toma la botella! —Yo no sabía mucho español entonces, pero sabía lo suficiente como para arreglármelas.

Levanté la cabeza de la pared, y observé silenciosamente desde la sombreada esquina; las ocho chicas con las que había compartido en esta habitación los dos últimos días todas agrupadas en torno a la chica en el catre. Una de ellas —Marisol— se alejó a gatas sobre sus manos y rodillas a un lugar cerca de la ventana con contraventanas. Podía distinguir vagamente sus manos moviéndose rápidamente contra el suelo; el sonido del crujido de la madera, y luego un tablón raspando contra otro. Segundos más tarde, su brazo derecho desapareció en el piso hasta el hombro; su mejilla yacía apretada contra la madera, y pude ver su rostro en la tenue luz de la luna mientras se esforzaba por agarrar algo. Cuando se levantó de nuevo, una botella de whisky salió en su mano. Se precipitó de vuelta al otro lado de la habitación, todavía en sus manos y rodillas, y se unió a las otras chicas atendiendo a la del catre.

La chica gritó cuando el líquido fue vertido en sus heridas abiertas, y mis manos al instante fueron de nuevo a mis oídos. Las lágrimas corrían por mi rostro. Pensé que iba a vomitar.

Una hora pasó, y algunas de las chicas se habían quedado dormidas al lado de la del catre, curvadas a su alrededor. Marisol permaneció despierta, sentada erguida con la cabeza de la chica herida en su regazo. Constantemente le pasaba los dedos por el cabello.

—¿Ella va a estar bien? —pregunté. Eran las primeras palabras que había hablado desde que fui traída a esta habitación.

Marisol levantó la mirada de la chica en su regazo; sus dedos nunca dejaron de moverse a través de su cabello. Luego le echó un vistazo a otra chica —Carmen— sentada contra la pared debajo de la ventana. Se hizo evidente para mí que Marisol no hablaba inglés, y dependía de Carmen para traducir. O al menos para hablarlo.

Carmen se inclinó lejos de la pared, apartando su rostro de las sombras y dejándolo a la vista.

—No, nosotras alguna vez estar bien aquí —dijo Carmen en mal inglés—. Tú ves esto, ¿no? —agregó, despectivamente.

Empecé a encogerme lejos de ella, de vuelta a mi esquina, pero me detuvo.

—Lo siento —se disculpó—. Solo estar preocupada por Huevito. —Miró alrededor de la habitación a las otras chicas—. Nosotras todas lo estamos.

Se alejó más de la pared y muy lentamente se acercó a mí en sus manos y rodillas; me preguntaba por qué jamás ninguna de ellas se levantaba por completo y caminaba a través de la habitación, pero no pregunté.

190

Marisol observaba desde su lugar en el suelo, pasando constantemente sus dedos por el cabello de la chica herida. Las otras chicas que todavía estaban despiertas también observaban, pero solo Carmen habló alguna vez. Sé que algunas de las demás hablaban perfecto inglés —algunas eran estadounidenses— porque las había escuchado en alguna ocasión, por lo que pensé que simplemente tenían demasiado miedo. Y no las culpaba. También tenía miedo.

Carmen se sentó a mi lado. Olía mal, como a sudor y olor corporal y a la menstruación. Pero todos apestábamos; incluso yo estaba empezando a oler menos como la chica privilegiada que era cuando llegué por primera vez a México, y más como a las chicas que eran ahora mi única compañía.

—Yo verte antes —dijo en voz baja—. Yo verte con Javier. Y otra mujer blanca. Ella es palillo; parece que ella no come.

Tragué saliva, tratando de empujar hacia abajo la memoria de mi madre, pero esta vez no pude. Solo habían pasado dos días desde que yo... bueno, desde que yo...

—La mujer era mi madre —le dije a Carmen, pero no podía mirarla a los ojos—. Ella era la novia de Javier, supongo.

Carmen sonrió, pero no había nada de maldad en ello.

—Javier no tiene novias —me corrige amablemente—. Él tiene ovejas.

—Él no parece ser el tipo de pastoreo —le dije.

Carmen negó.

—No, él es el lobo que mutila al pastor, y luego se come a las ovejas.

Lo pensé por un segundo antes de asentir. Ella tenía razón acerca de Javier, y yo había sabido eso desde el día en que mi madre lo trajo a nuestro remolque en Arizona y puso sus ojos encima de mí por primera vez. No eran ojos amables. Javier tenía los ojos de un depredador.

—Y si esa mujer era tu madre —dijo Carmen, y entonces me señaló—, quiere decir que tú oveja, que ha seguido todo este tiempo. —Hizo un gesto hacia las otras chicas en la habitación, y añadió—: Bienvenida a la manada.

Mi estómago se hundió.

A mi izquierda, oí a otra chica susurrar con dureza en español:

—¡Cállate, Carmen! ¡Que te pueden escuchar!

Carmen la ignoró.

—Así que dijiste *era*. —Ella esperó una respuesta, estudiando mi rostro, y al principio no entendí de lo que estaba hablando. Pero luego agregó—: ¿Javier matar a tu mamá?

Y luego lo entendí perfectamente.

Bajé los ojos, negué. No me atrevía a contestar. Mi madre era de lo último que quería hablar.

Luego levanté la mirada, haciendo de la niña herida con la cabeza en el regazo de Marisol, mi único interés.

—¿Por qué la golpearon? —pregunté.

Carmen volvió su mirada a la chica.

—No *ellos* —dijo, y me miró de nuevo—, Izel. La hermana de Javier. La puta se excita con eso.

—¡Carmen! —siseó la misma chica de antes—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Solo cierra la boca! —Sus ojos iban y volvían entre Carmen y la puerta de

madera. Ciertamente, yo estaba tan preocupada como ella porque esos hombres vinieran aquí de nuevo.

Esta vez, Carmen bajó la voz para que nadie más pudiera oírla salvo yo. Me miró de más cerca.

—Y Huevito golpeada porque ella intentó escapar. ¿Cómo te llamas?

—Sarai —respondí, comprendiendo su español, probablemente accidental allí al final. Ella se había presentado, y al resto de las chicas, cuando me llevaron a la habitación ayer, pero había estado demasiado traumatizada para hablar hasta ahora. Traumatizada por lo que me estaba pasando. Y por lo que le hice a mi madre.

Carmen extendió la mano y me tocó la muñeca; la mirada con la que me observaba solo podía ser descrita como maternal, a pesar de que ella era igual de joven que yo.

—Nunca intentar escapar, Sarai —me advirtió, y luego se arrastró sobre sus manos y rodillas de vuelta a su lugar debajo de la ventana.

De repente, me sentí en peligro solo de pensar en ello —en escapar— como si Izel, con quien ya estaba bastante familiarizada por haber tenido varios roces desagradables con ella antes, pudiera oír mis pensamientos. Pero esto... miré a la niña herida otra vez; los cortes profundos en su espalda brillaban bajo la luna misteriosa y eran lo más colorido en la sala... esto era muy diferente a unos roces desagradables.

Justo en ese momento, la niña herida a la que llamaban Huevito, comenzó a agitarse.

Marisol trató de ayudarla a ajustar su posición sobre su regazo, pero todas sabíamos que no había nada que ninguna de nosotras pudiéramos hacer para aliviar su dolor. Me sentía horrible por ella. Y me enfurecí. Con la mujer que hizo esto. Con Javier por permitir que sucediera. A mi madre por traerme aquí.

Me levanté, con los jadeos y los susurros en español de las otras chicas, y atravesé la habitación silenciosamente, y me acucillé frente a *Huevito*. Tenía los ojos abiertos, aunque a duras penas. Marisol me miró, una mirada aterrorizada extendida por todas sus facciones bonitas, ¿era porque me había levantado? Era lo que asumí.

—Voy a hablar con Javier —le susurré a Huevito, y luego extendí la mano para tocarle la frente empapada de sudor con el dorso de los dedos—. Es bueno conmigo; le diré lo que te pasó, y estoy segura que hará algo al respecto. —Todo lo que dije, sabía en mi corazón que era una mentira. Javier podría haber sido “bueno” conmigo, pero no era estúpida, era solo un espectáculo; quería que me gustara, que confiara en él, probablemente de la misma manera que hizo con todas las otras chicas aquí una vez. Pero tenía que decir algo; tenía que al menos tratar de darle a la pobre chica un poco de esperanza.

Marisol, finalmente saliendo de su conmoción porque me levantara en la habitación, se acercó y de un golpe me apartó la mano de la frente de Huevito.

—¡Aléjate de nosotras! —dijo en español, y no entendí las palabras, pero su lenguaje corporal me puso en la dirección correcta—. ¡Vete! Tú vas hacer que nos lastimen a todas. —Apretaba sus dientes blancos en medio de su piel de color caramelo; su largo cabello negro posado desigual alrededor de su rostro de forma cuadrada.

Miré a Carmen, esperando que tradujera, pero entonces oí la voz de Huevito, débil y ronca, y a nadie más le importamos yo o Marisol o Carmen.

—Promé... teme —dijo Huevito, con gran dificultad.

Me incliné más cerca, tomé su mano en la mía.

—Prométeme... que si lo matan... —Tuvo que detenerse para recuperar el aliento, y con cada palabra, cada movimiento de los músculos de su rostro agravados, el dolor en su cuerpo se hacía mucho más evidente en su expresión.

—Está bien —le dije, y le acaricié la mano suavemente—. Tómame tu tiempo. Recupera el aliento.

Sus ojos se abrían y cerraban por el dolor y el agotamiento; su mano estaba débil y pegajosa en la mía. Podía sentir los ojos de todas en nosotras, a mi alrededor, y el calor de sus respiraciones cuando todas se inclinaron para oír lo que Huevito se esforzaba por decir; no importaba que fuera en inglés.

Los ojos de Huevito se abrieron un poco más, y me miró directamente. Pero tenía la sensación de que ni siquiera sabía dónde estaba, que había sido golpeada tan severamente que estaba alucinando. Y cuando continuó hablando, estaba cada vez más convencida de esa suposición.

—No voy a dejar que te maten —dijo—. Te amo mucho, Leo. No voy a vivir sin ti. —Comenzó a llorar, las lágrimas dejando rastros a través de la suciedad en sus mejillas.; su respiración comenzó a ser rápida.

Tomé su mano con más fuerza, y también empecé a llorar. ¿De quién estaba hablando? No lo sabía, pero quien quiera que fuera Leo, incluso mi corazón sufría enormemente por él, por los dos.

Huevito cerró los ojos, contuvo la respiración una vez más, y luego los abrió de nuevo. Sus labios estaban tan secos y agrietados que la piel comenzó a romperse justo enfrente de mí; astillas de sangre aparecieron en las pequeñas hendiduras.

—Si lo matan —repitió—, *prométeme* que me dejarás morir, ¡prométemelo! —No podía decir si estaba siendo coherente o no.

Entonces la puerta se abrió de golpe, e Izel estaba de pie en el umbral de la puerta como la Muerte en una falda corta, alta y oscura y letal. Y aprendí antes de que ella me sacara a rastras, pataleando y gritando, por qué nadie se levantaba en esa habitación durante la noche, Izel siempre estaba observando desde su habitación en la casa de al lado, en busca de sombras caminantes que se movieran a lo largo de las paredes.

Pero esa noche, mientras Izel me atormentaba por la muerte de mi madre, y cómo le pertenecí entonces, en todo lo que podía pensar era en Huevito. Y nunca la volví a ver.

VEINTISÉIS

Izabel

Traducido por Osbeidy y LizC

Corregido por Soulless

En la actualidad...

195

Hasta ahora.

Me quedo mirando fijamente a Naeva; las palabras me han abandonado; puedo sentir mi corazón latiendo en mis oídos. Levanto ambos brazos, aún sosteniendo el arma en la mano derecha, y las apoyo en la parte superior de mi cabeza. Las sostengo ahí, el arma apuntando hacia el techo, sacudo mi cabeza, tratando de ordenar lo que está pasando: Porque está ella aquí, *cómo* está aquí. Mi Dios, es la hermana de Victor, ella estaba en el recinto de Javier —*conmigo*—. ¿Qué podría significar *eso*?

No puedo...

Esto es demasiado. No sé por dónde empezar con todo esto. Mi mente está corriendo. Me siento mareada. Finalmente, mis brazos vuelven a bajar. Y solo la miro. Y de los cientos de preguntas que quiero hacer, me conformo con:

—¿Por qué ellos te llamaron Huevito?

Naeva sonríe suavemente.

—Carmen pensaba que parecía un pequeño huevo —dice—. El apodo se pegó.

Abrumada con la emoción no deseada, doy un paso adelante y envuelvo mis brazos alrededor de su pequeño cuerpo. Devuelve el afecto, sosteniéndome con más fuerza de la que parece poseer.

—No puedo creer que aún estés viva —digo alejándome, tomo sus codos en mis manos y la inspecciono—. Yo... bueno pensé que Izel te había matado, incluso ella dijo que lo hizo.

Naeva niega.

—Hubo momentos en los que desee que lo hiciera —dice desanimadamente.

—Pero nunca te vi de nuevo después de la noche en que nos conocimos —La abrazo una vez más, aliviada de saber que ella está bien—. Estuve ahí por nueve años.

Aunque mi relación con Naeva nunca fue más allá de esa noche, nuestras conversaciones nunca fueron más que las cosas desesperadas e incoherentes que me dijo esa noche cuando yacía golpeada sobre aquel piso, la marca que dejó en mi mente y mi corazón era profunda. Fue lo mismo con todas las chicas en el recinto que llegue a querer como mis hermanas. Todo lo que teníamos era la una a la otra. Y una conexión formada en momentos tan difíciles que nunca pueden romperse.

196

Naeva tomo su blusa de la silla y se la puso de nuevo, cerrando los botones de arriba abajo.

Pongo el arma sobre la mesa de café y me vuelvo a sentar al lado.

—Sé que tienes muchas preguntas —comienza—. Sobre mí y lo que me ocurrió en ese lugar, y te voy a decir todo lo que quieres saber, pero con el tiempo también quiero saber todo sobre ti. —Se sienta en la silla de nuevo, ya no está sonriendo, ni tampoco parece interesada en ponerse al día, o contar su triste historia. Está en la desesperada necesidad de algo más; algo mucho más importante, la gravedad de esto albergándola—. Todo lo que importa en este momento —continúa—, es que voy a regresar a México. No me importa lo que tenga que hacer, no me importan los riesgos, o lo que esto costara. —Toma una respiración profunda, sus ojos fijos en los míos—. Sarai, solo necesito volver, *tengo que volver*, sé que vas ahí a tu propia importante misión, pero no voy a meterme en tu camino, y no espero ni quiero que sientas que tienes que ser como *mi* niñera. Todo lo que necesito es tu compañía y tu experiencia. Sabes cómo llegar a donde tengo que ir; conoces a la gente... —Vacila y mira el piso brevemente, percibo un poco de vergüenza y decepción—. No soy lo que La Orden quería que fuera. Ninguna cantidad de entrenamiento o de lavado de cerebro, me ha hecho tan buena como mis hermanos. Pero tú... Sarai, sé que me puedes ayudar. Solo llévame ahí y haré el resto.

Lo pienso, mirando hacia abajo a mis piernas.

—Naeva —digo levantando mi cabeza—. Yo... ¿por qué quieres volver ahí? Y ¿por qué conmigo? Si estás trabajando para La Orden, me imagino que puedes encontrar maneras mucho más fáciles, seguras, de volver a México.

—Y tú puedes hacer lo mismo —responde rápidamente.

Parpadeo, sorprendida por lo mucho que sabe.

—¿Cómo lo...?

—¿Cómo lo sé? —pregunta—. Me lo acabas de decir tú misma. Al decir que puedo encontrar maneras más fáciles y más seguras, estás básicamente diciéndome que la manera en que *estás* haciéndolo es todo menos fácil y segura. —Apunta a la venta que da al patio delantero—. Y estoy asumiendo que el hombre que ha estado estacionado fuera en la calle la última hora ¿es tu viaje? —Pone sus manos arriba con las palmas frente a mí—. Oye, no lo sé a ciencia cierta, pero imagino es coyote, o al menos el tipo que te va a llevar a alguno.

Es muy inteligente. Ella necesitará ese nivel de inteligencia si no tiene nadie más con quien contar.

197

No le contesto sobre Ray —no confío plenamente en ella aún— creo que está diciéndome la verdad sobre todo. Pero he cometido muchos errores confiando, en lo que creo es mi corazón, demasiado pronto. Y no tengo intención de cometer otro.

Me levanto de la mesa de café —pistola en mano— y empiezo a caminar. No la miro directamente, pero la tengo en la mira.

—¿Por qué no vas de una forma más fácil? —Sondeo—. Ir conmigo podría hacer que te maten, *yo* podría morir.

—Porque no puedo hacer que sea fácil para La Orden rastrearme —responde—. Saben todos mis alias, son quienes los crearon para mí, hasta los números de seguridad social y las vidas falsas, cada una de las identidades que supuestamente llevo. Uso un pasaporte o una tarjeta de crédito y sabrán exactamente dónde estoy. No puedo correr el riesgo.

Lo considero un momento más.

—Bien, entonces ¿qué pasa cuando solamente desaparezcas? —preguntó y la miro directamente a los ojos así puedo leer sus ojos cuando responda.

Suspira.

—No te preocupes por eso —me asegura—. Al menos no todavía, me han dado un permiso de ausencia, si así es como quieres llamarlo. Desde la muerte de Brant Morrison. He estado flotando alrededor, no saben qué hacer conmigo. Brant era mi compañero y mi maestro, nunca trabajé con nadie más. Y nunca fui lo suficientemente buena para trabajar sola.

Conocía ese sentimiento demasiado bien.

—Entonces ¿qué haces exactamente para La Orden? —pregunto.

—Soy una espía —responde de inmediato—. Incluso nunca he matado a alguien, he visto a muchas personas morir, pero por suerte, nunca por mis manos.

—Así que solo, no entiendo, ¿permiso de ausencia?

Solo parece extraño. No esperaba una organización como La Orden teniendo permiso de ausencia, días de enfermedad y parecido.

—Me dijeron que tomara un tiempo libre —comienza—, de vacaciones. Dijeron que estarían en contacto, o si, me necesitaban después. —Se ve preocupada, de repente sus manos se vuelven inestables sobre su regazo—. Me preocupa, Sarai.

—¿Por qué?

Doy un paso más cerca y me pongo en cuclillas frente a ella sentada en la silla. No sé por qué, pero no veo a la hermana de Victor sentada ahí, veo a Huevito de hace mucho tiempo atrás.

Un nudo se mueve abajo hacia el centro de mi garganta. Hace contacto visual y dice nerviosamente:

—Creo que van a matarme. Quise decir lo que dije acerca de ser inútil para La Orden. Puede que conozca la forma alrededor de la obtención de información útil para ellos, pero la verdad es que hay cientos de agentes que lo hacen mejor que yo. No les puedo ofrecer nada que no tengan ya, y en La Orden, eres valioso o eres reemplazable, no hay nada como intermedio. —Suspira—. Nunca se me dio bien nada de esto, pero Brant insistió en que me dieran una oportunidad. Creo que, si no hubiera sido por él, me hubieran matado hace mucho.

—Él te protegía —digo más para mí que para Naeva. *Pero ¿por qué?*

—Sí —dice, luego mira el apagador en la pared—, pero ahora está muerto, y si no escapo antes de que decidan mi destino, me temo que también voy a terminar muerta.

¿Pero por qué iban a esperar tanto tiempo para matarla?

Es demasiado arriesgado.

Todo esto podría ser parte del plan de Vonnegut para localizarnos al resto de nosotros. ¿Que si está usando a Naeva —sin que ella lo supiera— para encontrarnos? No, eso no tiene sentido tampoco. Como dijo Victor, La Orden ha sabido dónde estábamos por un tiempo, no necesitarían a Naeva para eso. Bien, de modo que aún queda la pregunta: ¿Por qué iban a esperar tanto tiempo para matarla?

—Si no me matan pronto, probablemente me utilizarán para hacer que mis hermanos se entreguen. Tenía que informar *algo* a La Orden sobre la noche que Brant murió. Ya sabían que Brant estaba cerca del rastro de Victor, y probablemente cerniéndose sobre él; por no hablar que, saben que siempre estoy con él, así que tuve que decirles la verdad sobre Victor y tú alejándose, sobre Victor matando a Brant. No hubieran creído otra cosa. La única cosa que no les dije fue que los ayudé a ti y a Victor

199

Con cautela, interrumpí y pregunté:

—¿Y qué es exactamente *lo que* les dijiste en cuanto a tu papel en lo que pasó? —pregunto, interrumpiéndola con cautela.

—Mentí, por supuesto —dice—. Les dije que Victor casi me mata también, pero que me salvé cuando le dije que era su hermana. Dije que Victor me dejó ir. Y creo que esa es la única razón por la que estoy viva en este momento para contarte todo esto.

—Te quieren como respaldo —digo—, en caso de que necesiten usarte para atraer a Victor.

—Probablemente —dice—. Lo único que se me ocurre es que, ya que creen que Victor me salvó, podría intentar salvarme después debido a nuestros lazos de sangre. —Comienza a hacer gestos con las manos—. Pero, Sarai, no sé si algo de esto es cierto. Son puras especulaciones. Y créeme cuando digo que me preocupa que me siguieran hasta aquí, a pesar de que tomé todas las precauciones posibles antes de venir. —Niega—. Tengo un montón de miedos, así como muchas teorías, pero lo único que sé de todo esto que es concreto, es que todo lo que te he dicho es cierto. Sé que no tienes ninguna razón para

creerme, tampoco me creería, pero esto es todo lo que tengo. —Baja la cabeza de nuevo, y pliega las manos lentamente sobre el regazo—. Todo lo que me importa es llegar a México. Vonnegut, La Orden, mi vida pendiendo de un hilo... no me importa nada de eso. —Una tristeza llena repentinamente sus facciones—. Y amo a mis hermanos, pero ni siquiera ellos son tan importantes para mí como llegar a México.

—Todavía no me has dicho, Naeva, ¿por qué México?

Cuando levanta la cabeza esta vez, hay lágrimas atrapadas en sus ojos.

—Leo Moreno —dice, y sus labios comienzan a temblar. Y al igual que hace mucho tiempo cuando lloró por la vida de este hombre, no puedo escapar de los sentimientos de dolor y angustia que me invaden.

Trago fuerte, y pongo mi mano libre en su muñeca. Quiero decirle algo, consolarla, aunque no sé qué decir. Pero sí sé que le creo. El corazón nunca miente, ya sea que te está diciendo algo que quieres saber o no; el corazón es incapaz de engañar. A veces, lo admito, mi corazón y mente se mezclan, pero en momentos como este, cuando sientes la verdad en lo más profundo de tu ser, sabes que solo puede ser que tu corazón está hablando.

200

Tomando su mano, pongo mi arma en ella y cierro sus dedos alrededor del acero frío. Ella sorbe y levanta la cabeza lentamente. Mira hacia abajo en la pistola en su mano, luego de vuelta a mí; sus facciones rosa pálido, perpleja.

Echo un vistazo a la pistola.

—Ésta es tu oportunidad —ofrezco—. Si es por eso que estás aquí, puedes hacer lo que viniste a hacer aquí. No voy a detenerte.

Sus cejas se fruncen, Naeva comienza a negar, lentamente al principio, hasta que el entendimiento recae plenamente en ella y luego la agita más rápido.

—No —rechaza la oportunidad, y mete la pistola en mi mano, prácticamente empujándome lejos con el gesto—. No es por eso que estoy aquí; por favor, tienes que creerme.

O es la mejor actriz en el mundo, o está diciendo la verdad. Y ya que es evidente que no es Charlize Theron...

—Te creo, Naeva —digo, y luego me levanto y extendiendo mi mano hacia ella—. Pero no es porque te crea, o porque siento el dolor que sientes por este Leo, que estoy... eligiendo dejarte ir conmigo.

Su rostro se ilumina lo suficiente para mostrar lo aliviado que está ante mi decisión, y luego se pone de pie, agarrando mi mano.

—Entonces, ¿por qué? —pregunta—. Pensé que sería más difícil convencerte. Honestamente, no pensé que dirías que sí en absoluto. Estoy agradecida, Sarai, pero ¿por qué vas a ayudarme?

—Porque me salvaste la vida en Venezuela —contesto—. Y porque tú, así como cualquier otra chica con la que pasé incluso dos minutos en aquel recinto en México, es y siempre ha sido muy importante para mí. —La llevo a otro fuerte abrazo, y mientras estoy aquí con ella en mis brazos, aprendo algo acerca de mí misma. O, más bien recuerdo algo que había olvidado poco a poco con el tiempo desde que escapé de México. Esas chicas son otra parte de mí; compartí algo con ellas que nunca podría compartir o sentir incluso con Victor. Y voy a hacer todo lo que pueda para ayudar a cualquiera de ellas durante el tiempo que viva.

Por supuesto, estas no son mis únicas razones para ayudar a Naeva. La trama se pone densa, por así decirlo; y Naeva es una pieza inesperada, y muy bienvenida de un rompecabezas que tengo la intención de armar por mi cuenta. El solo hecho de que la propia hermana de Victor en carne y hueso estaba en el mismo recinto que yo, es un intrigante misterio en sí mismo. ¿Coincidencia? Ni siquiera cerca; demasiado importante para ser una mera coincidencia. Y hay más. Mucho más. El misterio que rodea a Brant Morrison: Sus flagrantes celos y odio hacia Victor, y su actitud protectora hacia Naeva; la razón por la cual La Orden quiere a Victor y Niklas con vida; la razón por la cual La Orden me quiere a mí con vida; la razón por la cual soy de tan gran importancia. ¡Mi cabeza da vueltas con las posibilidades!

Voy a llegar hasta el fondo de esto. Todo está por salir a la superficie. Y ese inevitable final comenzará donde las cosas comenzaron: En México; de nuevo en el corazón de la pesadilla que era mi vida.

—¿Estás segura de esto, Naeva? —Agarro suavemente sus brazos en mis manos, la anticipación aferrándome ahora más que nunca—. Dije en serio lo que dije: Podrías morir. Y por mucho que quiero ayudarte, no quiero tener eso en mi conciencia.

Naeva sonríe suavemente. Se estira y toca mi rostro.

—Si no voy, Sarai... moriré de todos modos. *Tengo* que encontrarlo. Así sea la última cosa que haga, tengo que encontrarlo.

Nos abrazamos con fuerza.

Naeva Brun. La hermana hace mucho tiempo perdida de nada menos que el hombre que amo. De pie en mi sala de estar en la víspera de la misión más importante de mi vida. Es uno de esos momentos cuando uno mira hacia atrás en sus planes, sus esperanzas y sueños, y se da cuenta que nunca pasa nada en la forma en que las imaginas; algo extraño o extraordinario, la única cosa que nunca podrías haber imaginado, casi siempre es arrojado en tu camino en el más inesperado de los momentos. Y te ayuda a seguir adelante, o te detiene en seco. Naeva, creo, me está ayudando a seguir adelante... lo *siento*. Lo *sé*.

Y, aun así, cuando la miro, no puedo verla de ninguna forma posible como la hermana de Victor. Ella es Huevito, la chica que Izel casi mató a golpes hace once años, una chica que no era tan diferente a mí en otro tiempo, y todavía siento como si estuviera viéndome en un espejo cuando la miro.

—¿Qué fue eso? —pregunta Naeva de repente, saliendo de nuestro abrazo.

Finjo no haber oído nada.

Pero entonces la voz se hace más fuerte, llegando a través de la abertura en el suelo.

—¿Has oído eso? —pregunta; ella entrecierra los ojos para concentrarse, y mira en la dirección de la voz apagada.

Y entonces me mira, buscando respuestas.

No iba a decirle, a nadie, a decir verdad, pero ya que confío en ella lo suficiente como para llevarla a México conmigo, puedo muy bien dejarla entrar también en este oscuro proyecto.

Suspiro y digo con un gesto de mi mano:

—Ven conmigo y te mostraré. —Y ella me sigue por el pasillo.

VEINTISIETE

Izabel

Traducido por Otravaga

Corregido por Samylinda

Empujándome sobre los dedos de mis pies, me estiro hacia arriba para alcanzar la llave escondida sobre la puerta del sótano.

—Dejé la puerta principal abierta hace aproximadamente doce horas —digo, deslizando la llave en la perilla—, y alguien casi me quería *tan* desesperadamente.

—¿Oh? —Naeva ladea una ceja, mirándome con intensa curiosidad.

Abro la puerta y me estiro para activar el interruptor de la luz en la pared; la luz inunda los escalones alfombrados que conducen al sótano. La voz se vuelve más fuerte.

—¡Tengo que ir a mear, maldita perra!

Naeva se detiene en el segundo escalón y simplemente me mira, su rostro todo torcido con confusión y preocupación.

Sacudo mi cabeza hacia atrás casualmente.

—Está bien —le digo, insistiendo en que continúe siguiéndome—. Él puede haber conseguido sacarse la mordaza de la boca, pero de ninguna manera va a soltarse de las cuerdas.

—¿Quién es? —susurra Naeva, todavía inmóvil en el segundo escalón.

La tomo de la mano y la llevo por los últimos diez escalones, y vamos hacia el sótano.

Los ojos de Naeva se ensanchan, y jadea en silencio.

—Dios mío —dice, su mano cubriendo su boca flojamente—, es Apollo Stone.

Apollo está atado a una vieja silla de ruedas; hay cuerdas atadas alrededor de sus brazos y muñecas al marco de la silla; sus piernas y tobillos a los apoyapiés plegables. Sus pies están descalzos y la única ropa que viste son sus ajustados calzoncillos bóxer. Tiene piernas de corredor con músculos definidos, y un físico como el propio dios Apollo. Pero éste Apollo, estando atado a una silla de ruedas polvorienta en nada más que su ropa interior y colorido lenguaje, no le está haciendo justicia alguna a su homónimo divino.

—Vamos, chica —insiste Apollo, con la inclinación hacia atrás de su cabeza—, tengo que mear. Consígueme una botella de refresco o algo. Ni siquiera tienes que desatar mis manos... puedes sujetarlo por mí. —Su boca se levanta en un lado.

Naeva apenas puede apartar los ojos de él.

—¿Por qué... cómo es que está aquí? —pregunta, sin mirarme.

Apollo resopla.

—Tienes que estar bromeando —dice, echándole un vistazo a Naeva con cómica decepción. Y alivio—. *¿Esto* es lo que trajiste para mantenerme vigilado mientras estás en el país de los frijoleros? —Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

204

Lo ignoro.

—Victor tenía razón —le digo a Naeva—. Cuando Apollo y Artemis se enteraron que todavía estaba viva, no perdieron tiempo viniendo por mí.

Naeva mira alrededor de la habitación tenuemente iluminada, probablemente buscando otra silla de ruedas con Artemis atada a ella. Pero todo lo que verá son unas cuantas cajas dañadas por el agua apiladas en una esquina, un oxidado chasis de una motocicleta deportiva de carreras apoyado contra una pared, dos mesitas auxiliares dispuestas presionadas contra un viejo calentador de agua. Pero ninguna Artemis Stone.

—O, al menos, Apollo vino por mí —me corrijo, y luego miro a Apollo—. Sin señales de Artemis todavía, pero es solo cuestión de tiempo. ¿Cierto, Apollo? —Le sonrío—. ¿O es que tu hermana te abandonó? ¿Te dejó aquí pudriéndote como mereces?

Apollo me devuelve la sonrisa de inmediato.

—Ella está haciendo lo que tiene que hacer —dice—. Vendrá por mí pronto. Y cuando lo haga, va a terminar el trabajo que empezó... de todos

modos ¿cómo se siente esa cicatriz? No está viéndose nada mejor. —Sonríe—. Nunca lo hará.

Sonríó con suficiencia. Entonces estiro la mano y con la punta mis dedos toco la cicatriz todavía sanando a lo largo de mi garganta.

—En realidad, en cierto modo me gusta —digo—. Es la prueba de que no soy fácil de matar.

—Bueno, no olvides —dice Apollo con un brillo en sus ojos—, que Artemis tiene una igual. —Entonces su sonrisa se amplía, y añade—: Parece que tienes mucho en común con mi hermana. Experiencias cercanas a la muerte. Cicatrices a juego. Victor Faust. —Si estaba tratando de meterse bajo mi piel (por supuesto que sí) entonces funcionó. Ha usado eso en mi contra un par de veces desde que lo arrastré hasta aquí. Pero siempre lo ignoro abiertamente.

Me acerco a él.

—Ansío el día en que pueda enfrentarme a ella justamente —digo—. Solo Artemis y yo. Sin reglas, ni cuerdas ni barras entre nosotras. Veremos entonces cuán similares somos.

205

Apollo se muerde suavemente en el labio inferior, y sus ojos oscuros se pasean sobre mí como un hombre saboreando mentalmente a su presa sexual antes de comérsela. Sonríe con intriga, y mueve su lengua lentamente entre sus labios.

—Sabes, Izabel —dice—, estoy totalmente de acuerdo en que mi hermana consiga lo que quiere, pero realmente nunca habría querido matarte yo mismo. Sería semejante desperdicio. Se me ocurren cientos de cosas que preferiría hacerte.

—¿Es así? —digo, sin dejar de acercarme; cada paso que doy goteando con sexualidad y propósito. Me detengo justo enfrente de él, y me inclino, agarrando los brazos de la silla de ruedas en mis manos; dejo que mis pechos caigan a propósito delante de él, apenas cubiertos por la delgada camiseta blanca sin mangas que estoy usando—. Dime lo que me harías, Apollo Stone. —Me agacho todavía más, para tentarlo aún más.

Y él muerde el anzuelo.

Sus ojos se desvían, y mira dentro de mi camiseta... yo miro hacia su regazo, claramente capaz de ver el duro bulto creciendo detrás del material similar al spandex de sus calzoncillos tipo bóxer. Me mira a los ojos,

queriéndome más cerca, así que le doy lo que quiere y me acerco tanto que puedo sentir el calor de su aliento en mi boca.

—Quiero cambiar de lugar contigo —susurra—, y lanzar tus muslos sobre los brazos de esta silla, y luego abrirte con mi lengua... lentamente... antes de follarte con mis dedos.

—Y luego, ¿qué? —susurro.

—Y luego empujaré mi gruesa verga por tu garganta, y follaré tu boca hasta que vomites. —Se suponía que eso debía ofenderme, lo sé, pero no puedo ser ofendida por alguien que no me importa una mierda.

Sonriendo, me inclino lejos de él solo un poco, y luego miro a través de la corta distancia a Naeva, cuyos ojos están ensanchados por la conmoción y la repulsión.

—Esto es lo que he tenido que escuchar las últimas doce horas —le digo, negando.

Entonces echo hacia atrás el puño y lo envío a estrellarse en su rostro; la sangre gotea de sus fosas nasales: Su nariz ya está rota, por cortesía mía durante la primera hora después que despertó en la silla de ruedas.

206

Apollo se ríe cuando la sangre fluye sobre sus labios y boca. Escupe un poco en el suelo.

—Haz lo que quieras conmigo —dice—. De todos modos, en cierta forma lo disfruto. Dime, ¿cuándo te marchas? Ansío que ese pedazo de culo sin carne tome el control. —Le sonrío a Naeva, mostrando sus dientes ensangrentados.

Ella hace una mueca horrible.

Haciendo una mueca por mi cuenta, limpio la desagradable sangre de Apollo en mi mano sobre mi camiseta sin mangas.

—Me preguntaba por qué tenías sangre en tu ropa —dice Naeva. Vuelve a echarle un vistazo a Apollo. Él frunce los labios hacia ella y besa el aire. Aparta la mirada de él rápidamente—. ¿Qué vas a hacer con él? ¿Vas a decirle a Victor que lo tienes aquí?

—No —contesto inmediatamente—. Victor simplemente lo matará. Lo quiero vivo. No he terminado con él todavía.

—Le gusto —le dice Apollo a Naeva, meneando las cejas—. Mira, realmente necesito ir a mear. ¿Y cuándo vas a alimentarme? Podría

conformarme con una hamburguesa y unas papas fritas. —Empiezo a caminar de nuevo hacia la escalera y él grita—: Sabes cocinar ¿no? ¡No quiero nada de esa mierda de comida rápida barata!

Naeva me sigue por las escaleras.

—Tengo alguien viniendo a hacerse cargo mientras estoy en México —le digo.

La voz de Apollo sube por las escaleras.

—¡Cambié de idea! —grita—. ¡Quiero un filete! ¡Medio cocido! Un contorno de puré de papas caseras... ¡déjales la piel! Un poco de macarrones y...

Cierro la puerta del sótano, cortando su voz. La mayor parte de todos modos; todavía puedo oírlo amortiguado a través de las paredes y las rejillas de ventilación, y de repente estoy deseando no haber olvidado ponerle la mordaza de nuevo en la boca.

—¿Quién va a vigilarlo? —pregunta Naeva.

Me sigue a mi dormitorio. Me siento de nuevo delante del tocador y vuelvo a trabajar en el trenzado de las píldoras anticonceptivas en mi cabello. Por el rabillo del ojo veo la pantalla de mi teléfono celular encenderse, indicando una llamada. Lo ignoro y lo deja ir al correo de voz.

—Contraté ayuda externa —digo. Veo a Naeva, en el reflejo del espejo, sentarse en el borde de la cama—. Estarán aquí dentro de una hora para llevarlo a otro lugar. En caso de Artemis aparezca, lo cual espero absolutamente que hará. Más temprano que tarde.

—¿Sarai?

La preocupación en su voz me hace levantar la mirada y detener lo que estoy haciendo.

—¿Sí?

Ella duda, tal vez buscando las palabras, y luego pregunta:

—No te conozco salvo por lo que he oído hablar de ti a través de Brant, y sé que para este momento la chica que conocí todos esos años atrás cuando te encontré por primera vez se ha ido hace mucho, pero no tengo que conocerte para ver que estás alejando deliberadamente a mi hermano. —Apunta a la puerta, señalando a Apollo por el pasillo—. Él tiene personas buscando a Apollo y a Artemis. Tienes a uno de ellos en custodia en este momento, pero no quieres

que él lo sepa. Y luego todo el asunto de ti yendo a México sola. —Mira hacia el suelo, y luego de nuevo hacia mí—. No me malinterpretes: no estoy juzgándote, es solo que no entiendo lo que estás haciendo. Yo... yo supongo que... —su mirada se desvía de nuevo, su expresión nublándose con un dolor profundamente arraigado, parece—... supongo que simplemente no puedo imaginar alejar al hombre que amo por *ningún* motivo. Cuando encuentras a esa persona con la que sabes que estabas destinado a estar, a vivir y a morir, haces precisamente eso: Vives y mueres con él. *Por* él, si es necesario. —Sé que ella tiene buenas intenciones, pero la única persona en la que está pensando en este momento es en ese hombre, Leo.

Me giro en el pequeño taburete para hacerle frente a ella en vez de a su reflejo; dejo caer las manos de mi cabello y las coloco en mi regazo.

—Estás equivocada, Huevito —digo suavemente—. La chica que conociste hace todos esos años, está sentada justo enfrente de ti.

Ella me mira durante un largo rato, al parecer en busca de su propia comprensión de mis palabras, o más bien de las que me niego a decir, y luego me doy la vuelta y vuelvo a trenzar mi cabello.

208

—Partimos para México en cinco horas —le digo—. ¿Tus trompas están cortadas?

Le toma un segundo; tal vez está sorprendida por la pregunta, pero responde:

—S-sí.

—Bien —digo—. Ahora, voy a necesitar que me golpees en el rostro.

—¿Qué?

Chasqueando la última banda de goma diminuta alrededor del final de una trenza, me levanto del taburete y camino hacia ella.

—Necesito que me golpees en el rostro.

—¿Por qué?

—Porque preferiría que fueras tú en vez de Ray: Él no parece ser del tipo que se lava las manos después de ir a mear.

Después de que Naeva me saca la mierda a golpes, es más fuerte de lo que esperaba, y que yo rasgue su ropa y le dé una pequeña paliza, me paso las siguientes cinco horas diciéndole todo lo que necesita saber y el papel que tiene

Behind the Hands That Kill

que interpretar. Lo admito, en un principio me preocupaba que ella se pegara como una lapa, pero solo después de un corto tiempo, me doy cuenta que no necesita ningún entrenamiento. Naeva es, por desgracia, aún más experimentada que yo cuando se trata del México clandestino.

VEINTIOCHO

Victor

Traducido por Otravaga

Corregido por Simoriah

210

Las estrellas morirán antes que nosotros, Izabel... las estrellas morirán antes que mi amor por ti. No soy bueno en estas cosas; soy inexperto. Romance. Gestos de afecto. Palabras entretrejidas poéticamente para proclamar amor. Regalos, sonrisas, risas y conversación sobre las simples cosas de la vida: No sé nada de estas cosas. Me ponen incómodo, del modo en que me habría hecho sentir el abrazar a mi padre si no lo hubiera matado, o el llorar en el hombro de mi hermano. Puede que nunca entienda estos rituales, estos sentimientos. Pero tenemos una eternidad para averiguarlo. A una estrella le toma una eternidad morir.

Ésas eran las palabras que quería decirle a Izabel la última vez que la vi.

Si ella hubiera venido aquí esta noche, habría reunido el valor para decirlas. Pensé que ella... no, había esperado que viniera a verme por última vez antes de irse a México. La llamé, pero no contestó, así que le dejé un mensaje de voz con detalles crípticos que solo ella entendería sobre el hotel en el que me estoy quedando temporalmente. Por esta noche, de todos modos. Quería permanecer en Boston esta noche, cerca de la residencia que Izabel y yo una vez llamamos hogar. Por si acaso.

Pero sé que ella se ha ido.

Le echo un vistazo a mi Rolex. Cuatro de la mañana. Me pregunto dónde está. Me pregunto si alguna vez la veré de nuevo. O si las garras de su antigua vida se hundirán en ella, fatalmente esta vez.

Apretando los puños, resisto el desesperado impulso de ir tras ella.

Resisto.

Resisto...

En su lugar, imagino su radiante sonrisa, la luz de sus ojos, su risa y su amabilidad. Imagino la primera vez que la vi, escondida en el asiento trasero de mi auto, y recuerdo la primera vez que la oí tocar el piano. Y me pregunto qué es lo yo pude haber hecho para merecerla. Todo lo que siempre he hecho es maligno. Soy un monstruo en las sombras; la sangre de muchos mancha mis retorcidas manos; las almas de los inocentes están atrapadas para siempre en mis dientes como cuchillas.

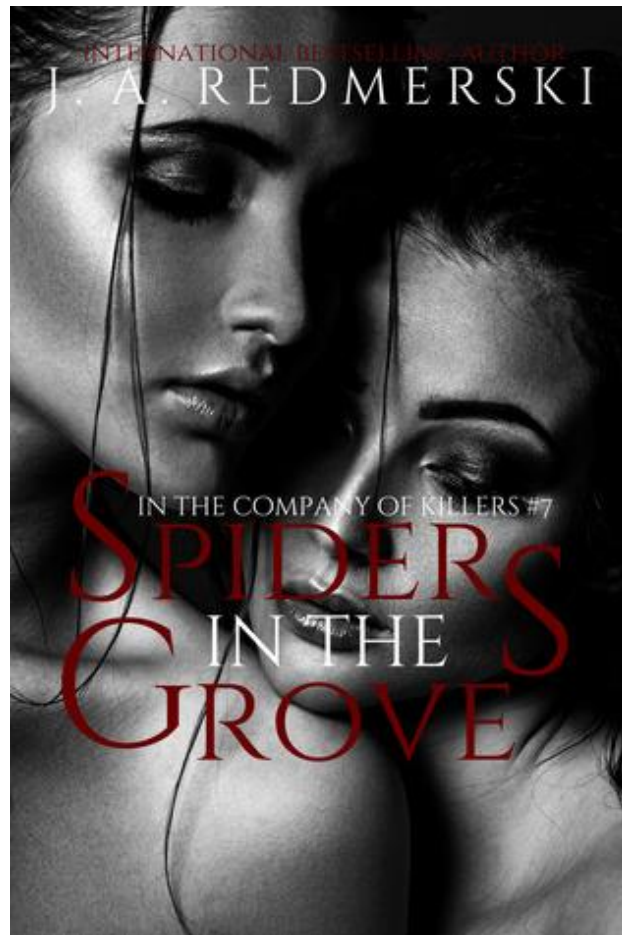
Entonces, ¿cómo puede ser esto, que incluso un ápice de luz le sea dado a un monstruo como yo?

Voy a la ventana de mi habitación en el último piso del hotel y miro hacia afuera, no a la brillante ciudad, sino a las estrellas completamente despiertas en el cielo de la madrugada. Y la veo a ella, Izabel, Sarai, en todas y cada una de ellas. Y así es como sé que, por ella, porque la veo en todo, no soy únicamente un monstruo, sino un hombre.

Fin

Behind
the Hands
That Kill

Próximo Libro



212

In the Company of Killers #7

Bookzinga
serie In the Company of Killers #6
J.A. Redmerski

Sobre la Autora



213

J.A. Redmerski nació el 25 de noviembre de 1975. Vive en North Little Rock, Arkansas, con sus tres hijos y un maltés. Apasionada de la televisión y de los libros, sus obras aparecen regularmente en las listas de los más vendidos del New York Times, USA Today y Wall Street Journal. Es una gran fan de The Walking Dead.

In the Company of Killers:

1. Killing Sarai
2. Reviving Izabel
3. The Swan and the Jackal
4. Seeds of Iniquity
5. The Black Wolf
6. Behind the Hands that Kill
7. Spiders in the Grove

CRÉDITOS

Moderadoras.

âmenoire

Otravaga

Traductores.

âmenoire

Gigi D

Jenn Cassie Grey

Mariandrys Rojas

Ximena Vergara

Flochi

LizC

Martinafab

Osbeidy

Otravaga

Peticompeti

Roxywonderland

Vaneh

Corrección.

Bella'

Disv

Flochi

Samylinda

Simoriah

Soulless

VckyFer

Recopilación y revisión.

LizC, Nanis y Otravaga

Diseño.

Orwzayn

Behind
the Hands
That Kill

215

Bookzonga!

books, friends and fun

Bookzonga
serie In the Company of Killers #6
J.A. Redmerski